

ALONSO, EL LOCO

EMILIO BALLESTEROS ALMAZÁN

- Con esos labios tan enormes te pega una *chupetá* por los agujerillos de la nariz y te sorbe los sesos...

Lo había dicho sin pestañear. Sin un gesto o un movimiento muscular que pudiera denotar alguna clase de emoción o de intención chistosa. Como un puñetero inglés, flemático incluso en su ironía. Y Sánchez, antes de contestar con algún comentario, lo miró de hito en hito preguntándose a qué venía aquello. Si era otra de sus provocaciones, en apariencia gratuitas, con las que tan a menudo se dejaba descolgar para descolocar al personal, o era una de sus locuras fuera de tono que nunca se sabía hasta qué punto eran broma o llevaban detrás alguna reflexión seria. A Alonso nunca se sabía por dónde agarrarlo; por algo le apodaron “*el místico*” y ese alias acabó por ser más su identificación que su propio nombre de pila; al menos entre gente que no acababa de quererlo mucho.

- ¿Y si es pura silicona? –observó Sánchez por fin, cambiando su punto de mira desde su amigo Alonso a la negrita aludida por éste.
- Imposible, con esa nariz, esa piel y esa boca. Pero, en todo caso, da igual – replicó Alonso, girando los cubitos en el vaso antes de tragar otro buchito de refresco-. Con silicona o sin ella, no veas como tienen que chupar esos labios...
- Ya puestos, yo pensaría mejor en otra clase de chupada que en esa asquerosidad de los agujeritos de nariz.

Alonso lo miró con esa mirada de aristocrático desdén que utilizaba con tanta frecuencia y tardó en responder.

- Tú qué eres, ¿un marxista o uno de esos obsesos freudianos que sólo ven sexo por todas partes?

Sánchez ya estaba acostumbrado a las acusaciones de beaterío marxista con que su amigo solía martillearle, sabiendo como lo sabía, que eso de beato era lo que más podía dolerle. En los círculos militantes de la ciudad todo el mundo sabía que su ortodoxia marxista estaba fuera de toda duda y su militancia comunista era de las intachables. Pertenecía al grupo de los llamados *zorrocotrocos* (por los demás, claro; a los así aludidos ese apelativo no les resultaba agradable, aunque acabaron por asumirlo como una especie de piropo un poco prosaico, pero que venía a corroborar su fidelidad a los principios). Si había que ser *zorrocotroco*, pues se era como el que más, antes que un *chaquetero* que baila según donde sople el viento. Esa actitud a Alonso le producía una mezcla de tierna simpatía y de irónica compasión. Pero no dejaba escapar ocasión para denostarle su beaterío y ver cómo se le descomponía el gesto cuando lo acusaba de algo que para él sólo podía aplicarse a la clergalla y sus comparsas de sacristanes y solteronas de misa diaria y capillitas.

- Vamos, que tú no has pensado en ella de forma libidinosa cuando te has fijado en sus labios y has dicho lo que has dicho.
- De veras, Ramón, que tienes la mente estrecha de un sacristán y el cerebro hecho agüilla de un psicoanalista judío, a ser posible argentino, mejor todavía que de los USA. Yo estaba pensando en esa negrita culona más como una Gorgona que como una Venus negra. Ni dándome dinero me acostaba yo con una mujer como esa. Tiene toda la pinta de ser de las que te sorben algo más que los sesos...
- ¡Ya! –dijo con incredulidad Sánchez- Pero si pudieras te la tirabas...

Esta vez la mirada de Alonso fue de pura compasión. Su pobre amigo era incapaz de pensar que hubiera alguien que pudiera estar libre de sus obsesiones. Tan cotidianas habían llegado a ser. Y no le faltaba razón para pensar de esa manera observando un poco el entorno y sacando conclusiones bastante evidentes para cualquier observador con un mínimo de perspicacia. No había que ser una lumbrera para notar que las ropas, que parecían uniformes de prostíbulo barato, las posturas y actitudes de unos y otras, entre exhibicionistas y tan mecánicas como aleladas, la propia generalización de siliconas entre ellas y cada vez más ellos, las horas de gimnasio y de espejito-espejito, las dietas obsesivas, las conversaciones (en aquel lugar, por cierto, escasas y a voz en grito para poderse hacer oír entre el estruendo machacón de la supuesta música), las bebidas que, de forma religiosa, tomaban –tenían que tomar si no querían parecer bichos raros- por todos los rincones y mesas, siempre cargadas de alcohol y siempre con ese ritual de libación litúrgica...; todo, en fin, se sumaba para hablar de un tipo de gente hecha de masa amorfa obsesionada con el sexo como actividad en sí misma, sin otro aliciente que el tener la cotización adecuada en el mercado de cuerpos en que aquellas vidas se habían convertido. ¡Y ya empezaba la hormigonera mental a dar vueltas y a sacar punta de cada movimiento, de cada mueca, de cada luz..., para acabar filosofando sobre el vacío de la existencia y las mordidas de la Nada con sus dientes de sombra! ¿Quién le había mandado acudir con aquel inocente de Ramón a esa discoteca puñetera? Sánchez, como todos lo llamaban, pues su apellido parecía nombrarle mejor que su nombre de pila, era igual de simple que de *zorrocotroco* y le bastaba un cubata y un templo del ocio con musiquita machacona y pavas moviendo el culo para sentirse bien; o al menos matando el tiempo. Pero él no tenía tiempo que matar. El tiempo era algo muy valioso para tirarlo de aquella manera.

- ¿Sabes lo que te digo? –observó Alonso, poniéndose de pie; Sánchez lo miraba con expectación- Que me voy. Ahí te quedas con tu Venus. Decídetes. Lo mismo le gustan los gorditos... Por la pinta no me extrañaría nada.
- ¡Muy gracioso! –contestó su interlocutor, al que no le agradaba nada que aludieran a su incipiente obesidad- Pero no creo que le gusten más los flacos *escuchimizaos* y estirados.

Alonso hizo a su amigo un gesto como de saludo militar llevándose una mano a la frente y sonriendo.

- Desde luego que no. Iba a tener poco que sorber...
- Aunque dicen que los flacos la tenéis más larga. Lo mismo al final sí que tenía algo para chupar.
- ¡Quién sabe! –replicó Alonso, guiñando a su amigo.

Y salió de la discoteca. En la calle, la noche era un bosque cubista y el silencio se había colgado de las farolas como sombra de enredaderas en medio de la ciénaga.

Hacía varios años que no acudía a una de las peregrinaciones del ritual; pero, entre la insistencia de Ramón y que tampoco tenía nada alternativo para ese domingo, a Alonso, al final, le apeteció acudir acompañando a su amigo a la concentración anual del PCE, más que nada para ver si notaba algún cambio en la liturgia de otros años.

El autobús tenía que recogerlos muy de mañana y haría varias paradas para ir subiendo a gente de varios pueblos de la zona norte del cinturón hasta completar los asientos de uno de los autobuses que partían desde aquella ciudad hacia Madrid.

A pesar de ser una capital de provincias, no parecía demasiado provinciano el ambiente de la militancia de la ciudad. Incluso al propio Sánchez, con todo lo simple que podía llegar a ser, no le faltaba cierto aire de intelectual *rebolondo* y de una aparente ironía perspicaz, con sus ojillos pequeños y un tanto saltones disimulados tras sus gafas redondas y esa naciente papada que asomaba bajo su barbilla, siempre bien rasurada. Alguna vez, Alonso estuvo tentado de decirle que se dejara una barba de perilla y se pusiese un gorrito con pluma, lo que le daría aspecto de escribano de la Corte o de secretario de la Inquisición; claro que eso hubiera sido la mejor forma de que no se la dejara nunca. Los demás tipos eran todos de corte muy urbano: alguna chica de aspecto tirando a *hippy*, otra con pinta de profesora de matemáticas, jóvenes correctos en su vestimenta y su aspecto pulcro que mantenían conversaciones de cierta altura y hasta se permitían reírse del fanatismo de quien rechazaba la coca-cola o el winston y el marlboro por ser productos prototípicos del imperialismo yanqui y, por ende, del capital...; personajes, en fin, de pocos contraluces.

Pero, apenas a un puñado de kilómetros, quienes iban subiendo al autobús eran otro mundo. Entre los primeros, casi ninguno se había puesto todavía las pegatinas confeccionadas para la ocasión y, los que lo habían hecho, las llevaban con discreción,

casi como si les diera cosa llevarlas. Y, por supuesto, ninguno llevaba banderas o cosas parecidas. Los de los pueblos, conforme subían al autobús con su vocerío alegre y exaltado, como si fueran a un partido de fútbol, llevaban todas las pegatinas en el pecho, de forma ostentosa, como si lo sacaran (*chissst*, ¡eeeh!, que aquí estoy y las llevo); alguno incluso llevaba más de una. Las pancartas iban enrolladas, todavía; pero bien visibles y ya empezaban a ondear banderitas rojas y con la hoz y el martillo en amarillo por distintas partes del autobús.

Un *viejete* de pelo hirsuto y canoso pasó forcejeando con su mochila para el bocata y su bandera roja por el pasillo hasta casi saltarle el ojo en un descuido a Alonso con el mástil de la bandera al pasar junto a él.

- ¡Coño! –exclamó Alonso a Sánchez, que estaba sentado en el asiento de al lado, en la ventanilla, tras esquivar por poquito el palo de la bandera- Manolo sigue tan devoto como siempre...
- ¡Ya empezamos! –fue el comentario de Sánchez al notar la ironía de Alonso- No me vayas a dar el día, por lo que más quieras...
- No me irás a negar la devoción que el hombre tiene a su creencia.
- Lo que tiene Manolo no es una “creencia”, no sigas por ahí, ¿vale?
- ¿No cree, entonces, en su causa?
- ¡Pues claro que cree! –respondió Sánchez, que con su amigo no tardaba en perder la paciencia- Pero eso no tiene nada que ver con la religión, que es el opio del pueblo. Manolo lo que tiene es una certeza basada en su visión científica de la realidad.

- ¿Y un, digamos por ejemplo, católico no tiene una certeza basada en su análisis de la realidad?
- ¡Pues claro que no!, científica desde luego, no. Me estás tomando el pelo. Un católico cree en algo que no ve, ni se toca, ni tiene sentido racional y está dentro de una estructura jerárquica alienante y explotadora; o al menos que justifica la explotación.
- ¿Y el paraíso en la tierra es algo que se ve y se toca?, ¿dónde?, ¿en Rusia, en Cuba, en China?
- En Rusia, desde luego, ya no. Y puede que Cuba y China tengan sus defectos, pero son preferibles a estos países podridos por el capital.
- ¿Tú vivirías en esos países que dices?
- ¡Por supuesto que lo haría! Pero yo soy español y lo que quiero es algo nuevo y mejor para España.
- ¿Cómo lo de Cuba o lo de China?
- Mejor; pero incluso algo así lo preferiría a esto.

Las palabras habían dicho una cosa, pero la mirada, desviada de forma inconsciente y huidiza, había dicho otra, por lo que Alonso, que escuchaba mejor los mensajes ocultos que los explícitos, se limitó a sonreír regodeándose en la confusión interior de su oponente. Sabía de sobra lo amigo que éste era de los placeres y del lujo, aunque fuera un lujo de andar por casa, como para adaptarse a las estrecheces de un régimen como, por ejemplo, el de una Cuba desabastecida o una China en la que vivir vigilado y apilado en cuchitriles y trabajando como una máquina por una miseria de sueldo.

Después de unos momentos de silencio, Alonso, retrepándose en su asiento y hablando como para sí, comentó:

- Desde luego que en China no ibas a entender una papa de lo que dijeran –se calló, para ver la reacción de Sánchez, que sudaba un poco a pesar del frío-; pero en Cuba hablan español... Igual no es tan difícil irse a vivir allí.
- La causa me necesita más aquí que en Cuba, que no hago falta para nada – hablaba sin mirar a su interlocutor-. Además, ya tienen bastantes problemas con el bloqueo yanqui como para que todos los comunistas del mundo quisiéramos irnos a vivir allí, ¿no crees?
- De verdad que admiro vuestra abnegación y espíritu de sacrificio. Habéis superado en eso incluso a vuestros antecesores.
- ¿Qué quieres decir? –interpeló Sánchez; esta vez mirándolo, entre sorprendido y amenazador.
- El cristianismo y el comunismo sois las dos grandes ramificaciones del judaísmo original; deberías saberlo, tan científico como eres. Ambos, con su sentido mesiánico y su búsqueda de un paraíso en la tierra donde se acaben las miserias y no haya nada que reclamarle a Dios.
- ¡Dios no existe! –gritó Sánchez, tan alto y acalorado que notó hasta qué punto había llamado la atención con su grito y se encogió en el asiento, agachando la cabeza- Dios no existe –repitió, esta vez bajito, como si le dijera un recadito al oído-, ¿de qué coño hablas?
- Vosotros lo llamáis Hombre, pero es el mismo Dios que el cristiano y el judío, lo único que habéis hecho es invertir el “a su imagen y semejanza”, pero el punto

de partida es un Dios de buenos y malos, que no sabe lo que se hace y hay que corregirle la plana buscando otro mundo distinto al que hay... Los cristianos, al final, se han acabado poniendo al servicio de los poderes fácticos judíos y los comunistas os convertisteis por un tiempo en un grano en su culo que, por otra parte, era necesario para tener algún sitio por el que drenar su pus. Ahora, en realidad, no saben lo que hacer con vosotros, pero como no le estorbáis gran cosa os dejan seguir con vuestras peregrinaciones y vuestras plegarias. Si hace falta os las financian; en eso son expertos...

- ¡Estás como una chota! ¿Y por qué has venido entonces?
- Me divierte vuestra liturgia. Y no tenía otra cosa que hacer.
- ¿De verdad te crees todas la gilipolleces que dices?
- Te voy a confesar un secreto: en realidad me enternece vuestra ingenuidad. La de algunos como tú, claro. Porque otros..., menudos cabrones...
- ¿A qué te refieres? Déjate de enigmas y habla claro o...
- ¡O calla para siempre! –le interrumpió Alonso, con una sonrisa de oreja a oreja. De veras que le divertía jugar con su inocente amigo como un gato con un ratón al que ha cazado y tiene a su merced.
- Si vas a hablar en serio te escucharé. Pero si sigues con tus locuras, mejor déjame tranquilo y tengamos el viaje en paz.
- Vale, te lo voy a contar.
- ¿Me vas a contar qué?
- Mi última *putadita spésial*...

- ¿Tu última qué?
- Dime una cosa. ¿Has notado que Romero no ha venido?
- Sí. ¿Y qué?
- ¿No te extraña que el máximo líder provincial no venga a un acto tan señalado y deje huérfana a su militancia?
- ¡No habrá podido!
- ¿Has intentado localizarlo para algo en la última semana?

Sánchez hizo un esfuerzo por recordar.

- No sé. No recuerdo. Creo que no.
- ¿Por qué no intentas localizarlo? ¡De alguna forma!, por móvil, por correo electrónico, por fax... Hoy día hay muchos medios.
- ¿A dónde quieres ir a parar?

Por toda respuesta, Alonso sacó de su bolsillo un papel doblado y se lo extendió a su amigo. Éste lo tomó con aprensión y, mirándole a los ojos, inquirió:

- ¿Qué es esto?
- Hace tiempo que leí de un famoso, tal vez Bertrand Russell, pero no estoy muy seguro, mandó una nota parecida a esa a unos cuantos prebostes y a mí me apeteció hacer lo mismo a ver lo que pasaba.

Sánchez leyó la nota en silencio. Con letra impresa e impersonal, en papel muy normalito y sin firmar, decía:

Se ha descubierto lo nuestro. No hagas nada y procura perderte y estar ilocalizable al menos dos o tres semanas; incluso para tus íntimos. La prensa acecha y se vale de cualquier cosa. Para entonces lo habré arreglado todo.

- ¿Y lo que me estás diciendo es que esta nota se la has mandado a Romero?
- Entre otros. Consuélate; también se la mandé al secretario provincial de otros partidos y al propio gobernador.
- ¿Y qué? ¿No me vendrás ahora con el cuento de que Romero está ilocalizable por esta nota?
- Ah, ¿pero está ilocalizable?
- ¡Y yo qué sé! Ya te dije que no he hecho por localizarlo.
- ¡Llámallo! O escríbele una nota urgente... ¡No sé!
- No voy a hacer nada de eso.
- ¿Por qué? ¿Temes que esté ilocalizable?
- ¡Bah! Supongamos que lo estuviera... ¿Qué iba a demostrar eso? Podría ser pura coincidencia...
- ¡Claro! –esperó unos instantes manteniéndole la mirada- ¿Y entonces?
- ¿Y entonces, qué?
- ¡Qué problema hay! Podría ser una coincidencia, ¿no? Tú lo has dicho.
- Incluso, vamos a suponer, en el peor de los casos, que tuviera algo que ocultar. Podría ser un lío con alguna amante, por ejemplo.

- ¿Y eso se arregla tan fácilmente en dos semanas? A mí me suena a algo de dinero...
- ¡Venga ya!
- Consuélate, hombre. Seguro que a los otros tampoco se les puede localizar. ¡O quién sabe! Igual tiene las espaldas mejor cubiertas...
- Déjame en paz, tío. Eres maquiavélico.
- No vas a llamar, ¿verdad?
- ¡Desde luego que no! No voy a dejarme engatusar con tus juegucitos...
- Vamos a suponer –imitó Alonso a su compañero-, en el peor de los casos –sonrió con malicia-, que fuera lo que temes. Siempre podrías pasarte al bando de Montes. No es tan *zorrocotroco*, pero es de vuestro partido, ¿no? El otro partido dentro del partido, pero de la misma causa, ¿no? , ¿o es otra causa dentro de la causa?
- Lo que nos separa a unos comunistas de otros son cuestiones de táctica, no de...
- ¡No de estrategia! –se adelantó Alonso- No es lo mismo, claro. Pero, precisamente por eso, apoyar a Montes en vez de a Ramón no sería ser chaquetero, ¿no? ¿O sí?
- Tú lo que eres es un mamón –contestó Sánchez con cara de pocos amigos.
- Hombre, a propósito de mamón, sabrás por qué el Papa católico nunca podrá ser una mujer, ¿no?
- Porque son misóginos y machistas, ¡vaya un secreto!

- ¡Pues no!, parece mentira que no sepas algo tan viejo ya: pues porque entonces en vez de el Papa sería la Mama...
- Pero qué hijo de la gran...
- *Chissst* –volvió a interrumpir Alonso- ¿Vas a llamarle o no?
- Ya te he dicho que no.
- ¡Señor! ¡Qué buen vasallo si *hobiese* buen caballero! Me entenece tu lealtad y tu inocencia, de veras...
- ¡Y una mierda! Pues no estás hecho un buen pedazo de capullo.
- Pues que sepas una cosa: en el fondo tu religión ni siquiera es el comunismo.
- ¡Hombre!, vaya descubrimiento, ¿cómo iba a ser una religión siendo, como soy, ateo?
- Tu verdadera religión es la de la Secta. Y vuelves, sin saberlo, a tus orígenes judíos.
- ¿Ya estás otra vez con tus galimatías *gilipollescos*?
- Dime una cosa. Y sé franco, por favor.
- Siempre lo soy...
- ¡Ya! Pues venga... ¿Cuánto hace que ni tú ni tu partido ni ninguno convoca una huelga indefinida?
- ¡Mucho! Pero eso porque la coyuntura actual no permite...

- ¡Ya, ya! No hace falta que sigas. Una cosa es la estrategia y la táctica ahora pide mariconadas como esas de huelga general de un día, paro de unas horas, manifestación legal... Muy bien. Pero ¿por qué la coyuntura actual sólo permite eso? Las condiciones objetivas no son peores que, pongamos por caso, el siglo XIX. Se podría aguantar más sin cobrar, ¿no?

Sánchez se quedó sin saber muy bien qué responder.

- A ver, una pregunta más concreta, que seguro que será más fácil de responder – continuó Alonso-. Tú, en concreto, ¿por qué no podrías ponerte de huelga indefinida más allá de unos pocos días? –calló y esperó respuesta; como no la había, insistió- ¡Vamos!, no te quedes callado y contesta... Me dijiste que ibas a ser franco.
- ¡Joder! Si se convocara me pondría.
- ¡Contéstame! ¿Estás pagando hipoteca?
- ¡Pues claro! ¿Y quién no?
- ¿Y algún otro préstamo? ¡Bueno, da igual! Con la hipoteca ya vale... Si no pudieras pagarla un mes y tal vez otro, ¿qué te pasaría?
- ¡Quéee cabrón! –exclamó Sánchez, que vio por fin venir a su amigo.
- Os tiene agarrados por los huevos. Y son unos pocos, la mayoría, si no todos, judíos. Así que ya sabes cuál es tu verdadera religión, soplagaitas...
- Si no fueras mi amigo te hinchaba a hostias. Me tomaré a broma todo lo que me has dicho, porque si no, no me iba a quedar más remedio que retirarte la palabra.

- Muy bien. Me callaré entonces. Pero esta noche reza para acostarte un padrenuestro y tres avemarías.

- ¡Vete a tomar por culo!

Sánchez, con este último exabrupto, se sumió en un silencio abisal. Lo que no podía entender era cómo Alonso hablaba de todo aquello con esa distancia tan fría como irónica. A veces le había oído decir que la vida, en realidad, no era más que un gran teatro en el que cada cual representaba su papel. Él nunca le había tomado en serio esa afirmación; ¡era tan difícil saber cuándo demonios hablaba en serio y cuándo en broma! Pero al verlo allí repanchigado en su asiento y observando con esa cara de guasa todo el ambiente del autobús, pareciera de todas-todas que estaba contemplando la vida como si fuera un espectáculo al que él asiste como espectador.

Cómo habían llegado a aquella amistad tan especial siendo, como eran, tan distintos, era algo que Sánchez no conseguía explicarse; pero como esos enamorados que se llevan como el perro y el gato y, no obstante, no pueden pasar el uno sin el otro, el afecto que los unía llegaba mucho más allá que sus diferencias y sus eternas discusiones sin

solución. Tal como, alguna vez, en uno de sus sarcasmos le dijo Alonso con una de sus frases lapidarias, ellos eran la muestra viva de la antidialéctica: tesis, antítesis y asíntesis. Y como Sánchez, con su típico gesto de despiste le preguntara: ¿y qué es eso de la asíntesis?, Alonso le respondió con una de sus características muecas cómicas: “pues, exactamente, el coño de la Bernarda. Ni más ni menos”. Para continuar, ante el gesto de estupefacción de Ramón: “¿no has leído nunca a Kierkegaard?” -y puesto que la mirada de su amigo basculaba hacia una penosa deriva, concluyó- “¡Ni falta que te hace!”.

Viéndolo ahora allí, tan calladito y con cara de niño bueno sentado en un banco de piedra de aquella plaza de barrio, mirar con atención beatífica a unos jovencuelos *choricetes* que se pasaban el porro y bromeaban de la gente que paseaba, cualquiera diría que era un lelo con la cabeza llena de serrín, pero Sánchez estaba seguro de que hacía rato que tenía vengas a dar vueltas esa hormigonera que llevaba por cabeza y estaría dispuesto a dar cualquier cosa por saber qué preguntas se hacía y qué respuestas se daba.

Cómo habían llegado a conocerse era algo que a Ramón nunca se le olvidaría. En uno de sus cursillos de enseñante, en los que se dicen tantas tonterías y se le dan vueltas y vueltas a obviedades de puro sentido común, pero revestidas de un lenguaje “específico”, o sea, con ese argot pedagógico entre pretencioso y cándido en el que los “especialistas” se pierden entre “esto es”, “a nivel de” y tantas coletillas estúpidas y pedantes, apareció un día, invitado por no se sabe quién, un extraño diseñador que mostraba sus espectaculares creaciones, a la vez que se burlaba con una naturalidad cruel de la idea del diseño como hechizo para bobos con sed de notoriedad. Sánchez, lógico como siempre, le hizo notar..., le preguntó, más bien, si no era una contrariedad ser diseñador y burlarse de esa forma de la propia idea del diseño, o, al menos, de la

concepción que se tenía de él por la mayoría de la gente. La respuesta del interpelado, que provocó una estruendosa carcajada en el auditorio, más por el desparpajo con que la dijo que por lo dicho en sí, engancho ya sin remedio a Sánchez a aquel personaje larguirucho y quijostesco que tanta seguridad en sí mismo mostraba y tanto carisma provocaba con su presencia y su actitud.

- ¡Por supuesto! ¿Y cómo iba a divertirme si no?

La carcajada general abochornó un poco a Sánchez, que no hizo ningún comentario más; sin embargo, esperó a que terminara el acto para encarar de forma personal al tal Alonso Quesada, se fueron juntos a tomar unas cervezas y en el transcurso de aquella charla sacó la conclusión (siempre imprecisa, como no podía ser de otro modo con aquel personaje tan singular como impredecible) de que, amén de valorar la parte de arte que un diseño podía tener y despreciar la utilización que la sociedad burguesa hacía del arte y del diseño, era un hombre de izquierdas, radical, una especie de anarquista sin militancia concreta, aunque un tanto solitario y aristocrático, con esa aristocracia tan peculiar del pequeño-burgués instruido, crítico, inteligente y de personalidad arrolladora. De haber podido entrar en la cabeza de Alonso, hubiera comprendido que la impresión que éste sacaba de él era la de un bonachón, un tanto simple y disciplinado, de cabeza más bien cuadrículada y espíritu de seguidor, con unas cuantas lecturas magnificadas y endiosadas, que es incapaz de tomar por sí mismo iniciativas que rompan o puedan romper con sus principios o quien tiene como autoridad, pero que sería capaz de seguir hasta la muerte a alguien que se ganara su confianza como líder; si no de manera heroica, sí al menos de forma servicial y firme (no perruna, ¿eh?). Así pues, el tándem inquebrantable ya se había constituido y en aquella pareja desapareja nacía una amistad tan sólida como duradera.

Por fin, después de una eternidad de silencio en la que Sánchez no se atrevía a abrir la boca, Alonso hizo uno de sus extraños comentarios.

- ¡Qué poco necesitan algunos para sentirse importantes! –dijo mirando a los *choricillos* de la plaza, que acababan de molestar con una insolencia verbal a una chica que había cruzado junto a ellos y ahora se burlaban con desvergüenza de un *abuelete* que arrastraba sus pies al andar y daba la penosa sensación de ser un muñeco que anduviera a cuerda. Al chiste fácil de: “¡Abuelo!, ¿te damos más cuerda?”, el pobre anciano había contestado con una mirada de desprecio, con lo que uno de los chicos dijo: “¡Mira!, ¡si el *mádelman* también tiene genio! Lo que le falta es el Duracel...”; los otros rieron la ocurrencia y Alonso preguntó a Sánchez:
- Tú qué crees, ¿que esos *pringaíllos* son pendencieros o que son unos meros basurillas, llenos de complejos y cobardes?
- ¿Ummm? –interpeló Sánchez, encogiéndose de hombros e incómodo por la escena.
- Vamos a verlo ahora mismo –continuó Alonso.
- ¿Qué quieres decir? –inquirió Sánchez. Su amigo, por toda respuesta, adoptó la postura del loto sobre el banco y, como un consumado budista, entrecerró los ojos, puso sus manos en posición de *ni montaña ni valle* tocándose los pulgares con los índices y comenzó a repetir en voz alta: Ommmm, una y otra vez.

Como era de esperar, los tres *choricetes* concentraron su atención en el meditador del banco y se acercaron golosos. Sánchez, temeroso de las salidas de su amigo y de que

aquello terminara en gresca, comenzó a sudar de forma copiosa y miró hacia cada calle buscando la salida más airosa posible.

- ¡Hombre, mira!, tenemos aquí a un pacifista de esos... -comentó el primero en acercarse.
- ¡Un budista!, ¡qué cosas! Eso es de indios, ¿no? Uuuuuh –dijo el segundo, imitando al final a un nativo americano que estuviera danzando.
- Pero esos indios no son de la India, so cateto –le replicó el tercero.
- ¡Y dicen que son capaces de hacer el amor horas seguidas! –afirmó el primero-
¿Tú eres de esos?

Alonso persistió, sin responder, en sus insistentes Ommmm

- Dicen que se concentran tanto que no sienten el dolor... -comentó el segundo.
- ¿Por qué no probamos? –siguió el tercero, sacando su mechero del bolsillo. Al ver esto, Sánchez se puso tenso y sin saber qué hacer, con ganas de echar a correr; aunque le retenía allí la actitud de su amigo, que seguía como si tal cosa con sus Ommmm.
- Vosotros sois pacifistas, ¿no? –le preguntó el primero, cogiendo el mechero de su amigo- Vamos a verlo ahora mismo.

Y, con el fondo de risitas de conejo del que le daba el mechero y la mirada bobalicona del otro, que observaba la escena con enfermizo deleite, encendió la llama y la acercó hacia una de las manos de Alonso. Pero antes de que ésta llegara a tocarle, le propinó con ese mismo puño tal puñetazo en plena nariz, tan fuerte como inesperado, que el

mechero salió por los aires y el pirómano cayó de culo chorreando sangre por la nariz como una gárgola de fuente, sólo que en rojo.

La sorpresa de los otros fue tal que, por unos segundos, se quedaron clavados en el sitio con los ojos fuera de las órbitas. El tiempo suficiente para que Alonso, de un salto tan elástico que impresionó al propio Sánchez haciéndole retrepase del susto, se pusiera de pie sobre el banco y diera tal grito, a la vez que adoptaba una postura de karateka en posición de ataque, que todos se encogieron de forma instintiva. El del suelo, limpiándose como podía la sangre que no paraba de manarle, se puso en pie y echó a correr de tal manera que las piernas le daban en el culo. Los otros dos tardaron en seguirle sólo el tiempo de salir del shock que aquello les había provocado.

Cuando desaparecieron por una esquina, Sánchez se limpió el sudor de la frente con la manga y Alonso, que había vuelto a sentarse, comentó con aparente impasibilidad:

- ¡No son nada pendencieros! Con lo divertido que hubiera sido acabar en un baño de sangre...
- ¿Pero tú no eras “ahora” budista? –dijo Ramón, contento de que los chorizos fueran tan cobardes.
- Sólo hasta que me tocan los perendengues –fue la respuesta de Alonso.

Pero su mirada y la mueca contrayendo la parte derecha de sus labios era todavía más expresiva que sus palabras. Sánchez, a pesar de no estar del todo repuesto del susto, no pudo evitar sonreír.

La “ocurrencia budista” de Alonso había traído de cabeza durante la noche a Sánchez que, sin parar de dar vueltas en la cama, había estado preguntándose sobre el ser y la ausencia de sufrimiento como meta a conseguir para alcanzar una felicidad más duradera que la de los meros instantes de placer. Como en cuestiones de filosofía, a pesar de la aparente locura de su compañero, confiaba con devoción de alumno en su extraña sabiduría, se acercó muy de mañana a casa de Alonso, aprovechando que era sábado y no había trabajo, para comentar con él sus inquietudes.

Nada más abrirle la puerta, Alonso captó la “angustia existencial” de su amigo en la expresión que arrastraba, así que lo recibió, como era propio en él, con su humor socarrón.

- Tienes cara de resaca *nihiloides* –antes de que Sánchez le interrogara por el significado, respondió a su gesto de confusión-. “Esto es”, como dirían mis amigos de la universidad, de haber estado bajo los efectos de las pajas mentales.
- ¡No empieces con tus burlas, por favor! Vengo buscando un poco de claridad, o al menos de consuelo, en las palabras de un amigo.
- ¡Muchacho!, ni que se te hubiera muerto alguien... Yo pensaba que mi locura te creaba más desasosiego que consuelo.

- Lo curioso es que tu locura, como tú dices, me causa a la vez, con frecuencia, tanto desasosiego como confianza en algo que no sé qué es.
- ¡Vaya!, ahora vas a resultar *heideggeriano*, sumido en la oscura noche de la palabra, al borde de conseguirla, entregado al dolor del Ser.
- ¡Déjate de retóricas!
- ¡Nada de retóricas! Lo que os pasa a los nihilistas pusilánimes es que en cuanto os acecha la pregunta sobre nuestra existencia y veis la sombra de la muerte detrás, os encontráis en medio de un juego absurdo en el que el azar os bambolea a su antojo, para acabar siendo simples despojos de la nada...

Sánchez, más compungido aún que cuando llegó, detuvo su mirada suplicante en el rostro burlón de su amigo y, al cabo de unos instantes, exclamó:

- ¡No me está ayudando!
- ¡Está bien, está bien! Pasa y desayunemos juntos.

Alonso preparó zumo de naranja, unas tostadas y café, sirvió zumo para ambos y, una vez sentados y tranquilos, se dirigió a su amigo:

- ¡Bueno! Cuéntame tus cuitas, amigo Sancho –dijo con un tono irónico que esta vez no intimidó a su interlocutor.
- Mi señor D. Quijote –respondió Sánchez, siguiéndole el tono como de broma-. Después de su aventura con los desaprensivos de la plaza y su posicionamiento budista, justamente fue Buda, con algunas de sus afirmaciones, el que me asaltó durante la noche.
- ¿Vas a cambiar de religión?

- ¡No empieces con coñas! Esto es muy serio.
- No hay nada más serio que el verdadero humor...
- Bueno, bueno..., pero, aparte de tus paradojas y tus juegos de palabras, lo que quiero es tu opinión sobre lo que pensé.
- Te escucho.
- Me parece que los budistas tienen razón en una cosa; la eliminación del deseo puede ser la fuente de la ausencia del dolor y, con ella, el camino de la felicidad y de la armonía existencial.
- ¡Claaaaro! Y conociéndote, alcanzando el paraíso socialista ya nadie tendrá que desear nada y habremos logrado el sueño de la felicidad eterna; ¿no es algo así?
- No sé. La duda que me estuvo asaltando toda la noche es que eso, quiero decir, desear el paraíso socialista, también es un deseo.
- ¡Bueh!, y ya puestos, desear no tener deseos es un deseo... Seguro que no se te ocurrió ponerte en el lugar de un posible ser humano de ese supuesto paraíso socialista... Viviendo sin deseos, ¡pues vaya aburrimiento!
- No tiene por qué ser aburrido tener cubiertas las necesidades básicas.
- ¿Cuáles son las necesidades básicas del ser? ¿Sabes lo que dicen Heidegger y Nietzsche, que es en gran medida su fuente, del dolor?, pues que el dolor es la tensión interna que alimenta la pregunta. ¡La pregunta sobre la existencia!, ¿entiendes? Y eso no tiene nada que ver con la comida, el vestido, las cosas que tienes... Sin embargo es una necesidad más básica que todas ellas y, lo más trágico de todo, es una pregunta que nunca acabamos de responder. Ni siquiera

en un teórico paraíso socialista o comunista, si es que eso pudiera llegar a existir, tendrían la respuesta, porque las gentes, conformes con su existencia y sin necesidades físicas que las agobiaran, se seguirían muriendo sin saber por qué ni para qué... Nietzsche ya os veía venir. Os llamaba “el último hombre”, prisionero de su propia petulancia y de su arrogante superioridad científico-técnica, pero colgado de sus propias máquinas y con los pies pendiendo sobre un infernal abismo de vacío.

- ¡Vaya ánimos que me estás dando! ¿Es malo entonces, según tú, garantizar la satisfacción universal de las necesidades básicas?
- ¡Y dale con las necesidades básicas! ¿Es que no escuchas lo que te digo? Ven, quiero enseñarte algo.

No habían acabado de desayunar, pero en ese momento la conversación les alimentaba más que las viandas. Lo llevó hasta su taller de trabajo. Era un cuarto de delineante, con una mesa de dibujo, instrumentos para dibujar repartidos en otras mesitas auxiliares, alguna pantalla donde colgar planos y diseños, flexos, un ordenador...

Nada más entrar, Sánchez volvió a sentir esa sensación de saber que su amigo no era tan cínico como aparentaba. Aquella indiferencia y hasta desprecio hacia la gente que podía traslucirse de sus palabras y actitudes no eran más que una máscara defensiva para una sensibilidad exacerbada que sufría tanto, que sólo podía soportar su dolor buscando los aspectos cómicos de la tragedia de vivir.

- Nunca he comprendido bien cómo puedes dedicarte al diseño, si lo desprecias hasta el punto de decir cosas como las que dijiste cuando te conocí.

- ¡No te tomes siempre tan al pie de la letra mis palabras, Ramón! Y ya veo que tampoco te sirvieron para mucho mis explicaciones posteriores cuando estuvimos a solas. Escucha: depende del momento y del auditorio, yo puedo decir sólo una parte de la verdad. Y a veces las medias verdades ya se sabe que son las peores mentiras. El diseño, como cualquier actividad creativa, es muy respetable y me gusta. En realidad todo es diseño. Desde que el hombre es hombre diseñaba sus cacharros para cocinar, sus ropas para vestir, sus instrumentos para hacer música, sus viviendas... Diseño es la música, la escritura... Lo peligroso, y es de lo que me río por no llorar, es el diseño de las mentes. En eso, los de esa secta que nombra Proudhon y que nos tiene, a unos más que a otros, agarrados por los testículos, son únicos. No sólo controlan y “diseñan” la economía del mundo, fabricando dinero de papel y prestándolo a su conveniencia y amarrando con él a gobiernos e instituciones internacionales. También diseñan el pensamiento. Controlan para ello medios de comunicación, agencias de publicidad, gobiernos, publicaciones, editoriales... ¡Mira!

Le enseñaba su último trabajo, que sacó de una carpeta. Se quedó en silencio esperando la reacción de su amigo. En el dibujo había unos pantalones con peto en dos posiciones: con el peto subido una y en la otra el peto estaba bajado y abrochado a la parte correspondiente a las caderas y con los tirantes abrochados como adorno hasta la altura de las rodillas; en esa posición, los pantalones adquirirían un curioso aspecto entre futurista y medieval.

- Éste es mi último diseño –continuó Alonso-. Ahora, con él, caben muchas opciones. La primera, absolutamente respetable, que alguien se identifique con su estética como lo haría, por ejemplo, con un libro que le gusta, y se los comprara y se los pusiese. Otra, que una marca prestigiosa los convierta en una

de sus propuestas y haya gente que por el prestigio que da esa marca, se los ponga. Otra, que la Secta, con todos sus mecanismos de influencia, los conviertan en una moda de temporada para cerebros de mosquito y se vendan como rosquillas. Y, ¿ves?, ahí empezaría mi diversión. Esa es la opción que más dinero me daría, no te quepa duda. Pero es también la que me produce más pena y desengaño de las masas que deberían ser humanas y, una vez ahí, una de dos: o me echo a llorar o me río. Prefiero lo segundo...

- Pero...
- ¡Escúchame, infeliz! –de repente Alonso se había encendido y hablaba con un apasionamiento desconocido para Sánchez, que estaba tan sorprendido que no daba crédito-, ¿a ti te parece razonable que la ficha de un jugador de fútbol cueste tanto como todo el presupuesto anual de un país africano? ¿Cuántos hospitales, cuántas escuelas, cuántos comedores para parados podrían hacerse con eso? Y sin embargo, ahí tienes a miles de seres humanos, muchos de los cuales son de buen corazón, gritando en los estadios, gastándose un dineral en una camiseta con el número de su ídolo, asistiendo a conciertos de *pringaillos* de los que compran carteles y los cuelgan en su cuarto... ¡Ese diseño es el que me hace reír! Pero, no te quepa duda, es una risa que me duele mucho y, si pudiera, la barrería de un escobazo.
- Pero, hablando de libros que pueden gustar... También en eso hay modas, ¿no?
- ¡Por supuesto! ¿Quién lo niega? En pintura, en música, en literatura..., en todas las facetas del ser humano, una parte del “diseño” es crear modas. Modas para borregos y si no las sigues resulta que no eres de tu tiempo. Ese es el truco. O te adaptas a lo que te imponen o te apartas como antigualla o como descolocado. A

veces, de esos descolocados surgen los avances y hasta hacen con ellos nuevas modas para nuevos rebaños de borregos. Pero la cuestión es, ¿por qué hay que ser un borrego? Somos seres sociales, pero no tenemos por qué ser de rebaño; y nuestras sociedades ganarían mucho si pudieran ser más variadas y ricas en matices.

Sánchez se acercó hasta la ventana y miró a la calle. La mañana avanzaba y el ajetreo de la ciudad iba creciendo poco a poco. Al observar los coches cayó en la cuenta de que los nuevos diseños de las distintas marcas tenían ahora líneas más angulosas y agresivas. Las formas suaves y redondeadas de alguno que otro que todavía continuaba rodando de años atrás resultaban de una antigüedad evidente. ¡Y para qué hablar de algún otro, más antiguo aún, de líneas rectas y volúmenes cuadrados!, esos parecían poco menos que prehistóricos. Los motores habían evolucionado a mejor; eso era evidente. Pero no tenía nada que ver con las líneas de diseño. Las tendencias visuales habían cambiado de manera independiente a los motores y, de alguna forma, “imponían” gustos y modas. Porque, pensaba al seguir mirando, vamos a ver, ¿por qué tiene que ser más bello un modelo de cristales angulosos y morros felinos que otro de superficies planas y paralelepípedas o de esquinas redondeadas y formas blondas como colinas? Sin embargo, seguro que hasta los niños, que al fin y al cabo son más francos y se rigen menos por el sentido del ridículo, dirían de cualquier modelo redondeado que es feo y anticuado y los de aspecto cuadrado serían catalogados de tartanas; y eso aunque su motor fuera muy superior al de los del diseño predominante.

- ¿Y no ocurre lo mismo con la política? –dijo en voz alta Sánchez, sin pensar, como hablando para sí.

Alonso, que llevaba un ratito mirándolo con atención y había observado su ensimismamiento en los automóviles que pasaban, rio a carcajadas su intempestivo comentario antes de responderle:

- Tú serías como uno de esos cacharros cuadriculados que parecen de otros tiempos.

Sánchez lo miró con incredulidad. ¿Le había estado leyendo el pensamiento o era una mera casualidad? A veces, la perspicacia de su amigo parecía más cosas de brujo que de científico y casi llegaba a darle miedo.

- Te propongo un experimento –continuó Alonso, todavía más divertido por la cara de asombro de Ramón. *Buff*, pensó éste, ahora sí, de verdad, asustado. Oír hablar de experimentos a su amigo era paralelo a entrarle ganas de echar a correr-. ¡No te asustes, hombre! –prosiguió Alonso, adivinando una vez más las emociones que Sánchez tan mal disimulaba- será sólo un juego por un tiempo corto...
- ¿Cómo de corto? ¡Cualquiera se fía de tus juegucitos! No nos hincharon a palos el otro día de pura casualidad.
- No, hombre. Si mides bien tus pasos y no te dejas dominar por el miedo, es raro que te lluevan palos.
- ¡Claro!, sólo te pueden partir la cara un poquito, ¿no?

Alonso puso tal sonrisa de niño travieso en su rostro que Sánchez no pudo evitar sentir simpatía.

- Bueno, ¿te atreves o no? –insistió.

- Primero cuéntame tu idea y luego veremos.
- Ah, ¿pero te atreves a que te la cuente?
- ¿Por qué no me iba a atrever a eso?
- Porque una vez que te la cuente, si no te atreves con ella vas a quedar como un cobarde.
- ¿Y no quedaría más si ni siquiera me atrevo a que me la cuentes?
- ¡Pues no!, porque así siempre tendrás la escapatoria de convencerte de que tú no pierdes el tiempo en juegucitos estúpidos de pequeño-burgueses. Ya encontrarías alguna cita de San Lenin que te tranquilizara. Tal vez ésa tan socorrida del infantilismo en el izquierdismo, ¿o eso era un título de un libro?
- ¡Ya! Tú lo que quieres es que yo no pueda argüir eso o algo parecido para rechazar tu proyecto.

Alonso, por toda respuesta, volvió a esgrimir su sonrisa de niño travieso.

- Bueno, cuéntame de una vez tu “magnífica” idea –sentenció Sánchez.
- Te va a sonar escandaloso, lo sé; pero no quiero que actúes con prejuicios ni de forma precipitada. Ten en cuenta que es sólo un experimento, vamos a llamarlo “antropológico” o, tal vez, sociológico, como prefieras, pero científico, ¿vale?, que será por un tiempo y que el objetivo es, no se te olviide –levantó el dedo para dar más énfasis a su afirmación-, experimentar en las propias carnes o, al menos, de primera mano, hasta qué punto las modas pueden engañar incluso en las ideas y crear prejuicios que ciegan en parte incluso al más supuestamente imparcial y equilibrado racionalista.

- ¡Joé!, ¡tanto rollo *pa* un simple juego! –exclamó exasperado Sánchez- ¡Suéltalo ya de una puñetera vez!
- Te propongo que nos convirtamos en militantes de ultraderecha –dijo, de sopetón.
- ¿Quéee?, ¿en fachas? ¡Ni lo sueñes!
- ¿Lo ves? Sabía que dirías eso...
- ¡Pero tú estás gili, muchacho! Si eso ya, en propiedad, ni existe... Como no sean esos neonazis descerebrados que apalean y queman mendigos.
- No me refiero a eso. Te hablo de militantes de ultraderecha que creen en lo que dicen y son radicales en sus pensamientos, pero no pandilleros violentos.
- Esos grupúsculos, por suerte, hace tiempo que desaparecieron. Nostálgicos del régimen que ya dieron todo por perdido y andan por ahí dando cabezazos en los partidos de derecha.
- ¡Claro! Tú serías un coche de los cuadrados, pero ellos serían de los de Alcapone...
- ¡Nunca mejor dicho! –comentó Sánchez, intentando burlarse de la propuesta de su compañero. Pero, viendo que la hacía en serio, continuó- Te digo que ya no quedan grupos así. Hasta los más fachas se han “reconvertido” en demócratas “liberal-conservadores”.
- No son los únicos reconvertidos, ¿no te parece? –Sánchez no se dio por aludido y Alonso continuó-. Quedan unos pocos. Equivocados o no, son los más firmes y auténticos.

- ¡Vaya! Unos benditos..., ¿los vamos a proponer para el santoral?
- No; pero ¿qué tal si los oímos un poquito a ver cómo son en realidad y qué es lo que dicen ellos por su boquita?
- Ya sé cómo son. Fachas, machistas y resentidos...
- Yo creía que eras científico y no te conformabas con las cuatro ideas hechas.
- Además, ¿qué quieres?, esta ciudad es muy pequeña, ¿que mis camaradas me tomen por un chaquetero y un traidor?
- ¡Primero! –Alonso levantó un dedo para dar énfasis a sus argumentos- No se van a enterar porque estos grupúsculos apenas tienen actividad pública, como no sea el 20 N o algún día señalado en que salir a lucir sus uniformes. Y para entonces ya los habríamos dejado o podríamos perdernos del mapa si es que nos pilla por sorpresa algo a lo que no queramos ir. Segundo –levantó dos dedos de manera que parecía hacer la señal de la victoria-, si se enteraran, está claro que no te has ido a un partido que te vaya a ofrecer prebendas ni privilegios; esa gente ahora mismo pinta poco en la escena política. Y tercero –levantó tres dedos-, siempre podrías contarles la verdad.
- ¡Claaaaro!, que me metí con mi amigo “*el místico*”, como te dicen, por no decirte “*el loco*”, en un grupo de ultraderecha sólo por experimentar...
- ¡Eso mismo! ¡Pero vamos a ver!, hasta Stalin tenía espías...
- Yo no soy admirador de Stalin.
- Ah, claro, por muy *zorrocotroco* que seas, o precisamente por serlo, vosotros también sois de los “reconvertidos” a demócratas, ¿no? ¿Es eso lo que te asusta

del experimento?, ¿Que te encuentres con gente que, y vuelvo a insistir, equivocada o no, es más fiel a sus principios que vosotros?

- ¿Qué gilipolleces dices? La democracia burguesa es sólo un paso en el camino hacia el socialismo verdadero y hacia la sociedad comunista; eso lo sabemos todos. Pero hay que darlo y hay que darlo bien.
- ¡Eso es!, aunque por el camino vayan quedando tantos despojos que al final no os conozca ni la madre que os parió. Eso te suena, ¿no? Lo dijo uno de vuestros rivales.
- No hablaba de nosotros.
- ¡Ya! -repuso con visible incredulidad Alonso.
- ¿Y de qué grupo hablas en concreto?
- En la calle Mayor he visto una tal “Unión de Falange Auténtica”. Serán cuatro gatos, supongo; pero razón de más para que les dé alegría recibir dos nuevos fervientes militantes. Siempre que, eso sí, seamos “fervientes” –insistió con retintín- convencidos.
- ¿Y cómo quieres que pueda yo mostrarme como un “ferviente” ultraderechista? Yo no soy bueno para el teatro.
- Aplica el método Stanislavski.
- ¿El método qué?
- Que te metas tanto en tu papel que lo sientas como tu identidad. En los instantes en que seas de Falange Auténtica, tu corazón sentirá que lo es de verdad.

- ¡Y un güevo!
- Mira, vamos a dejarlo... No te veo capaz de una cosa así, no sirves, está claro...
- Sí, ya... No estoy a tu altura, ¿verdad? ¡Pues que sepas que soy capaz!

Alonso apoyó de modo teatral los codos sobre la mesa y la barbilla sobre las manos, acentuando su gesto de exasperación con un sonoro suspiro.

- ¿Cuándo quieres que vayamos?
- ¡Éste sí es mi Ramón! –exclamó Alonso y se puso en pie para acercarse a él.

Era el cuarto día que asomaban por la calle Mayor para acercarse a la sede de Unión de Falange Auténtica para intentar afiliarse; pero siempre la encontraban cerrada, a pesar de que iban probando a horas distintas.

- Si hoy también está cerrada no volvemos más, ¿eh? Descartamos de una vez la idea –decía Sánchez, con vivos deseos de que así ocurriera.
- Estás deseando que no esté abierta, ¿verdad?
- ¿Yo?, ¿por qué? Venimos a afiliarnos, ¿no? Pero si no están nunca, ¿qué le hacemos? Eso seguro que es un local de un tío con pasta que tiene ahí esas banderas y esas cosas a título testimonial. ¿A dónde va a ir a estas alturas algo así?

Justo acababa de decir eso cuando tenían a tiro la sede y se podía apreciar que, a esas horas de la tarde, ya casi de noche, había dentro luces encendidas.

- ¡Pues mira! Ahí por fin sí que hay alguien –apuntó Alonso.

A punto estuvo de escapársele a Sánchez un ¡me cago en..!, pero pudo contenerse a tiempo. Ya que se había relajado pensando que se iban a librar de aquella locura, se veía ahora de golpe en la boca del lobo. Pero, en fin, ya..., ¡qué remedio! Hizo de tripas corazón y, con un nudo en la boca del estómago, dejó escapar una sonrisa forzada y afirmó: ¡vaya!, ¡por fin!

La sede estaba en un primer piso. El edificio era antiguo, de aspecto señorial, si bien envejecido, sin ascensor y con un olor en el que se mezclaban la naftalina con humedad rancia, algo de desinfectante y otro olorcillo indefinido de fondo que bien podría ser de ratón. En el entrellano, una bombilla desnuda daba luz colgada de un cable que podría ser blanco si las cagadas de mosca dejaran ver su color.

La puerta de la sede, de recias maderas, con una mirilla metálica de esas de gajos perforados y una placa en relieve con el yugo y las flechas, estaba abierta apenas con una rendija. Con timidez, Alonso empujó un poquito; sólo lo suficiente como para poder asomar la cabeza.

- ¿Se puede? –inquirió. Un largo pasillo, iluminado apenas por otra bombilla desnuda colgando del techo, se extendía con puertas a ambos lados, todas cerradas, y una al fondo, en frente, que estaba abierta y daba a un cuarto con una luz más blanca.
- ¡Adelante, adelante! –se oyó decir desde el interior de ese cuarto.

Alonso enfiló con seguridad el pasillo. Sánchez lo seguía, pero como el que es llevado al matadero. Una vez ante la puerta del fondo, Alonso, antes de entrar, repitió la pregunta.

- ¿Se puede?

Un hombre de aspecto atildado y seguro, peinado con gomina y unas gafas de culo-vaso que contrastaban un poco con su aire autoritario, los miró con firmeza, dejando de escribir y contestó:

- Adelante, ¡pasen!

Ambos pasaron.

- Buenas tardes –dijo Sánchez, en nombre de los dos.
- ¿Qué desean? –les interpelló el hombre.
- Verá –dijo Alonso; tal como habían acordado, mientras no fuera necesaria otra cosa, él hablaría por ambos-. Somos dos españoles hartos del desbarajuste en que vivimos y hartos de no saber qué hacer...
- ¡Y que ustedes lo digan! Esto es un barco que se va a pique si no se pone remedio, ¡y rápido!
- ¡Vaya que sí! –contestó Alonso.
- Ustedes habrán visto... Si los hombres se lían con los hombres, las mujeres se acuestan con quien les apetece y ni unos ni otros quieren tener hijos, ¡ya me dirán! Esto es como una familia que se extingue... -observó el del piso.
- Si al menos fuera una familia, ¡ya sería algo! Continuó Alonso.

- ¡Cierto! –afirmó con rotundidad el hombre- Usted lo ha dicho... La familia, que es el pilar de la convivencia y de la educación, es lo primero que está tirado por tierra.

Sánchez, cada vez más incómodo, no dejaba de sudar. Hubo unos segundos de silencio embarazoso.

- ¿Y bien? –inquirió, al cabo, el hombre -, ¿qué buscan aquí?
- Nos lo hemos pensado mucho y hemos decidido que ya basta de pasividad y de cobardía. Hay que hacer algo, así que venimos a afiliarnos a su... -estuvo a punto de decir partido, pero se lo pensó mejor y eligió otra palabra más acorde con el momento- organización.
- ¡Ah! ¡Muy bien! Es una alegría que todavía haya gente con las ideas claras y el corazón valiente. Pero, ustedes me perdonarán la franqueza, tal y como están las cosas debería haber colas de gente afiliándose a nuestro movimiento; pero, sin embargo, no es así. Muy al contrario, resulta sumamente extraño que alguien venga, como ustedes, decididos a militar en algo que tiene todo en contra. Aquí no queremos mariconadas de playa –al decir esto miró con especial atención a Sánchez; por alguna razón especial, aquel señor lo miraba más a él que a Alonso, a pesar de que, después de saludar, no había vuelto a abrir la boca-. ¿Están ustedes seguros?
- Sí. Lo estamos –aseveró Alonso, con la misma firmeza que venía mostrando desde que entró. El hombre de las gafas volvió a mirar de forma inquisitiva a Sánchez y, como no hablaba, se dirigió de forma expresa a él.
- ¿Y usted?

Sánchez, intimidado, quiso resultar tan convincente que se pasó.

- ¡Por supuesto! –exclamó, dando un puñetacito en la mesa que quiso ser rotundo, pero resultó patético; entre otras cosas porque, sin querer, golpeó el borde de un cenicero provocando que se volcara y se esturrearan las cenizas y colillas por la mesa, con lo que Sánchez, cada vez más nervioso, primero tamborileó con los dedos sobre la mesa, después quiso recoger con la mano la ceniza esturreada y después, al ver que se le ponía sucia y no iba a poder ni estrecharla sin manchar, quiso sacudirla y acabó limpiándosela en los pantalones- ¡Lo siento! –dijo atormentado- No le quepa duda...
- ¿De qué? –inquirió el hombre con una mirada tan implacable que parecía que le perdonaba la vida.
- ¿Perdón? –dijo Sánchez.
- ¡Que qué es lo que siente!, ¿el que no quepa duda o el desaguizado del cenicero?
- ¿Eeh? ¡Ah! ¡Oooh! No, por favor. Siento lo del puño y..., ¡el cenicero! Pero de lo que no quiero que le quepa duda es de nuestra convicción militante –aclaró Sánchez, al borde del colapso.
- Mi amigo es nervioso e impresionable –intervino Alonso-, pero es fiel y generoso como pocos. Yo le aseguro que su entrega es de las que podrá encontrar en muy pocos... Y la firmeza de sus ideales está fuera de toda duda...

El hombre mantuvo la mirada en Sánchez, esperando confirmación.

- Sí..., ¡sí! Es tal como dice mi amigo –pudo decir éste, al fin, cuando superó el bloqueo y pudo tragar saliva.

- ¡Está bien! –continuó el hombre, poniéndose de pie para dirigirse a un mueble con cajones- Necesito sus carnets de identidad.

Sánchez, aprovechando que el hombre estaba de espaldas rebuscando algo en los cajones, miró con desesperación a Alonso, pues esperaba poder dar un nombre falso; pero ahora... Alonso le hizo un gesto de mirar al falangista, que se volvía ya con algo en sus manos y se sentaba de nuevo frente a los dos.

- ¿Están ustedes casados?

Alonso se sintió pillado a contrapié. No esperaba esa pregunta y, a bote pronto, no sabía cómo responder. Ya hacía tiempo que tanto él como Sánchez habían pasado la treintena y, con esa edad, para alguien amante de la familia y de los hijos permanecer soltero podía resultar sospechoso. ¡Como mínimo de libertino!; pero no había que olvidar que cuando dijo lo de mariconadas de playa había mirado a Sánchez. ¡A saber lo que se imaginaba aquel tipo!

Ante la tardanza de la respuesta, el hombre aclaró su pregunta.

- Perdonen. No quería ser indiscreto. No soy ningún alcahueto. Sólo me preguntaba si tendrían en casa quien pudiera bordarles esto –les alargó unas insignias en hilo dorado y rojo con el yugo y las flechas-. En su camisa azul. Porque tendrán una, ¿no?
- ¡Ah! –exclamó Alonso aliviado.
- ¡Aaaah! –repitió Sánchez, pero de manera tan exagerada y bobalicona que Alonso tuvo que chincharle con un puntapié en el tobillo que a Sánchez le dolió tanto que no pudo reprimir un ¡ay! Y un gesto de dolor y, al ver que el falangista

lo miraba preguntándose qué le ocurría, tuvo que improvisar- No hay nada que me duela más que estar soltero a estas alturas de mi vida –concluyó.

- No crea –observó el hombre-. Les comprendo. Hoy día es tan difícil encontrar una mujer con la que sentirse seguro...

Lo que más le dolió a Sánchez es que el facha aquel ahí hubiera acertado de lleno con él. Salvo la Pepilla, que ya estaba casada, ¡y menuda era!, como para acercarse a ella e intentar algo..., todas las demás que conocía o eran unas respondonas marimachos inaguantables o eran unas *calentoncillas* que a las primeras de cambio estaban dándose el lote con el que se terciara. Y en esas condiciones, ¿quién quería amargarse la vida con una mujer así al lado? ¡Facha de mierda! ¿Y tú?, ¿estás casado, pedazo de cabrón?

Como si hubiera escuchado la pregunta que con la mente Sánchez le había hecho, el hombre continuó:

- Yo soy algo mayor que vosotros. En mi generación todavía era fácil encontrar mujeres en su sitio. Así que me casé y tengo cinco hijos. ¡Cinco!, que se dice pronto...; pero tal y como están las cosas hoy día... De veras que os compadezco.

Sí, pero mojar mojas poco –pensó Sánchez-; aunque, si había tenido cinco hijos... Pero fuera de plato seguro que *na de na...* Claro que yo, por muy soltero que esté, tampoco es que moje mucho...

- Bueno, mi nombre es Damián –dijo el hombre, alargándoles la mano para estrechársela a uno y otro, después de recoger los carnés que le alargaban.

Se estrecharon las manos y, mientras rellenaba los datos de los nuevos afiliados en sus fichas, les dijo que los invitaba a un refresco en el bar. Aceptaron. Mientras bajaban las

escaleras, en la cabeza de Sánchez no paraba de resonar el himno aquel que decía: Cara al sol con la camisa nue-eva, que tú bordaste en rojo ayer...

Tendría que comprarse una camisa azul, ¡no te jode! Menos mal que al menos el bordado era en rojo.

El bar al que los llevó quedaba cerca. Era un recinto no demasiado grande, con cierto sabor a viejo casino de pueblo, mucha más madera y cristal que metales, varios estantes repletos de trofeos (copas, medallas) y carteles con escudos y formaciones del Real Madrid, enmarcados algunos de ellos (los que tenían los equipos ganadores de copas de Europa).

¡Del Madrid, cómo no!; pensó Sánchez para sí.

- Este bar es de los “auténticos” –comentó Damián a los dos nuevos camaradas-. Me gusta venir aquí, además de porque Pepe es de los nuestros, porque aquí tiene preeminencia lo nacional y aquí no entraba ninguna mariconada si no fuera porque tiene que vivir y hay por ahí tanto capullo que bebe lo que le echen, y más todavía si viene avalado por el prestigio de lo yanqui y de tanta porquería de televisión y de historias para no dormir y no saben beber otra cosa. Parece mentira, pero a veces hay que vivir de alimentar diarreas mentales.

Se sentaron en una mesa y, en seguida, acudió solícito Pepe a ver lo que querían. A Damián le faltó tiempo para comunicarle las buenas nuevas.

- ¡Salud, camarada! –le dijo al recién llegado, el tal Pepe; un calvillo de los de raya en medio ancha, que llevaba puesto su sempiterno delantal y miraba con unos ojillos acuosos y escocidos.
- ¡Salud y arriba España! –contestó el aludido.

¡Vaya!, volvió a pensar Sánchez, con lo bien que iban con eso de aborrecer a los yanquis y todo eso de la comedura de coco y hasta con el saludo de camaradas y salud y las *miliquinientas*..., ¡coño!, si hasta le habían recordado a algunos comunistas de pro a los que no les verían en la vida beber una coca-cola o fumarse un marlboro o un winston por ser del enemigo... Pero eso de arriba España era harina de otro costal...

- Te presento a dos nuevos camaradas que acaban de afiliarse a nuestro movimiento.
- ¡Hombre! –exclamó el interpelado, preso de una alegría exultante- Todavía queda gente como es debido. ¡Bienvenidos, camaradas!, ¡y arriba España! –al decir esto levantó su brazo en saludo fascista.
- ¡Arriba España! –contestó Alonso, que, con el brazo en alto, miraba a Sánchez reclamándole entusiasmo, pues sólo se le había entendido un murmullo entre dientes que acababa en ña y ni había levantado la vista; menos aún el brazo.
- ¡Y a por la décima, con dos cojones! –dijo por fin Ramón, impelido por las miradas de su amigo y de Damián, intentado cambiar de tema.

- ¿Eeh? –respondió Pepe, confundido. Sánchez señaló con la mirada y un movimiento de cabeza los carteles del Real Madrid y entonces Pepe comprendió- ¡Aaah! Este año cae, ¡vaya si cae! Bueno, ¿qué tomáis?

Sánchez miró a Alonso y éste esperó a ver qué pedía Damián.

- Un kas de limón –pidió éste.
- Yo otro de naranja –dijo Alonso.

Sánchez quedó desolado; el kas no le gustaba, ¡y cualquiera pedía coca-cola o fanta! De cerveza no tenía gana y el vino no le gustaba; además, seguro que en aquel tugurio sólo tenían vino matarratas.

- Me pone un agua mineral, por favor –se decidió por fin Sánchez, no sin tener que resistir la mirada inquisitiva y sorprendida de Damián.
- ¿Estás malo o algo? –le preguntó éste cuando Pepe fue a por el pedido.
- No; es que ahora mismo no me apetece nada. Pero por no estar mirando...
- Me gusta venir aquí –insistió Damián- porque es de los pocos bares que quedan que lo que más tiene es productos nacionales. ¡Ya está bien de darles todas las ventajas a los de fuera!, ¿no?
- Pero el KAS dicen por ahí que es de la ETA, ¿no? –comentó Sánchez, un poco harto, por tal de incordiar.
- ¿Qué ETA ni qué niños muertos? Es vasco, pero tan español como Indurain, Iríbar, Arconada, Llorente y tantos otros.

- Pero ellos dicen que no –quiso provocar Sánchez, envalentonado al percibir una cierta sombra de duda en el falangista.
- Lo dirán los que lo digan... Pero incluso esos, pueden cantar misa. Son españoles y punto. ¡Pero si fueron ellos, con don Pelayo, los que iniciaron la cruzada contra los moros y pusieron en marcha la Reconquista! Son más españoles que los propios españoles... -argumentó Damián, encendido en su retórica. Al notar la mirada irónica que se le había puesto a Sánchez, cayó en la cuenta de lo equívoco de sus últimas palabras y se quedó esperando algún comentario de Sánchez; ¿se lo iba a decir o no?
- Pero entonces..., ¿son españoles o no? –dijo por fin Sánchez, regodeándose en su aparente inocencia cargada de sarcasmo.

¡Lo dijo!; pensó Damián.

- Tú qué eres, ¿un topapelotas? –interpeló con evidente acritud al gordito impertinente- ¡Es una manera de hablar!, pero no me irás a negar la españolidad de los vascos...
- ¡Noo!, ¡Dios me libre! –contestó Sánchez, que vio peligrar lo conseguido hasta entonces y temía lo que Alonso le pudiera recriminar después.
- Mal íbamos a empezar si no –concluyó Damián.

Pepe llegó con las bebidas y las sirvió.

- Bebedlas con gusto, que veremos a ver si con esta puñetera crisis no acaba por perderse más de un producto de los que todavía podemos disfrutar –comentó el camarero.

- No llegará la sangre al río –afirmó Alonso.
- ¡Valiente panda de inútiles! –comentó Damián con la rotundidad habitual en él- Y de mafiosos. Los banqueros son un puñado de cuatrerros. Nacionalizar la banca es lo que hacía falta..., y se acababan las crisis y los rollos de toda esta morralla...

Eso le sonó bien a Sánchez. ¡Joder!, si por proponer él lo de nacionalizar la banca se la habían formado en el congreso provincial tildándolo poco menos que de dinosaurio precámbrico. Y ahora, este facha venía y le daba la razón... ¡Lo que hay que oír!

- Pero el capital no iba a permitir algo como eso –intervino Sánchez, repitiendo los argumentos con los que le habían callado la boca en el congreso comunista- y ellos tienen todavía los resortes...
- ¡El capital! –refunfuñó Damián- ¿Quién demonios es el capital? Eso son gilipolleces de rojos. Yo conozco a Pepe, a Juan, a Domingo y a Periquillo el de los palotes; y si alguno saca los pies del plato, se le pone en su sitio. Si no, ¿para qué demonios sirven el ejército y las fuerzas del orden?
- Pero... -Sánchez se estaba calentando; le gustaban algunas de las cosas que ese facha de los *güevos* decía y, sobre todo, le gustaba el valor que le echaba diciendo lo que de verdad pensaba, sin tanto miedo a lo que fueran a decir los pringaos de siempre; pero era un fascista antidemócrata y eso tampoco; ¡qué cojones!- aun en el caso hipotético de que el ejército y las fuerzas armadas apoyaran algo así, que no es tan fácil, ¿y la democracia y Europa y todas las voces autorizadas de los gobiernos occidentales?

Damián volvió a mirar a Sánchez de tal forma que, desde el fondo circular de sus gafas de culo-vaso pareciera perforarle el cerebro.

- ¿Ves como eres un tocapelotas? Si piensas eso ¿para qué mierda te apuntas a Falange Auténtica? ¿O es que te has caído de un *nío*? ¡Qué Europa ni qué democracia ni qué niños muertos! Son todos una panda de inútiles con la cabeza llena de serrín. Y así nos va. ¿A dónde mierda nos ha llevado esa famosa democracia de la que tanto hablas? No tenemos más que un hatajo de maricones y de puterío, las escuelas y la educación cada vez más hechas leña, las familias destrozadas, los niños convertidos en tiranos, los abuelos solos y, por eso mismo, caprichosos en vez de sabios y sin respeto ni hacia ellos mismos, tirados por ahí en asilos que los cuidan como a ganado... Y mientras, los gobiernos perdiendo el tiempo y las energías en *polladitas* y mariconadas. Y los bancos dale que te pego poniéndose las botas a costa de unos y otros. ¡Ellos son los dueños del cotarro! Y ellos son la verdadera “democracia” –al decir esto señaló en el aire las comillas y puso especial énfasis socarrón; si bien se estaba encendiendo llevado por la pasión y sonaba más agresivo que irónico-. Ellos son los que prestan el dinero a todos los partidos y si quieren que alguno deje de existir, con cortarles el grifo tienen suficiente. Y ellos son los que dicen a los gobiernos cómo tienen que gobernar, ¿no oyes las noticias?, el FMI y el Banco Central Europeo les aprietan las tuercas a unos y otros para que hagan esto y aquello y no hay uno que ose decirles que ya está bien. ¿Y tú sabes de alguien que haya votado a los que están en esos sitios?

Sánchez no sabía qué contestarle a aquel facha bravucón; pero lo que más le confundía es que si no estuvieran donde estaban y no supiera quién era, creería estar oyendo a uno de sus camaradas más radicales, de los que están marginados de las tareas de dirección

del partido, pero siguen dando el callo en cada acto. En realidad algunas de esas cosas las hubiera dicho él con gusto en el congreso provincial del PCE; lo que pasa es que si lo pusieron de desfasado sólo por proponer la nacionalización de la banca y alguna medida de control que tacharon de proteccionista... Y, encima, iba a estropear el asunto que les llevaba por allí. De todas formas, Alonso, como siempre, lo sacó del apuro entrando al quite.

- Bah, Damián, no hagas mucho caso a mi amigo. Le gusta hacer de abogado del diablo. Pero puedes estar seguro de que él sería el primero que, si pudiera, nacionalizaba todos los bancos...
- ¡Eso desde luego! —exclamó Sánchez con especial convicción y, esta vez, sin tener que esforzarse por sentirla.
- A tu amigo lo que a mí me parece —comentó Damián, sin dejar de mirar de forma conmisericordiosa a Ramón- es que le falta un hervor.

¡A ti sí que te falta un hervor!; pensó para sí Sánchez; ¡facha gilipueñas!

La primera vez que, al cabo de varios días sin verse, se había vuelto a encontrar con Ramón, Alonso no había podido reprimir una abierta carcajada al verlo aparecer con barba hecha y derecha, gafas de sol oscuras y gorra que quería ser discreta y resultaba ostentosa.

- ¡Madre mía!, cualquiera te conoce –le había dicho, entre risas-. Si pareces sacado de una película de espías; pero de las españolas de los años sesenta.
- ¿Sí? Pues tú me has reconocido, ¡joder! –había sido la compungida respuesta de Sánchez.

La conversación había continuado entre las explicaciones de Ramón intentado hacer comprender su temor a ser reconocido por algún camarada en eventos fachas y los comentarios sarcásticos de Alonso, tan previsibles en él como los miedos en su amigo.

Esos “eventos fachas” a los que hacía alusión Sánchez no habían pasado hasta entonces de ser conferencias sobre temas diversos que venían a concluir siempre en lo mismo y a las que asistían siempre el mismo puñado de oyentes, ahora incrementado con dos nuevos miembros, uno de los cuales siempre estaba mirando para todos lados como asustado y embozado cuanto podía como si quisiera pasar desapercibido de una manera tan torpe que acababa convirtiéndose en el centro de todas las miradas.

- Pues si tan mal les va con el rey, que pidan la república, ¿no te fastidia? –le había comentado Sánchez a su amigo a la salida de una de aquellas conferencias, cuando ya caminaban a solas por las calles de la ciudad.
- ¡Qué bien! Pero ya los has oído, ¿no? No es “el rey” el que les cae mal, sino “este” rey. Primero por ser un Borbón y, por tanto, de una dinastía débil e ilegítima, por algo están los carlistas todavía por ahí dando quehacer. Y además por, según su visión, haber traicionado a Franco.
- ¡Pues vaya cosa! Si eso es lo único que ha hecho bien: haber traicionado a ese capullo.

- Vale, todo lo capullo que tú quieras; pero cuando el de las gafas culo-vaso te habló de nacionalizar la banca los ojos te hicieron chiribitas.
- ¡Vaya!, como que es que Franco los nacionalizó... ¿Quién se los cree? ¿Pero no ves? No son más que un puñado de tarados dale que te pego al palique, venga conferencias y venga conferencias para ellos mismos siempre. ¿Qué quieren cambiar así?
- Sí, pero ¿y lo de los bancos?
- ¡Polladas! Te lo vuelvo a decir: ¿por qué no los nacionalizó Franco en vida? Tuvo cuarenta años de mandato para haberlo hecho.
- Bueno, supongo que harás oído eso de que fue la gente de Franco la que se cargó a José Antonio Primo de Rivera. Lo mismo estos, aunque odien al rey por traicionar a quien lo puso donde está, tampoco es a Franco al que siguen; o no en todo, al menos.
- ¿Qué no? Pregúntaselo y verás. Son todos iguales, por muy “verdaderos” que se autodenominen. Además, eso de haber matado la gente de Franco a José Antonio es una leyenda urbana.
- ¿Cómo la de Paracuellos?

Sánchez echó a su compañero una mirada asesina. Tanto si era por recordarle la matanza de que se acusaba a Santiago Carrillo y los suyos, como si era por recordarle la figura de ese personaje que había sido líder admirado tanto tiempo y ahora era un motivo de discordia, cuando no de entreguismo, aquello era una puñalada traperera. Alonso, que se divertía sacando a relucir las contradicciones de su amigo, comprendió que esa vez se había pasado; al menos por inoportuno, así que cambió de tercio.

- Bueno, dejemos eso –dijo-. Si quieres algo distinto a las conferencias ya lo tienes; vendrás a la concentración en Madrid del próximo domingo.
- ¡Ni lo sueñes! A mí no se me ha perdido nada allí ni me interesa esa exaltación de la españolidad que quieren hacer. Con su pan se lo coman.
- Pero vamos a ver –insistió Alonso, haciendo, como tantas veces, de abogado del diablo- ¿tú no gritas ¡España, España! Cuando juega la selección? –como Sánchez lo miró con inquina, continuó- No me lo niegues que te he visto yo. Además, sois PCE, o sea, Partido Comunista de ES-PA-ÑA –recalcó- y el propio Marx decía que el nacionalismo era uno de los pasos previos en el camino hacia la revolución socialista; lo que, dicho sea de paso, me parece una de sus mayores *gilipicheces*, pues no hay invento más estúpido que el de los nacionalismos que no llevan ni a socialismo ni a otra cosa que no sea dispersión de energías y divisiones abstrusas y artificiales.
- ¡Deja a Marx tranquilo, anda! ¿Qué tiene que ver que yo quiera que gane la selección española con ser facha? A ver si vas a resultar un *pureta* de campanario...
- Ya,ya... Pero igual resulta que los fachas son más coherentes que tú en eso...
- ¡Y una mierda! Yo no quiero obligar a nadie a ser lo que no quiere ni pisotear a sus pueblos oprimidos.
- Pues si yo soy de campanario, me parece que tú eres de sacristía. ¿Y si es el pueblo español el oprimido? Eso de “pueblo” me suena muy religioso.
- No voy a discutir tus enredos y tus ganas de incordiar. No voy a ir y en paz.

- Te puedes perder algún encuentro interesante...
- ¿Qué encuentro?
- ¿Te acuerdas de la rubita con cara de niña buena de esas que no han roto nunca un plato que vimos en una conferencia y que no conocíamos de las anteriores? – Sánchez se le quedó mirando por encima de sus gafas en silencio, mas por su forma de mirar esperaba explicaciones- Pregunté a uno de los chicos después de la charla que de quién se trataba y me dijo que era de Sevilla y estaba aquí de paso. Con toda seguridad irá a la concentración.
- ¿La rubia? Seguro que ha estudiado con las monjas y tiene una saliera que no puede con ella. Esas, si se las sabe espabilar son las peores...
- ¿Y vas a perder la ocasión?
- ¡Joé! ¿Pero cómo quieres que vaya con camisa azul y boinita *colorá*? Si me ve alguien me muero allí mismo.
- Alguien te va a ver, no lo dudes. No vamos a un desierto...
- ¡Qué gracioso! Sabes de sobra lo que quiero decir...
- De esos no te va a ver nadie, porque no van a esas cosas. Y en el peor de los casos, si te vieran y fueran capaces de reconocerte, que lo veo difícil, siempre podrías contarles la verdad.
- Eso ya me lo dijiste antes; pero esa “verdad” es muy poco creíble.
- Suele ocurrir con las verdades verdaderas... Pero que no se lo crean, ¿y qué? ¿Vas a vivir toda la vida atezado por los miedos al qué dirán?

- ¡No es eso, joder!
- ¿Y qué es entonces?

De nuevo un silencio largo y una mirada por encima de las gafas. Ese gesto ya lo conocía Alonso muy bien y sabía que preludiaba un asentimiento.

- ¡Pero mira que eres capullo! –dijo al fin.
- ¿Vendrás, entonces?
- ¿Este domingo?
- Y con el yugo y las flechas bordadas en la camisa azul, no lo olvides...
- ¡Calla, calla! No me lo recuerdes.
- A las siete en la Plaza de la Merced, no lo olvides.

Mirarlo por encima de las gafas con carita de cordero degollado era su forma de decir: ¡y qué remedio!, así que Alonso lo observó en silencio y no dijo nada más.

Ver a su amigo Ramón con boinita colorada y camisa azul (más el añadido extra de la barba, más recia que nunca, y las gafas de sol, que de puro aparatosas podrían servir para cualquier cosa menos para pasar desapercibido) era una experiencia que valía la pena. Vista su estampa y su gesto compungido, que a pesar de toda la truculencia de su

disfraz no conseguía disimular, disfrutar aquella especie de obra de arte entre dadá y Andy Warhol, versión expresionista, ya salvaba el día, da igual lo que ocurriese en adelante.

Así que, con ese ánimo de espíritu, Alonso se dispuso a disfrutar acontecimientos. El autobús fletado por Falange Auténtica distaba mucho de tener un ambiente tan animado y variopinto como los que el Partido Comunista mandaba a sus concentraciones. Éste más bien parecía una mezcla de colegio privado, con la lección bien aprendida, y residencia de ancianos de cierto nivel. Apenas alguna conversación en todo discreto rompía la monótona quietud del viaje.

Cuando el vehículo paró en la Casa de Campo y sus ocupantes descendieron, aunque el mar de boinitas coloradas y camisas azules era con toda claridad predominante, había sin embargo pequeños grupos que desentonaban con el resto, luciendo con ostentación sus cabezas rapadas, sus musculosos brazos llenos de tatuajes y sus ropas de aspecto callejero y descuidado, más que militar. No había más que observar la mirada que, desde el parapeto de sus gafas, les lanzaba Sánchez para comprender la repugnancia tan invencible que tales tipos le despertaban. Pero, a decir verdad, tampoco parecían gozar de muchas simpatías entre sus aristocráticos colegas que, desde la altura de sus boinas rojas y sus camisas azules, parecían soportarlos y aceptarlos como quien acepta a sus agresivos perros guardianes. Tampoco las risotadas y el comportamiento grosero y desconsiderado de los cabezas rapadas tenían mucho que ver con la actitud marcial, pero comedida, de los camisas azules.

Confundido en aquella marabunta de tribus, Sánchez, que nunca se hubiera imaginado que pudiera haber tanto facha a esas alturas, era todo ojos a la búsqueda de su presa deseada: la bella rubia.

- ¿La has visto? –preguntó con *maldisimuladas* ansias a su amigo Alonso.

Éste no pidió explicaciones. La escueta pregunta resultaba clara como el agua. Más que responderle, Alonso habría querido prevenirle. Pero se lo pensó mejor y dejaría que la propia realidad fuera en esta ocasión maestra para su amigo. Seguro que aquella observación sobre la educación en colegio de monjas era cierta y todo eso de la represión y de la “saliera”. Pero, con toda seguridad, también era cierto que hasta las propias monjas le habrían hablado de Freud y sus secuaces y, cuando no, ella ya habría leído, comentado..., ¡y experimentado!, bastante más de lo que el infeliz de Ramón creía. Así que, con toda probabilidad, el pobre se iba a llevar una sorpresa. Pero ¡qué mejor lección que la vida! Desde luego él no pensaba intervenir; ¡que probara, que probara!

Por fin, a lo lejos, confundida entre un corro de chicos “requetés”, con sus boinitas rojas, pudieron ver a la joven, también con camisa azul, aunque en lugar del pantalón gris marengo que casi todo el mundo llevaba, ella lucía una falda plisada, hasta las rodillas, gris marengo, eso sí, que le daba un encantador aspecto de colegiala.

Nada más verla, Ramón no pudo reprimir la emoción y echó su mano, aturdido, en el antebrazo de Alonso. Éste reaccionó divertido:

- ¡Tranquilo, hombre! No quisiera tener que llamar a las asistencias para atenderte de un ataque al corazón.
- Que sepas que como me enamore de una facha tú habrás tenido la culpa... - observó Sánchez con total seriedad.
- Me vas a hacer perder el sueño –replicó Alonso, con su característico sarcasmo.

- Espera que se quede sola y verás –continuó Ramón, con tal cara de cazador al acecho de su presa que Alonso no pudo más que mirarlo con deleite humorístico.

Acababa de decir eso, cuando los compañeros de la chica parecieron despedirse de ella y echaron a andar en una dirección distinta a la suya, por lo que se quedó sola y andaba casi en dirección a los dos amigos oteadores.

- ¡Pues, hala! Ahí la tienes... Valor y al toro –dijo Alonso.

Ramón se arregló la camisa metiéndosela bien por los pantalones y se tiró después un poquito de ella para que estuviera holgada.

- ¿Se me nota mucho la barriguita? –preguntó un tanto angustiado a su amigo. Éste lo observó de arriba abajo con mirada divertida, como si sopesara.
- No mucho –contestó al fin.

Ramón se pasó la mano por el cabello para alisárselo y echó a andar hacia la muchacha. Cuando se había alejado lo suficiente como para no oírlo (o eso creía), Alonso continuó entre dientes:

- Lo malo es que el barrigón sí que se te nota –como Sánchez volvió la mirada hacia él como si lo hubiera oído, siguió de nuevo- ¡un poco!, ¡sólo un poco!

El resto de la escena fue seguido desde lejos por Alonso como quien contempla una actuación de teatro mudo o del que no le llegan los diálogos. Como tantas veces, se sentía como si el mundo fuera un enorme escenario y él lo estuviera observando desde fuera; pero cuando la sensación de estar todo mostrándose se hacía tan intensa, al final

parecía que ni siquiera él observara, sino que estuviera de mirón, de especie de testigo, pero en una gran escena que a su vez era observada.

Desde su estado de desasimiento interior, vio cómo Ramón se acercaba a la chica y se presentaba. Fue a intentar darle un beso de saludo, pero ella le alargó la mano en un gesto que, visto desde la posición de Alonso, hubiera parecido casi más que le apuntaba con la mano como si fuera un arma que un ofrecimiento de saludo. ¡Mal comienzo! De todas formas, Ramón se la estrechó con evidente embarazo y con sonrisas forzadas que no eran seguidas por la joven. Intercambiaron varias frases, si bien la participación en el diálogo era muy desigual: él se alargaba y gesticulaba bastante, incluso en una ocasión señaló hacia un lugar indeterminado, al parecer lejos de allí y, sobre todo, se esforzaba por sonreír y parecer simpático. Ella contestaba con brevedad y desde una posición hierática y una imperturbabilidad que le daban aspecto de ser una profesora escuchando a un alumno travieso o un mando del ejército reconviniendo a un soldado.

Qué le pudo decir en ese momento a su amigo no podía saberlo, pero nada más ver el gesto de la chica frunciendo el entrecejo y subiendo después las cejas (una más que otra) como si no se creyera lo que oía, se podía deducir sin ser muy listo que algo no marchaba. A continuación, de forma harto evidente, fue ella la que tomó el protagonismo del diálogo. Con gesto adusto, por no decir agresivo, aunque sin molestarse en acompañarlo de mímica, como si su interlocutor no los mereciera, le soltó una larga (al menos para lo hablado hasta entonces) parrafada durante la que Sánchez permaneció en silencio y encogido como una cucaracha a la que van a dar un pisotón y no tiene salida. Nada más terminar su discurso, la chica se volvió con aire altanero y se alejó de Sánchez sin molestarse en girar la vista para mirarlo. Éste, abatido, limpiándose las palmas de las manos en la parte trasera de su pantalón (cosa que solía hacer de forma

inconsciente cuando le sudaban mucho), tardó en salir de su shock para regresar sus pasos hasta su amigo Alonso que lo esperaba con una mezcla en su corazón de divertida tristeza y de ternura, no sin pensar: ¡eso se veía venir!

Cuando llegó a su altura, echó su mano sobre el hombro de Sánchez y le dirigió la palabra:

- ¿Pero qué le dijiste, hombre de Dios?
- ¡Joder!, pues le hablé de lo interesante que se ponía el día, con tanta gente hermanada en un mismo ideal...
- ¡Vaya!, ¡quién lo diría!, salir eso de tu boquita...
- ¡No te rías encima, pedazo de cabrón! Todo por hacerte caso. Me arrastro como un gusano ¡y mira el pago!
- Tal vez el problema es que es un tipo de chica al que no le gustan los gusanos...
- ¡Pero gusano era para mí mismo! Ante ella me estaba mostrando como un pavito real más de los que hay por aquí.
- ¡Ya! Y entre pavo y gusano, te comiste a ti mismo... ¿Sabes una cosa? Me temo que la hipocresía tiene su propio olor; ¡y esa chica supo olerlo!
- ¡Esa qué va a saber! No es más que una facha presuntuosa y prepotente, como todos estos gilis que pululan por aquí.
- Sí. Y todo lo que tú quieras, pero a ti te ha dejado tocao; aunque sé que me lo vas a negar.
- ¿A mí tocado?

- ¿Lo ves?
- ¡Claro!, tú eres muy listo... Siempre pones las cosas que, pase lo que pase, tienes razón. Pero te equivocas... ¿A mí qué me va a dejar tocado una estrecha presuntuosa como ésta?
- ¿Hasta qué punto sabes que es estrecha? ¿Es que le propusiste algo? Te vi señalar a no sé dónde, ¿fue entonces?
- Le dije que para acabar de redondear el día, lo mejor era celebrarlo dándole alguna alegría al cuerpo y que yo sabía de un lugar por allá; conozco esto de la fiesta anual del PCE, aunque eso no se lo dije, claro –volvió a señalar el sitio–; es un rincón tranquilo y romántico. Y no me dejó seguir.
- ¿No? ¿Qué te dijo? Se veía de pocas palabras.
- Sí, de pocas palabras hasta que le propuse eso, porque a partir de ahí no me dejó ni hablar. Me echó un discurso sobre la honestidad, la responsabilidad y el amor y acabó diciéndome que tuviera bien claro que ni con Brad Pitt que viniera a pedírselo iba ella a rebajarse a tal cosa; mucho menos por un “tapón de alberca” como yo. ¡Me llamó tapón de alberca, la muy guarra! ¿Tú lo estás oyendo? Yo hablándole de amor y va y me zampa que soy un tapón de alberca.
- Ah, ¿pero le estabas hablando de amor?

Sánchez se quedó unos momentos en silencio mirando a su amigo y como sopesando la pregunta.

- ¿Pero es que eso existe de veras? –inquirió al cabo.
- ¿No existe? Acabas de decir que le hablabas de él...

- ¡Es una forma de hablar, coño!
- ¿Te acuerdas del día en que nos afiliamos a esto?
- ¡Calla, calla! No me lo recuerdes...
- No, no... Escucha. Entre otras cosas que el “culo-vaso” nos dijo hay una que a mí me tocó y estoy seguro que, aunque no comentamos nada, a ti te pasó lo mismo.
- ¿Qué cosa es esa?
- Qué cosa fuera yo no sé qué cosa fuera –le cantó Alonso.
- ¡Déjate de canciones y de chorradas! ¿De qué estás hablando?
- ¡Pues del amor, Ramón!, del amor, nada más y nada menos...
- No recuerdo que habláramos del amor.
- Bueno. No llegamos a nombrarlo; pero ahí estaba flotando como una sombra deseada y temida a la que es mejor no nombrar porque duele su ausencia.
- ¿De qué estás hablando? ¿Ya estás con tus filosofías baratas y tus galimatías de místico incomprendido?
- Hablamos de mujeres, ¿no recuerdas? O mejor dicho, nos habló de mujeres; o más bien de la ausencia de ellas cuando nos preguntó si estábamos casados. ¿Qué pensaste tú entonces?
- ¡Y yo qué sé qué pensé! ¿Qué pensaste tú?
- Pues me acordé de Lorena.

- ¿Lorena? ¿Quién es Lorena?
- ¡Claro! Tú no la conociste; si lo hubieras hecho no harías esa pregunta.
- ¿Fue tu novia?
- Más o menos. Entonces a mí también me molestaba esa palabra, que asociábamos a ideas como la propiedad y términos mercantilistas. Entre el psicoanálisis y el marxismo y tanta cosa “moderna” teníamos tal batiburrillo que justo caíamos más que nadie en aquello de lo que pretendíamos huir.
- No sé de qué me hablas.
- Claro. Esa misma era mi actitud.
- ¡Ya estás como siempre!, anticipando lo que piensas que el otro va a decir para hacérselo más difícil porque parezca que te sigue...
- ¿Quién es el que hace filosofías baratas ahora? Lo único que te digo es que con toda aquella sarta de convenciones, por mucho que se revistieran de “revolucionarias”, lo único que conseguí fue perder a la mujer que más he querido en este mundo. Y con ella, perdí la fe en el amor. Y ese es un hueco que mi corazón no para de reclamarme, cada vez con más fuerza, pero con la sensación de que cada vez estoy más lejos de él.
- Eso suena a poema neorromántico. Bonito, pero estúpido.
- Ya veo tu equilibrada, liberada y realizada autosuficiencia. Y mira que te he dado a elegir hasta tres adjetivos con los que dejar satisfecho tu ego; seguro que hay más. Pero a ti también te duele no tener una mujer en la que confiar, a la que poder entregarte sin reservas y en la que encontrar la fuerza y el sentido que

tantas veces echamos de menos. Y te digo más: si la rubita te hubiera hecho caso y hubiera ido contigo a ese sitio, tampoco serviría para lo que te reclamo, y lo sabes.

- ¡Vaya con la vena romántica que te ha dado ahora!
- ¡Niégame que deseas una mujer!
- ¡Qué te voy a negar! Una no, ¡hay miles de ellas que deseo!
- ¿Lo ves? No haces más que escapar en una huida hacia adelante. Sabes de sobra a lo que me refiero. Quiero decir a una mujer que desees como compañera, a la que puedas decir tuya sin miedos ni prejuicios estúpidos y no porque sea tu propiedad, sino porque sabes que ella te quiere solo a ti y tú la quieres sólo a ella y quieres tener hijos con ella y compartir penas y alegrías y toda esta vida de placeres y de penurias...
- ¡Jo, tío!, con razón te dicen el místico; cuando te pones en plan cura...
- ¡No me has respondido! –insistió Alonso con total seriedad.
- ¡Y yo qué sé, tío!; pues tal vez me gustaría; pero entonces habría que renunciar a otras cosas.
- ¿A qué cosas? ¿A la libertad? ¿Libertad de qué?, ¿de sentirse vacío y solo?, ¿de sentirse perdido en un mundo cada vez más absurdo y angustioso? Con la mano en el corazón, Ramón, contéstame a una cosa: tú, ¿por qué no estás con una mujer?
- ¿La verdad, la verdad?
- Toda la verdad y nada más que la verdad.

- ¡Vale!, y encima querrás que lo jure sobre la Biblia.
- No, en tu caso sobre “*El capital*”, de Carlos “*March*”, que es tu biblia sagrada; ¿o está por encima el *Manifiesto Comunista*?
- ¡Ya estamos!
- Bueno, déjate de políticas.
- ¡Déjate tú, no te jode!
- ¡Vale, vale! Pero dime: ¿por qué no estás con alguna mujer?
- Pues porque las que me dan confianza están “*pillás*” y las que no lo están, pues no me gustan.
- Pero no te gustan ¿por qué? ¿Por qué son muy, vamos a decir, “liberales”?
- Están en su derecho de serlo. Bien trabajo que nos ha costado conseguir esta libertad.
- ¡Claro! Y por eso tenemos que tirar por la borda cosas que nuestro corazón nos reclama como el amor, la fidelidad, el honor y cosas así...
- ¿Te vas a poner ahora de machito de comedia de capa y espada?
- Va, Ramón, déjate de poses y de ideas aprendidas. Te estoy pidiendo la verdad entre dos amigos que se quieren y se abren, solos ante el mundo, su corazón. ¿Tú no querrías de verdad una mujer que te hiciera gozar y que pudieras estar completamente seguro de que, a las primeras de cambio, no iba a estar pegándotela con otro?

- ¡Pues sí!, para qué te voy a engañar; pues sí. Pero ellas quieren ser como nosotros y están en su derecho.
- ¿Y cómo queremos ser nosotros? ¿No te das cuenta del estúpido juego de espejos en el que estamos metidos? Nosotros hablamos de libertad y andamos buscando revolcarnos por ahí con la primera que se tercié, aunque más de una vez lo que nos peguen sea un revolcón, no precisamente de cuerpos, sino como el que te ha dado la rubita; y cuando es de cuerpos, lo que os queda al final es una tremenda sensación de vacío. En el fondo, lo que queremos es amar a una mujer y que ésta nos ame en lugar de rompernos de esa forma tan estúpida y convertirnos en muñecos sin corazón que saltan de frivolidad en frivolidad, cada vez más insensibles y más impotentes. Y ellas, que también quieren lo que nosotros, dicen, sin embargo, lo que nosotros decimos; se les llena la boca de libertad..., ¡libertad, libertad! –parodió con musiquilla como de consigna gritada y agitación de banderitas-, pero andan por ahí, igual que nosotros, cada vez más insatisfechas, más solas, más frustradas, más rotas y más perdidas, como polluelos en corral ajeno y deseando a un hombre del que se puedan fiar. ¿A que si la rubita, con toda su estrechez a cuestras, te hubiera hablado con dulzura y hubiera mostrado interés por ti estarías ahora medio enamorado de ella, si no tan enamorado ya que se te caería la baba nada más verla?
- ¿La rubita?, ¡quita, quita! Que le den a la rubita. Y, ¿sabes una cosa? Les van a dar por ahí a todos esos fachas de mierda. Estoy hasta los mismísimos de todos ellos. Me voy a desafiliar de una puñetera vez de estos capullos.
- ¿Ahora mismo?

Sánchez dio una rápida ojeada a los alrededores. Le pareció ver más cabezas rapadas que nunca y con aspecto, si cabe, más feroz.

- Bueno, ahora mismo no. Cuando llegemos a casa, ya tranquilos, duchaditos, con mi ropa de hombre...
- ¿Y qué les vas a decir?
- ¿Que qué les voy a decir?
- Sí, para desafiliarte...
- Ah, pues no sé, cualquier cosa; tampoco hay por qué ser grosero.
- Ya, pero qué... Qué explicación les vas a dar.
- ¿Y por qué tengo que darles ninguna explicación? Me voy y no me ven más el pelo ¡y santas pascuas!
- ¿Y eso de despedirse a la francesa no es una grosería?
- Pues los franceses tienen fama de “*delicatessen*”, con todo lo de la *nouvelle cuisine française* y demás, ¿no?
- No te salgas por la tangente, yo lo que digo...
- Pero no entraría en tus planes estar afiliados de por vida, ¿no?
- Claro que no. Pero alguna explicación lógica sí que me gustaría poder dar sin ninguna clase de reparo ni miedo ni duda...
- ¿Y quién tiene esas cosas? *Chissst*, ¡mira quien viene!, ¡el culo-vaso!

La conversación de los dos amigos se vio interrumpida por la presencia de Damián, “culo-vaso”, que se había acercado a ellos con aire marcial y ademán autoritario.

- ¡Quiero hablar con usted! –espetó con sequedad, sin saludar siquiera, a Sánchez.
- ¿Conmigo? –respondió éste, intimidado.
- Sí. Ahora mismo.
- Pues..., dígame qué quiere –al ver que Damián miraba a Alonso como preguntando si podía hablar en su presencia, Sánchez aclaró-. No se preocupe; mi amigo Alonso es para mí como mi hermano.
- No lo queremos más en nuestra organización –continuó, pues, con rotundidad Damián- No se ha portado usted como un caballero y nosotros sólo queremos en nuestras filas a gente honorable.
- ¿Perdón?, ¿cómo dice? –inquirió Ramón, avergonzado y confuso, aunque bien suponía que la rubita le había ido ya con el cuento de darle gusto al cuerpo y eso...
- No se lo voy a repetir. Usted no es digno de llevar esas flechas y ese yugo junto al corazón si no es capaz de respetar a una mujer que ni conoce. Y sepa usted que, además, es mi sobrina carnal.

¡Vaya!, ¡lo que faltaba!; pensó Sánchez para sí; cualquiera lo hubiera dicho, con lo feo que es el *jodío*...

- Disculpe usted a mi amigo –intervino Alonso-, es un hombre impulsivo y, como buen español, tiene algo de don Juan, pero es de buen corazón y...

- ¿Esa idea tiene usted de los españoles?, ¿un hatajo de seductores irresponsables y falsarios? Mal papel iba a hacer usted en una organización como la nuestra. Los quiero a los dos lejos de mi vista lo antes posible. Dense por borrados de nuestra organización. En cuanto llegue a casa romperé sus fichas. Y espero no volver a verles con esas camisas o sabrán cómo nos las gastamos por aquí. Buenos días, señores.

No les dio tiempo a contestar; si bien es cierto que tampoco sabrían qué decirle. Se dio la vuelta y se alejó de ellos con el mismo aire marcial con el que se había acercado; no sin volver un instante la cabeza para gritarles:

- ¡Y léanse al doctor Gregorio Marañón, que es español, por cierto. El don Juan, en el fondo, es maricón. Mírense bien, no vaya a ser que estén en el armario y no lo sepan.

¡Encima leído!; pensó Alonso para sí.

- ¿Maricón yo? Ese hijo de la gran... -masculló Sánchez para sus adentros cuando Damián estaba lo bastante lejos.
- ¡Déjalo! –le interrumpió Alonso- ¿No querías darte de baja? Pues trabajo ahorrado...
- Pero no así, colega... Ese pedazo de cabrón me va a oír... -se adelantó unos pasos dispuesto a gritarle unas palabras a Damián; pero al ver dos grupos de cabezas rapadas que caminaban cerca de éste, se lo pensó mejor y desanduvo lo andado- ¡Bah! No merece la pena. ¡Que le den!
- ¿Pero es que le dijiste a la rubita de dónde veníamos?

- ¡Pues claro!, ¿cómo me iba a presentar si no?

Alonso se limitó a encogerse de hombros.

- Mejor será que nos vayamos de aquí –continuó Sánchez, que se miró el reloj-. Si espabilamos podemos coger todavía el autobús de las doce. ¿O prefieres que nos volvamos en tren?
- Da igual; pero ¿has pensado cómo vamos vestidos?
- ¡Hostias! Y sin muda..., ¿pues sabes qué?, la boina va a la papelera directamente y la camisa prefiero llevarla del revés con estas flechitas de mierda ocultas.
- Yo, si no te importa, prefiero pasar por el Rastro y comprarme algo. De todas formas me gusta pasear por él. Y si no cogemos el de las doce, ya cogemos aunque sea del de las diez de la noche. Me apetece pasar un día en Madrid.
- Pues santa palabra, ea. Vámonos *p'al* Rastro. Ahora que allí no aparezco yo con esta camisa del derecho.
- Está bien. Vámonos y cuando estemos lejos de aquí nos las ponemos del revés hasta que nos compremos otras.

Ya con las camisas del revés y entrando en la boca del metro, Sánchez comentó a su amigo:

- Porque estaba rodeado de gorilas, que si no ese facha se entera de quién soy yo.
- Oye, hablando de otra cosa..., con tanta gana de mojar que tienes, ¿no has pensado alguna vez en tirarte a una gallina?

- ¿Quéee? –recriminó con gesto de incredulidad Sánchez a su amigo.
- Tiene que tener eso muy calentito y jugoso...
- ¡Déjate de bromas de mal gusto!
- ¿No hay libertad y consiste sólo en no molestar a otros? Con eso no ibas a molestar a nadie y, quién sabe, lo mismo a la gallina hasta le gusta...
- ¡Que te dejes de coñas! –gritó, parando en seco Sánchez. Lo que más le molestaba es que no sabía hasta qué punto las palabras de su amigo era una pura broma o formaban parte de esa endiablada ironía tan característica de Alonso que en el fondo siempre quería dar a entender algo serio.

Alonso se limitó a reír a carcajadas y seguir bajando escaleras. Ramón lo siguió; esta vez en silencio.

La visita al Rastro resultó de lo más divertido; para Alonso porque disfrutaba con el ajetreo variopinto de toda aquella gente moviéndose en abigarradas corrientes como un hormiguero en agitación laboriosa y ordenada y con tanta variedad de tipos y de objetos curiosos; para Sánchez porque se admiraba al observar cómo su amigo se detenía siempre en lo más raro y así, igual se dedicaba a probarse una capa antigua, como si

estuviera buscando atrezzo para una comedia de época, que se paraba a acariciar mascotas exóticas entre las que una iguana podía ser la más reconocible, que se dedicaba a sobar y sopesar objetos inclasificables en las tiendas de antigüedades o se probaba cascos de guerra del ejército alemán o del ruso en la Segunda Guerra Mundial. Al final sólo se compró una brújula que explicó a Sánchez que utilizaría en sus excursiones de supervivencia. ¡Con él que no contara para irse al monte a pasar hambre como un gili!, le había contestado éste como si Alonso lo hubiera invitado a sumarse a alguna. ¡No te preocupes!, le había contestado dándole golpecitos en el vientre, conozco la avidez de este buche y no se me ocurriría invitarte.

La observación de Alonso, cargada de esa ironía socarrona tan propia de él, había puesto de mal humor a Sánchez, que permaneció en silencio y de morros un rato. Para intentar mejorar su humor, mientras comían en un restaurante, Alonso le comentó:

- Bueno, ya te has librado de tus fachas... Deberías estar de buen humor, ¿no te parece?
- ¡No son mis fachas! –contestó Sánchez, malhumorado- Y nadie nos hubiera echado de su asqueroso cubil si tú no te hubieras empeñado en entrar en él.
- ¡*Perrro mirrrra* que *errrrres* obtuso! –repuso Alonso, con un exagerado acento ruso- ¿Por qué no disfrutas con lo que has aprendido en lugar de envenenarte con la estupidez de la anécdota? Es más, incluso de ésta deberías aprender...
- No sé qué voy a aprender de esos cebollinos y sus gilipolleces.
- Pues, entre otras cosas, tal vez deberías mirarte el ombligo y pensar si no te buscaste tú el baño que te dio la rubia por tener esa actitud tan *casposilla* y chungu hacia las mujeres.

- ¿Pero qué coño dices? Yo respeto a las mujeres como el que más. Lo que pasa es que me gustan más que una *panzá ´chocolate*.
- Pues tal vez deberías tener cuidado con no indigestarte... Y lo que es peor, sin haberlas probado... ¿Por qué no pruebas a amar a alguna?
- ¡Ya!, pero ¿a cuál?
- Y con tu actitud ¿tú crees que podrá llegar a amarte alguna?
- Primero habría que encontrar alguna que quiera amar a alguien.
- Te miras a ti mismo y proyectas eso en las mujeres. Pero no todas son como tú.
- Tampoco yo quiero ser como soy.
- ¡Pues no lo seas, joder!
- ¿Y tú? –reaccionó, incómodo, Sánchez- Tú hablas mucho, pero no veo que te vaya muy bien con ellas. ¿A quién es a la que tú amas y cuál de ellas te ama a ti?

Alonso se quedó pensativo y con muestras de abatimiento.

- Vale –dijo, por fin-, reconozco que no es fácil; pero yo no me arrastro en una dirección que, a todas luces, me lleva en sentido contrario al amor y me aleja de él. Si alguna mujer a la que llegue a amar y que me ame a mí se cruza en mi camino encontrará un corazón abierto y sano y no un motor endurecido y mecánico que sólo se acostumbró al placer efímero y a la comodonería.
- No, si ahora va a resultar que eres un feminista de esos...
- Me gusta la mujer. Me parece lo más maravilloso y mágico de este mundo. Pero eso del feminismo no acabo de entenderlo. Hay feministas que de verdad

parecen defender a la mujer y a lo femenino; pero otras lo que parecen es que odiaran lo femenino y quisieran ser machos pilongos, más machistas y estúpidas que el más estúpido de los hombres.

- La próxima asamblea abierta del PCE va a tratar sobre la mujer y sus derechos; ¿por qué no acudes y aportas tus puntos de vista?
- ¿Asamblea abierta? No me fío, Ramón. Perdóname, pero esas cosas me suenan a paripé para dar el pego y aparecer como demócratas y chorradas así, cuando en el fondo ya tienen elaboradas las líneas maestras de lo que aparecerá en los documentos a aprobar y, si añaden algo, será mero maquillaje para dar apariencia de apertura y tal...
- Eres parcial e injusto. ¿Por qué va a ser así? ¿Crees entonces que tampoco va a servir lo que digamos los militantes?
- Según qué militantes... Los que no se salgan de madre...
- ¡Hombre!, si no son comunistas y salen con cosas que desmontan nuestros ideales...
- ¿Y quién define esos ideales y decide qué los desmantela y qué no? Porque cambalaches y tumbos ha dado unos cuantos el PCE, pero según quién los dé...
- ¿No nos crees demócratas? Somos los que más hemos luchado contra el fascismo.
- Venga, venga... No me vengas ahora con historias y victimismos, que para eso ya están Hollywood y los judíos. Habéis luchado por vuestras ideas como otros lo han hecho por las suyas y eso no os da patente ahora para ser benditos. Eso de

demócratas, ¡santa palabra, aunque no se sepa qué significa!, por ejemplo, es nuevo para vosotros. ¿Tú eres marxista-leninista o no?

- ¡Por supuesto!
- ¿Y qué pasa entonces con la dictadura del proletariado, ya no sirve?
- La democracia burguesa es un paso necesario en...
- ¡Que no me vengas con leccioncitas de tebeo! –le interrumpió Alonso-, Maquiavelo y el fin que justifica los medios y toda esa basurilla intelectual. A mí, te digo la verdad, la democracia burguesa me trae sin cuidado porque no es más que un teatro hipócrita creado por sectores burgueses, fundamentalmente financieros, para dominar desde la sombra sin que se les controle, aunque en apariencia llenen todo de mecanismos de control, a cual más impersonal e inútil, y la dictadura del proletariado no es más que una derivación burócrata de castas pequeño-burguesas que, desde posiciones mesiánicas y religiosas, aunque sea una religión atea, lo que pretenden es “también” –remachó esa palabra con especial énfasis- controlar el poder sin que se les puedan exigir responsabilidades personales y, en el fondo, sin romper la mecánica usurera del capitalismo materialista y productivista...
- ¿Y tú no eres marxista? Pues ese lenguaje me suena...
- Te hablo con el lenguaje que entiendes; pero eso no significa nada.
- ¿Y cuál es la alternativa, entonces?
- La humana...
- El humanismo ya existe. De él viene todo lo que hay hoy día.

- Pero este es un humanismo no humano, ciego al misterio y la grandeza del hombre y que se ha alejado de sus instintos naturales, de su genuino afán de poder, que es válido y creativo, como bien explicaban Nietzsche y Heidegger, pero no si está adormecido, adocenado, mutilado e impotente al encasillarlo en estructuras, instituciones y dinámicas que lo anulan como ser.
- ¡Eh!, *che,che,che*... No te subas a la higuera que me pierdo... Cuando empiezas con filosofías raras ya no te sigo. ¿Qué es lo que pretendes, volver a las cavernas?
- No. Lo que pretendo es, precisamente, salir de la caverna y ver la luz y saber diferenciar las sombras de las realidades.
- ¿Lo ves? Ahora me sales con Platón. Mira, déjate de filosofías y acude a la asamblea abierta. Verás como allí te entienden mejor que yo y saben valorar tus aportaciones.

Alonso se le quedó mirando como quien mira a un ratón de laboratorio. Tan era así que Sánchez se retrepó en su asiento inquieto y con mirada inquisitiva.

- ¿Sabes qué? –dijo por fin Alonso. Sánchez no le contestó, pero en su mirada delataba todo el miedo que, de repente, le provocaba su amigo-, ¡que voy a ir! – concluyó con rotundidad.

Ramón calló y pensó que debería alegrarse de haberlo convencido; sin embargo ahora le quemaba la irreprimible inquietud de haberse equivocado al invitarlo. Y el brillo en los ojos y esa sonrisa maliciosa con la que lo miraba no hacían sino incrementar su desasosiego.

En la mesa que presidía la reunión estaban Benito, un cincuentón de la vieja guardia comunista pero que sabía utilizar un lenguaje actual acorde con las exigencias de los tiempos, Rosaura, una gordita repelada a la que, nada más entrar, Alonso catalogó en su fuero interno de *macho pilongo* y de la que esperaba complicidades que ni ella misma podía sospechar y el propio Sánchez, que hacía de secretario de la asamblea.

Benito era el moderador; a pesar de su prestigio en la Asamblea Local y de ser un hombre duro y directo, no era infrecuente que los debates se le fueran de las manos dado el espíritu hipercrítico de algunos militantes y el afán de hacerse oír de algunos miembros de las juventudes que siempre querían dejar su sello renovador y estaban a la que venía con tal de dar aires de cambio y revolucionarios a la organización. Alonso también contaba con ellos; si bien, por supuesto, ellos no lo sabían.

Nada más sentarse en la mesa para presidir y mientras esperaban a que todo el mundo se acomodase y se fuera haciendo el silencio, Benito, que notó entre los asistentes la presencia de Alonso, no pudo evitar un sentimiento cercano al temor como si un presentimiento lo acechara.

- ¿Qué hace aquí “*el Místico*”? –preguntó por lo *bajini* a Sánchez.
- Lo he invitado yo –contestó el interpelado.
- ¿Estás loco?

- Es una asamblea abierta, ¿no? –aunque hablaban bajo y todavía había rumor en la sala, Ramón estaba preocupado por si Alonso podía oírles- Se trata de invitar al máximo posible de gente para escuchar a todo el mundo. Y Alonso es un tío inteligente y capaz que puede aportar cosas valiosas...
- ¡Y dar por culo como sólo él sabe! Le temo más que a una vara verde. Siempre anda haciendo preguntas y propuestas improcedentes y no está tranquilo hasta que no lía el follón. He coincidido con él algunos actos y siempre da la nota.
- No es así. Lo que pasa es que es un hombre con miras muy altas y...
- ¡Y una leche con migajas! –le interrumpió con rabia; para decir lo siguiente se le acercó al oído mirándolo con severidad por encima de sus anteojos- Como la lía y nos reviente la asamblea te vas a acordar de mí, ¿me oyes?
- ¿De qué habláis? –terció Rosaura, que notaba algo extraño y no sabía qué era.
- Bah, no tiene importancia –repuso Benito para no complicar más las cosas; se colocó bien las gafas y miró hacia la gente-. Son cosas nuestras...

Sánchez no pudo evitar sentir un nudo en las tripas y miró hacia su amigo como implorándole compasión. Alonso se limitó a sonreírle y saludarle con un aire de especial familiaridad, lo que, lejos de tranquilizarle, lo inquietó aún más.

Por fin dio comienzo la asamblea con los saludos y la bienvenida de rigor. De manera extraña y por causas que no podría precisar ni él mismo, Benito observó que la convocatoria estaba más nutrida de asistencia que nunca; eso debería haberlo alegrado, pero con Alonso allí casi que lo asustó.

Durante un buen rato el tema principal de discusión fue cómo estimular la participación de la mujer en la vida política y aquello derivó en la cuestión de las cuotas de discriminación positiva. Rosaura y alguna otra de entre el público asistente eran las más acérrimas defensoras de la obligatoriedad de asegurar “al menos” un 50 % de presencia femenina en cualquier lista y órgano de representación o de poder. La participación paritaria era una manera de compensar –argumentaban en esencia- el oprobio y el sometimiento de tantos siglos de machismo. Apenas algún hombre mayor se atrevió a decir que ese porcentaje era desproporcionado, dada la escasa presencia de mujeres en las asambleas y que para según qué cargos iban a tener que buscarlas a jornal. En la respuesta, Rosaura se centró en el argumento de que si tenían que criar a los niños y atender a la casa cómo iban a poder asistir y como el anciano temió ser acusado de machista, pues su esposa era ama de casa y tenían varios hijos en común, aunque ya mayores, se calló y se limitó a mascullar entre dientes, pero de manera que nadie lo oyó: será por los que tienes tú y otras tantas como tú...

Benito estaba admirado del silencio respetuoso que llevaba manteniendo Alonso desde que comenzó la asamblea. Por eso, cuando le vio levantar el brazo para pedir la palabra sólo se le ocurrió mirar a Sánchez de modo inquisitivo y éste, más asustado que nunca, se limitó a encogerse de hombros con discreción.

No sin reparos, Benito dio la palabra a Alonso. Éste se puso en pie con aire amanerado y procuró cargar su intervención con toda la pluma que pudo, tanto en el tono como en los movimientos de muñecas, brazos y manos.

- ¡Uig!, pues yo reivindico el derecho de los maricones a formar parte de la cuota femenina... -como en las distintas intervenciones solía formarse un cuchicheo de fondo antes de responder, el que se hiciera un silencio tan absoluto ante

- aquella propuesta resultó más escandaloso todavía- ¡Ea! He dicho –sentenció Alonso al ver la reacción.
- ¿Pero qué dice? –intervino Rosaura, por fin recuperada del estupor- Por muy gay que usted sea, es un hombre...
 - Usted habrá leído a Heidegger cuando dice... -quiso explicar Alonso.
 - Yo no pierdo el tiempo leyendo a nazis. Y de todas formas, que yo sepa, Heidegger no era homosexual ni defendió a los homosexuales.
 - Hace usted mal en no leer a la gente inteligente –replicó Alonso-. Lo cierto es que los nazis lo rechazaron y él rechazó a los nazis. Pero esa ahora no es la cuestión. Yo quería reflexionar sobre la contingencia...
 - ¿Qué contingencia? –intervino Benito que empezaba a perder la paciencia- ¿De qué habla y qué tiene que ver eso con lo que estamos dilucidando aquí?
 - ¡Mucho, señor mío! *Uig*, por Dios, qué atrevida es la incultura –continuó Alonso, cada vez con más pluma y más desparpajo- ¿Usted eligió, por ejemplo, nacer español?
 - ¡No! ¿Y qué? –contestó con brusquedad Benito- No soy nacionalista.
 - ¡Ea! –continuó Alonso- Pues yo no elegí nacer hombre y no me siento tal. Soy maricón y como tal, me considero con derecho a elegir mi papel en este mundo y el de mujer es mi elección.

Manolete, un *viejete* escuchimizado y medio sordo que por no gastar llevaba años y años con el *sonotone* roto, se enteró mal de esto último y, con cierta ansiedad, preguntó a su voluminosa esposa, que estaba sentada junto a él:

- ¿Qué ha dicho de erección?, ¿qué ha dicho de erección?

La mujer lo miró (hacia abajo, dada su corpulencia al lado de la de su esposo, a pesar de estar ambos sentados) con desprecio y le dio tal mojicón que el hombre se encogió y se quedó más mudo que un muerto en su tumba.

- Tú te callas, por la cuenta que te trae –le objetó. A lo que el aludido no tuvo nada que replicar.
- Es el ejercicio de mi libertad –continuó Alonso, a lo suyo- y con eso no hago daño a nadie, ¿quién me va a negar ese derecho?, ¿usted? –a Benito-; ni que fuera Dios.

Rosaura, que a todas luces había perdido los estribos, sacó toda su energía para intentar apabullarle:

- ¡Lo primero de todo, haga usted el favor de no ser ofensivo con el lenguaje! ¿Qué es eso de maricón?
- ¡Aaaay, ofensivo! –repuso Alonso, que no dejó escapar la ocasión que se le presentaba- ni que ser maricón inglés gay fuera menos ofensivo que serlo castellano. ¿Para usted es ofensivo que yo sea maricón?, ¿o es que necesita un eufemismo para nombrar algo que para mí es lícito y correcto? –si Rosaura había puesto énfasis en su alocución, Alonso ahora, en su afilado ejercicio de dramatización, combinaba su afeminamiento con la más absoluta rotundidad y se giraba para mirar a unas y otras caras de entre los asistentes, a la vez que mantenía firme su dedo acusador señalando hacia Rosaura- ¡Yo la acuso a usted de machista discriminatoria y de fascista intolerante e incapaz de comprender la naturaleza sensible y libre de mi ser maricón!

Todo el silencio anterior ahora se había vuelto una lluvia de impropiedades hacia el intruso, que se mezclaban con gritos de gente queriendo poner orden y de algunos jóvenes que, sorprendidos pero curiosos, querían escuchar lo que ese tipo tenía que decir.

Alonso se adelantó hasta la mesa, subió los brazos y gritó a pleno pulmón, esta vez con voz y gesto varonil:

- ¡No me han dejado explicar mi propuesta! –rojo como un tomate y mirando a los congregados con rabia, esperó a que se callaran para continuar- ¿Tan democráticos son que ni se atreven a escuchar una propuesta nueva? –como por fin calló todo el mundo, Alonso volvió a recuperar su tono amanerado y suave- ¡Por Dios, que le hacen a una hasta perder las formas! Les pido, por favor, que me dejen terminar mi propuesta sin interrumpirme –ahora miraba con especial atención a los jóvenes- Ustedes son revolucionarios; no se dejan arrastrar por prejuicios ni ideas preconcebidas..., ¡pues dejen de andar a remolque de lo que otros dicen y anticipense con una propuesta verdaderamente novedosa, revolucionaria y justa! Miren a su alrededor y no sean ciegos-egos... Aquí puede haber unas doscientas personas tal vez; de ellas, apenas veintitantas, si acaso, son mujeres. O sea, un 10 % como mucho...
- Ya hemos dicho... -interrumpió Rosaura.
- ¡Ya sé lo que han dicho! –la interrumpió, a su vez, Alonso- Pero, ¿y si las que se quedan en la casa lo hacen porque les gusta más eso que esto?

Un coro de mujeres se atropelló recriminándole su machismo, por muy maricón que fuera.

- Como quieran, señoras –continuó Alonso cuando las otras se cansaron de gritarle- Pero ¿por qué me van a negar a mí el derecho de elegir ser mujer?
- ¡Porque tienes un rabo entre las piernas, so capullo! –replicó Rosaura con malos modos. Alguien de entre el público rio.
- Ah, ¿es por eso? Pues si quiere se lo doy a usted, que a lo mejor le pegaba más – esta vez fueron más de uno los que no pudieron reprimir la risa, lo que puso a Rosaura aún más frenética.
- ¿Por qué no te vas tomando mucho por culo, maricón de mierda, y nos dejas trabajar en paz? –exclamó Rosaura, con los papeles perdidos por completo.
- Aaaaay, maricón... ¿Si me operara en una clínica y me pusiera una rajita entre las piernas y unos saquitos de silicona en las tetas si podría entrar en las cuotas femeninas? Además de todo, usted es una burguesa capitalista que sólo puede admitir en su club a gente con dinero que pueda costearse una apariencia determinada. ¿Cuántos maricones puede haber aquí? ¿Y qué problema pueden tener las mujeres, tan poquitas como son para tanto cargo, en compartir con unos pocos *gays*? ¿Y es que acaso nosotras no hemos sido discriminadas por el machismo a lo largo de la historia?
- Si hiciéramos eso iban a salir *gays* de debajo de las piedras –vociferó una mujer de entre el público.
- ¿De qué nos estás acusando, tía? –le recriminó un joven, muy enfadado-, ¿de ser unos hipócritas diletantes ansiosos de poder?

De inmediato, el revuelo volvió a ser tan grande que no había manera de entender en aquel barullo de qué se acusaban unos a otros. Benito miró a Sánchez como queriendo

asesinarle si no hacía algo y pronto. Éste, confundido y asustado, se dirigió a Alonso a gritos, para ser oído por todos.

- ¿Pero desde cuándo tienes tú pluma, embustero de mierda?
- Uuuuuig, embustero... -contestó Alonso, más afeminado que nunca- Y ahora te quieres hacer el tonto, como si no nos conociéramos tan a fondo que esta gente ni se lo imagina...

Ante la alusión y la mirada inquisitiva de los que habían escuchado las palabras de Alonso (Benito y Rosaura, entre ellos), Sánchez cambió de color y se levantó dispuesto a irse. Benito lo cogió por el brazo para retenerlo y decirle al oído antes de que se fuera:

- ¡De esta te acuerdas!

Sánchez sacudió el brazo con violencia y desapareció del local abriéndose paso entre la gente, que seguía discutiendo a voz en grito.

- Se levanta la sesión –dijo Benito, por decir algo, y se fue también.

Rosaura, desolada e impotente, miró hacia el barullo y después a Alonso.

- Estarás contento de lo que has hecho, ¿no, maricón? –le dijo.
- ¿No quedamos en que esa era una palabra ofensiva? –replicó éste, volvió la cabeza con gesto tan altanero como femenino y se fue, contoneando su cuerpo como una modelo de desfile.

Durante varias semanas Alonso y Sánchez no existieron el uno para el otro. En el caso de Ramón porque un resentimiento sordo en el que se mezclaban la confusión y la ira no le dejaba recordarlo sin deseárselo la peor de las desgracias. ¿Por qué había hecho aquello? ¿Qué clase de amistad era la suya que le permitía abusar de la confianza que había depositado en él para dejarlo a la altura en que lo había dejado? ¡Era él quien lo había invitado!, ¿acaso no se daba cuenta? Esperaba de él aportaciones dignas de su inteligencia y una actitud positiva y respetuosa y le había salido con aquella payasada con tan mala leche. ¡Que se olvidara de él para siempre! ¡Maldito loco! ¿Qué quería, volverlo loco a él también?

En el caso de Alonso, como es de suponer, era el temor a haberse pasado de la raya lo que le obligaba a mantener las distancias. Temía haber hecho más daño del inevitable a su querido amigo. No es que le importara mucho aquel hato de pedantes; salvo algunos y algunas tan inocentes como el propio Ramón, soñando siempre imposibles que son contradictorios por definición, los demás eran unos insufribles hambrientos de poder y prestigio, convenciéndose a sí mismos de ser luchadores generosos, poco menos que encarnaciones de héroes, cuando sus corazones estaban llenos de individualismo, insensibilidad y, en los peores, una grosera avaricia mezquina que no paraba de alimentar sus envidias como motor fundamental de su existencia; por algo una de sus canciones decía “*que la tortilla se vuelva*”; no querían que no hubiera ricos y pobres; querían ser ellos los ricos; todo lo demás era pura palabrería. Ramón, sin embargo, como alguno que otro de sus camaradas, era distinto. Detrás de su simpleza había un sincero sentimiento de fidelidad y entrega generosa, aunque fuera a un ideal

que tenía cogido con alfileres, si bien con tanto convencimiento que cualquiera diría que comprendía de veras sus argumentos y que estaban asentados en una sólida y coherente visión del mundo y de la existencia. Pero bastaba con desarmarle algunos de sus enclenques apoyos o con ponerlo ante una situación inesperada o ante un caso que no se ajustara a sus esquemas para que estuviera más perdido que un conejo en un laberinto de patines. No había más que observarlo ante la verdad inevitable de la muerte; en esa tesitura siempre se veía tan perdido que rehuía ese tema como el que se acerca al fuego y nota que se quema. Su duda última, como alguna vez confesó a Alonso, siempre era: y si no hay nada detrás, entonces ¿para qué tanto lío y por qué morir tantos a lo largo de tantos siglos para que luego unos pocos puedan disfrutar de lo conquistado, cuando llegue, si es que llega, y encima para morir también? No obstante, salvo en una ocasión muy especial en que el alcohol había relajado sus defensas, nunca se atrevía a planteárselo con esa crudeza tan transparente y entonces se refugiaba en alambicadas teorías de intelectuales de distinto pelaje, muy humanistas todos, como no, que acababan mareándolo y haciéndole perderse en su laberinto de espejos, pues no podía concluir por las buenas que todo fuera al final una broma absurda del azar. A Alonso le preocupaba haberlo dejado en una de sus crisis depresivas de las que intentaba salir dándole al codo para acabar en un pozo de autoconmiseración impotente y fangosa.

La separación los hizo más conscientes que nunca de su soledad. Alonso, sin el único corazón inocente que conocía de cerca, en el que poder confiar su dolor de existir y con el que poder compartir sus inquietudes y alegrías, a veces tan extrañas pero, por eso mismo, divertidas. Sánchez, más convencido que nunca de que la pretendida amistad de sus camaradas de partido era más aparente que sustancial y que, fuera de su ámbito de camaradería política, aunque ésta fuera tan superficial, lo que quedaba era un desierto. Sólo la figura de Alonso, más loco que nunca, pero a la vez con un aura más

luminosa, grande y extraña que antes, aparecía entre sus visiones. Pero no se iba a humillar dirigiéndose a quien lo había arrastrado de aquella forma...

Fue Alonso el que dio el primer paso para la reconciliación, como no podía ser de otra forma, dadas las circunstancias.

Cuando escuchó el timbre del teléfono, Ramón presintió que era su amigo y cogió el auricular predispuesto a cantarle las cuarenta; si bien no podía evitar una asquerosa alegría de que por fin se hubiera decidido a darle una explicación.

- ¡Diga! –espetó en el auricular con voz furibunda.
- ¡Joder, tío!, ¡vaya bocinazo! ¿Siempre hablas así por teléfono?
- ¡Eres un cabronazo!, ¿lo sabías?
- No puede ser... -esperó un poco, prolongando el silencio para ver si su amigo reaccionaba; como no lo hacía, continuó- ¡No estoy casado!
- No tienes ninguna gracia... Y eres un pedazo de hijo de...
- ¡Chissst! –le interrumpió Alonso- Recuerda que lo que se dice queda dicho ya para siempre. Y seguro que no tienes nada contra mi madre.
- Tu madre será una santa, pero tú ya sabes lo que eres...
- ¡Pero hombre!, ¿tan mal te sentó la broma?
- ¿Broma?, ¿tú sabes lo que has hecho, pedazo de mamón? ¿Qué futuro tengo yo ahora en el partido, eeh?
- Pero Ramón, por Dios... ¿Es que tenías alguno antes? Piensa un poco, por lo que más quieras... En cualquier partido, para ascender hay que ser cínico,

pretencioso, capaz de poner la zancadilla a quien haga falta y de intrigar hasta con el diablo si es preciso; capaz de venderse y de vender a tu madre, si se tercia la ocasión. ¿Tú eres de esos? ¿Cuánto tiempo llevas en el partido y qué has conseguido en él con tu inocencia y tu fidelidad sin fisuras? Y, encima, en un partido como el tuyo, condenado a ser el adorno de un sistema que necesita parecer lo que no es, el único futuro posible, si se quiere triunfar y poder tocar verdadero poder, ese desde el que se toman decisiones que influyen en el gobierno y las leyes, es dar el salto a otro que tenga posibilidades de ganar; ¿harías tú eso alguna vez?

- Tú, con tu visión escéptica y cínica, y luego se lo achacas a los demás, nunca eres capaz de creer en nada y mira lo que haces: destruir y destruir...
- Sólo se puede destruir lo que es tan débil que se deja. Y no confundas cinismo con realismo, tal vez pesimista en esos aspectos. Pero yo no me muestro como no soy ni hablo de una cosa cuando pretendo otra...
- Ah, ¿no? ¿Entonces eres maricón de verdad?
- ¡Eso era una broma! Una broma provocativa, es cierto. Pero que buscaba levantar la verdad que tantos tenían delante y no querían ver.
- ¡Ya, ya! Tus filosofías baratas de siempre. Pero a mí me hiciste pasar por un maricón...
- ¿Eso es lo que te duele? ¿Pero qué te importa lo que puedan pensar si tú sabes que no lo eres?
- Somos seres sociales, ¿sabes? Las apariencias importan, aunque a algunos marcianos asociales como tú eso les traiga sin cuidado.

- Eso es lo que nos diferencia, Ramón. Tú vives para que los demás te vean como quieres que te vean y yo me limito a ser como soy y que los demás me vean como quieran verme.
- Pues ahora, que lo sepas, además de místico eres el místico maricón.
- Mariconzón me gustaría más. Suena más radiante, sobre todo si lo dice Fidel.
- ¡Vete a la mierda!
- ¡Espera, espera...! No cuelgues, por favor. Quiero hablar contigo cara a cara. Y llevarte una cosa que compré para ti.
- ¿Qué eres, como la pareja que te pone los cuernos y luego viene con regalitos para compensar?
- ¡Bueno!, a los comunistas eso de los cuernos no debería afectaros tanto, ¿no? ¿No sois partidarios del amor libre y gritáis en las manifestaciones ¡yo también soy adúltera, yo también soy adúltera!?
- Yo tampoco estoy casado, así que de eso no entiendo...
- Bueno, vale, pero ¿cuándo voy por tu casa?

Ramón tardó en responder, como si se lo estuviera pensando; pero no había otra respuesta posible.

- ¡Qué cabrón!
- ¿Cuándo?
- Mañana por la tarde no tengo nada que hacer.
- ¿A las siete es buena hora?

- Mejor a las ocho...

Alonso estuvo a punto de decirle: ¿no decías que no tienes nada que hacer?, ¡pues vaya pedazo de siesta! Pero pensó que mejor no tensar más la cuerda.

- De acuerdo. Hasta mañana, entonces.
- ¡Hasta mañana, capullo!

La última palabra de Sánchez provocó una sonrisa complaciente en Alonso. Ramón prefirió no reír; pero su corazón estaba alegre.

Con su puntualidad casi maniática, Alonso estaba a las ocho en punto en casa de su amigo. Tanto es así que éste, al abrir la puerta y verlo, se miró el reloj de pulsera y exclamó admirado.

- Tú qué eres, ¿un tren alemán?
- No, un reloj suizo –respondió impertérrito Alonso.

Aquello sirvió para romper el hielo y permitir que las hostilidades quedaran de lado nada más traspasar el umbral.

El regalo que Alonso traía era un estuche con varios DVD de Ingmar Bergman. Se lo dio a Sánchez en cuanto entraron en el salón de la casa y tomaron asiento.

- Toma, esto es para ti –le dijo.

Sánchez cogió la cajita, que venía sin envolver, comenzó a darle vueltas en silencio, hasta que, por fin, comentó.

- ¡El sueco de los siete sellos!
- ¿Qué pasa, no te gusta?
- Bueeeeno... -exclamó, sin demasiada convicción, Ramón.
- Esa expresión de los sellos se la has tomado prestada a Homer Simpson. ¿Es tu modelo acaso?
- ¡Vaya!, por lo que veo tú también los ves, ¿no?
- Son divertidos y reflejan un aspecto del norteamericano medio, que por extensión es el occidental medio, que me hace gracia. Pero, desde luego, no es mi modelo ni de lejos.
- ¡Tampoco el mío! –replicó ofendido Ramón-, pero coincido con él en que me gusta un tipo de cine algo más dinámico.
- ¿Dinámico? –inquirió Alonso, que era ahora el que parecía ofendido- ¡Querrás decir insustancial! Todo ese cine americano que se gasta entre carísimos efectos especiales y ritmo tan machacón como previsible... Esa manera de dilapidar recursos y energías sólo pueden permitírsela cabezas huecas con bolsillos llenos. Pero lo peor es que tengan tanto simplón pendiente de sus circos...
- ¿Has venido para insultarme porque me gusta el cine de acción?
- ¿Y Rambo también?

- Ese es un facha...
- Ah, ya salió su corazón comunista...
- Pero dime la verdad: ¿de veras te gusta ese cine críptico y plasta?
- ¿Plasta? ¡En Bergman cada color, cada posición de los actores, cada detalle del mobiliario cuentan! Si se te escapa un gesto puedes haberte perdido media película. ¡Es pura poesía!
- ¡Pues vaya gracia! Si tengo que estar *acojonao* porque se me vaya a escapar un gesto, prefiero no ver la película. Para poesía ya tengo a Neruda; pero al cine me gusta ir a disfrutar; aunque si me hace pensar, mejor que mejor.
- Bergman no sólo te hace pensar... Puede tocarte las fibras más hondas del alma con una luz en un rostro...
- Pues yo no lo noto; qué quieres que te diga.
- ¡Tú qué vas a notar! Mira, ahora mismo nos vamos a poner a ver una de sus películas tú y yo. Luego me dices...
- Bueno. Ya que lo has traído... Pero espera que preparo un café, ¿de acuerdo?
- ¡Claro!

Mientras preparó unos pastelitos y puso la cafetera para que se fuera haciendo la bebida, charlaron de cosas intrascendentes. Al cabo de un buen rato, ya con todo preparado y la película en marcha, Alonso iba haciendo notar algunas de las sutilezas del sueco en aspectos que para Ramón siempre habían pasado desapercibidas: posición de actores, ropas, posturas, color dominante, actitudes corporales, complementos y mobiliario... Éste no sabía de qué admirarse más, si de la inteligencia de su amigo, al que no se le

escapaba una, o de la sorpresa que suponía para él ver esa dimensión del cine que nunca había tenido en cuenta y ahora se le desplegaba como un mundo lleno de secretos y mensajes. No era tan lento aquello, visto desde esa perspectiva.

En mitad de uno de los diálogos, cuando más metidos estaban en el meollo de la película, de repente una estridencia inusitada comenzó a golpetear en la ventana con un *pom-pom chacatún-chacatún-chin-chín...* Y no paraba.

- ¡Ya están ahí los jodidos descerebrados del botellón de los viernes! No había caído en el día de la semana que es –exclamó desolado Sánchez ante la mirada de estupefacción de su amigo.
- ¿Tienes que aguantar esto todos los viernes?
- Pues me temo que sí. Por hoy se acabó la película. ¡Joder!, ahora que le estaba tomando gustillo al sueco...
- ¡Pero qué...! ¿Y no podéis hacer nada? Sois muchos vecinos, ¿no?
- ¿Y crees que no lo hemos intentado? Nos falta ponerles una bomba y mandarlos a tomar por donde se escapa el viento de una puñetera vez...
- Pero ¿y la policía? ¿No la habéis llamado nunca?
- ¿Nunca? ¡Ja! Vienen, los amenazan con una multa o no sé qué y, cuando mucho, apagan el equipo del maldito coche y, en cuanto se han ido los polis, lo encienden otra vez y dale que te pego a machacarse el hígado y darnos que hacer al oído de los demás... Son cuatro gatos, ya lo has visto. No es como esos botellones que salen en las noticias de cientos y hasta de miles de *muelleguitas* dándole a la botella y ensuciándolo todo para divertirse, dicen; pero en esta plaza

pequeñita ese puñado de zahúrdas es suficiente para no dejarnos vivir ningún viernes. ¡Y menos mal que son sólo los viernes!, que como le tomen el gustillo y lo hagan diario...

- ¿Y ya está? –insistió incrédulo Alonso.
- ¿Y qué quieres? ¡Se lo pasan todo por la piedra!

Alonso abrió la ventana. El ruido entonces entró y se extendió por las paredes y la habitación haciendo vibrar cristales, tazas y paciencias...

- ¡Eh! –gritó hacia los del coche. Junto al capó abierto con el equipo a todo volumen había cuatro chicos y dos chicas bebiendo. En los bancos cercanos se agrupaban, bebiendo también en sus botellones de plástico recién salidos de sus bolsas de supermercado, unos veinte o treinta entre chicos y chicas charlando a gritos para hacerse entender entre la música y el alcohol y, algunos, bailoteando de forma mecánica. En un rincón de un edificio un chico orinaba sin demasiado pudor. Tampoco parecía tenerlo la chica que, en cuclillas, meaba junto a un tronco- Que aquí vive gente que quiere leer y pensar y ver una película tranquilamente. Y hasta hay quien querría dormir; algunos de ellos niños pequeños, ¿sabéis?
- ¡Vessste a la kaka, viejo! –gritó el que parecía jefe de la tribu y, con toda probabilidad, organizador del cotarro- Este es un país libre y vivimos en democracia, así que jódete y calla, carcamal...
- ¿Carcamal? –comentó como para sí, sin dejar de mirar con estupefacción a su amigo Sánchez- ¿Me ha llamado carcamal? –Ramón se encogió de hombros con cara de lástima como si dijera: ya te lo advertí.

- Nada, nada –continuó Alonso, cerrando la ventana y sentándose con una repentina tranquilidad que admiró a su amigo –. Dices que esto es todos los viernes, ¿no? –Ramón afirmó con la cabeza, más temeroso de las salidas de su amigo que de los botellones- El viernes que viene me tienes aquí, como un reloj. ¡Suizo!, no lo olvides.
- ¿Qué vas a hacer?
- ¡Salvarte la vida, infeliz!
- ¡Mira que te temo!
- ¿Es que vas a vivir toda la vida *acojonao*, tío? ¿Qué clase de comunista eres tú? ¿Qué fue de la Revolución de Octubre?
- Pero esto no es San Petersburgo ni esta la Plaza Roja.
- ¿Estás tan mal con tu partido como para que no te quieran prestar un día el equipo de megafonía?
- ¿Qué equipo?
- El que usáis para anunciar los mítines desde el coche. Es potente, ¿no?
- ¡Desde luego que sí! Pero ¿para qué quieres el equipo?
- ¿Tú quieres quitarte a estos pelmas de encima o no?
- ¡A ver si va a ser peor el remedio que la enfermedad!

Alonso volvió a abrir la ventana. El ruido volvió a hacerse tan impresionante que golpeaba el abdomen y parecía querer tocar en el diafragma como si fuera el parche de un tambor. Algunos efluvios a orín y a vómito ya iban haciéndose notar.

- ¿Qué puede ser peor que esto?

Volvió a cerrar la ventana.

- Creo que sí que podré conseguir que me lo presten un día. Joaquín me debe un favor.
- Pues, descabezada la serpiente, se acabó el meneo. Yo voy a conseguir, a través de mi primo, un par de uniformes prestados por una noche.
- ¿Quién es tu primo?
- Un poli responsable de intendencia en su jefatura. No te preocupes por eso...
- Eso puede ser grave... Si nos pillan haciéndonos pasar por polis...
- ¡No empieces con tus canguelos! Va a ser sólo unos instantes, desde aquí, que nos vestiremos, hasta ahí abajo para recabar datos. En unos minutos habremos terminado y desaparecemos.
- ¿Y eso qué va a arreglar? Si los policías de verdad no han logrado nada, ¿qué van a lograr dos polis de pega?
- Eso sólo no arreglará nada, claro. Pero luego viene el cohete gordo. Para eso quiero la megafonía.
- ¡Huy, huy!, esto me huele a *pegao*...
- ¡Y más que le va a “goler” a algún cabroncete! Se van a enterar esos de lo que vale un peine. ¿Quieren democracia? ¡Pues vamos a darles democracia!

Ramón creía entender lo que su amigo pretendía. Pero prefirió no hacer preguntas. Puede que le gustara el sueco de los siete sellos, pero a veces se comportaba más al estilo de *Harry, el sucio*, y eso que no le gustaban las películas americanas...

- ¿No te ha puesto pegas tu primo para conseguirte los trajes? –dijo Sánchez a Alonso, mientras se probaban los uniformes de policía local que éste había conseguido de forma tan solícita.
- ¡Hombre!, alguna puso. Pero le expliqué que era para una representación teatral de un grupo de barrio que quería organizar una función benéfica y, como era sólo para una tarde, al final aceptó. Las pistolas son simuladas. Pero las porras son auténticas.
- ¿Tú no eras el que no miente?
- ¡Y no mentí! Nosotros somos un grupo de barrio, ¡de este barrio!, aunque el grupo sea sólo de dos; pero no es el único caso; fíjate en los humoristas, la mayoría son parejas... Y vamos a hacer una representación, ¿o no? Y bien benéfica; ¿o es que no es un beneficio librarse de unos pelmas como esos?

- ¿Y si te hubiera preguntado a beneficio de qué?
- Pues del orden público...
- ¿Eso le habrías dicho?, ¿qué clase de obra benéfica es esa?
- ¡Y qué más da! Mi primo no es de los que preguntan tanto.
- Es que a mí me dicen eso y me suena a que quieren organizar patrullas ciudadanas y puede que a comprar armas y...
- ¡Vamos, vamos!, paramilitares y poco menos que terroristas... Tú es que eres de los de las películas de acción, compadre. Pero yo conozco a mi primo y más bien habría pensado en poner farolitos para que se vea por la noche y, en todo caso, alguna cámara de vídeo en algún sitio conflictivo.
- ¡El *Gran Hermano*!
- A mí las camaritas me traen sin cuidado, como comprenderás. No me gustan nada; pero cosas como los de estos descerebrados no las soporto. Por cierto, ¿podremos contar el próximo sábado con la megafonía o no?
- ¿Mañana?
- No, hombre, no. El sábado de la semana que viene. Esta semana tiene que ser de indagaciones. Tú y yo vamos a hacer de Sherlock Holmes y Míster Watson.
- Pues ya me explicarás...

Alonso se detuvo a mirar con detenimiento a su amigo, que había terminado de ponerse el traje.

- ¡Joé! Estás hecho una pintura. ¡Acerté con tu talla del todo, muchacho! Pareces *sacao* de una película de Berlanga. O de Almodóvar –rectificó, tocándole la barriguita prominente.
- ¡Menos guasa! –le recriminó Sánchez, girándose para evitar que le siguiera tocando la barriga- Y dime qué vamos a hacer de una vez.
- Pues mira; por lo pronto esperar a que vengan los pringaos y empiecen con su juerga. ¿Vendrán, no? Mira que si fallan justo este viernes...
- ¡No caerá esa breva! Son animales de costumbres.
- Sobre todo lo primero.

Justo acababan de decir eso, cuando el *pachún chin-chin pim-pom pachún chin-chin pachún chin-chin* comenzó a traquetear los cristales.

- ¿Lo ves? –exclamó Sánchez- Te lo dije.
- ¡Vale!, de miedo. Pues dentro de un ratito, para que haya tiempo de que se haya podido dar aviso y de que venga la parejita de turno, con su habitual eficacia y prontitud, o sea que podemos tomarnos unas cuantas cervezas, y, ¡ea!, llegará la parejita, que somos nosotros, claro. Bajamos y les recriminamos su actitud para que se pasen la recriminación por el forro de las pelotas como siempre, les tomamos los datos a los cabecillas (procura cogerlos bien, que es lo que nos interesa de todo el jaleo; sobre todo la dirección) y luego nos vamos. O sea, damos un rodeo para despistar y nos largamos a mi casa sin que nos vean.
- ¿Y si nos reconocen? Ya tuviste con ellos el altercado del otro día...

- Pero desde aquí, y con esa pea que tenían estaban medio ciegos. Además, llevamos gorra y gafas oscuras. No te preocupes que no nos reconocerán. Tú procura tomar bien sus datos, que es a lo que estamos, y bien nos van a hacer falta.
- ¿Para qué?
- ¿Cómo que para qué? Tenemos que saber a qué hora se acuestan el sábado y dónde viven. ¡Tendrán que dormir!, ¿no? ¡Vamos, digo yo! Vampiros no creo que sean...
- Lo de saber donde viven, bueno va; pero cuándo duermen y eso, ¿cómo lo vamos a saber?
- Tú déjame a mí, querido Watson.
- Ya te dejo, ya te dejo. Ya que me has traído hasta aquí procuraré al menos divertirme y disfrutar del espectáculo.
- ¡Así me gusta! Que saques el vitalista e inconformista que llevas dentro.
- Y ya me hago una idea de para qué quieres la megafonía...
- ¡Hombreeee! Esos van a tener ración doble de democracia a base de Paquito el chocolatero a unos cuantos watos. Por cierto, ¿cuántas *tes* tiene Paquito el chocolatero?

Sánchez, sorprendido por la pregunta, se quedó pensativo unos instantes repasando el nombre.

- ¡Doos!, ¿no?

- Nada de eso. Qué poco puesto estás con los chistes; éste es ya un poquito viejo.
¡Son infinitas!, mira, mira –y comenzó a bailar con los brazos levantado y girando conforme tarareaba- *Tititiiii tititititiiii...Titititití titití titití... Etc, etc...*

Sánchez no pudo menos que reír y, acercándose a la ventana para ver el ambiente de la plaza, exclamó para sí: ¡qué jodido! Después canturreó para sí el mismo tema y ya no pudo reprimir las carcajadas al ver a los del botellón e imaginárselos sentados en la cama, con ojos vidriosos como en los dibujos animados y Paquito el chocolatero golpeando en sus paredes con mazazos de miles de watos y el volumen a toda pastilla.

Mientras hacían tiempo, en lugar de cervezas se prepararon un té y se lo tomaron con tal parsimonia y delectación que parecían dos ingleses. Al cabo de un rato, Alonso se puso en pie y dijo:

- ¡Venga, vamos!

Procuraron salir con discreción del bloque de pisos para que nadie los advirtiera. Llevaban gabardinas que tapaban sus respectivos uniformes y tenían que acercarse hasta la calleja poco transitada en la que Alonso había dejado su coche con las gorras, gafas, porras, pistolas, esposas y cinturón para completar su disfraz de agentes de manera convincente; de paso se aseguraban de que no hubiera verdaderos policías por los alrededores. Desaparecieron en silencio por la esquina más cercana y, dando un rodeo a la manzana y tras colocarse todo lo que necesitaban en el lugar previsto, aparecieron por otra calle hasta dirigirse al coche-discoteca ambulante.

- ¡Buenas noches! –dijo Alonso llevándose la mano a la visera a manera de saludo militar.

- Buenas noches –contestó con desdén y una botella de licor en la mano el que parecía cabecilla del grupo.
- ¿Puede bajar el volumen de la música, por favor? –inquirió Alonso. El otro obedeció de mala gana manipulando los mandos del auto radio y regresó hasta el maletero abierto donde se veían los dos altavoces enormes que emitían el sonido, además de numerosas botellas de refrescos y licor para mezclar.
- ¿Saben que están infringiendo la ordenanza municipal? –preguntó Alonso.
- No estamos haciendo nada malo, agente. Sólo escuchando música y bebiendo un poco para divertirnos. Con eso no hacemos daño a nadie.
- Los decibelios sobrepasan mucho el límite permitido...
- ¿Y eso quién lo dice? –replicó con chulería otro de los chicos- Ni siquiera traen aparato para medirlos –concluyó.
- La tienen tan alta que ni siquiera hace falta aparato –explicó Alonso.
- No son ni las diez de la noche todavía –continuó el primero de los muchachos.
- Según los vecinos, cada viernes están aquí hasta las tantas y ni les dejan dormir, ni descansar, ni poder leer o ver la tele con tranquilidad. Aparte de dejar la plaza llena de bolsas, vómitos, meados... Mear en la calle tiene una multa de hasta tres mil euros, ¿lo saben?
- ¿Y quién se ha meado aquí? –dijo una chica, con malos modos.
- Puede que todavía no... -respondió Alonso.

- ¡Oiga! –reclamó el cabecilla-, no puede prohibirnos estar aquí. Eso no infringe ninguna ley. Ya hemos bajado la música y nos iremos a una hora prudencial, ¿quiere algo más?

Alonso lo miró de modo amenazante. Sánchez no paraba de mirar hacia cada esquina de la plaza, temeroso, más que nada, de que pudieran aparecer agentes de verdad.

- Sí –contestó al fin Alonso-. Quiero que me dé su documentación.
- ¿Me va a multar? –observó con evidente sorna el chico- Ya lo han hecho otras veces, pero soy insolvente.
- ¿Sabe que le puedo incautar el coche? –amenazó, para estupefacción de Sánchez, Alonso.
- ¿Síiii? ¡No me diga! –replicó con burla aún más evidente el joven; los otros lo coreaban con risas- No es mío.
- Su documentación, por favor, o tendré que reclamar refuerzos y detenerle por resistencia a la autoridad.

Aquel farol ya hizo que a Sánchez se le cogiera un nudo en el estómago. ¿Y si le mantenía la chulería aquel gallito, con tanta gallinita mirándole? Y no paraban de acercarse otros grupos de *botelloneros* desde los bancos cercanos hasta tenerlos rodeados.

Alonso mantuvo la mirada en los ojos del joven y la mano extendida reclamando el documento.

- ¡No te lo va a dar, no te esfuerces, tío! –dijo el otro chico que había intervenido antes.

- Pues ahora quiero el suyo también. ¡Vamos!, sus documentaciones de una vez – reclamó Alonso subiendo el tono de su voz; hizo un gesto de ir a coger su móvil para llamar.
- Bah –exclamó el primero de los chicos- Vamos a darles los putos carnés y que se vayan de una jodida vez. Para lo que va a servir...
- ¿Alguien más quiere que se la pidamos? –dijo Alonso, mirando amenazador hacia unos y otros de los que se habían acercado; algunos retreparon y se volvieron a alejar del círculo.

Ramón tomó los datos de los dos DNI que Alonso había solicitado, procurando disimular lo mejor que pudo su pulso temblón. Cuando los hubo tomado se los devolvió a sus dueños y respiró con alivio.

- ¡Ya tendrán noticias! –dijo Alonso. Repitió el saludo militar e hizo a su compañero ademán de retirarse.

A Sánchez le faltó tiempo para seguir a su amigo, desaparecer por la esquina por la que habían llegado y perderse de la vista de todos. En el coche que habían dejado aparcado unas cuantas calles más allá se quitaron la gorra, el cinturón, pistola, porras, esposas, gafas, se pusieron de nuevo las gabardinas para cubrir el resto del uniforme y, con ella abrochada, se fueron, ya con tranquilidad, hasta la casa de Alfonso.

Con los nombres y apellidos y las direcciones de sus viviendas, lo primero que hicieron fue llegarse a ambos hogares para asegurarse de que seguían viviendo donde decían sus carnets de identidad. Los dos vivían en sendos pisos de calles cercanas entre sí, ambas en un barrio de las afueras. Uno de ellos vivía en un segundo y el otro en un tercero. En su ciudad eran raros los edificios de más de siete y ocho plantas; pero un sexto o séptimo piso, no te digo nada un octavo, hubieran sido demasiado altos para recibir todo el poderío de la megafonía; así que habían tenido suerte.

El siguiente paso fue, con los nombres de los cabezas de familia que compartían etiqueta en el buzón del bloque, conseguir sus teléfonos. Para que les abrieran el portal se habían hecho pasar por el correo en el portero automático y para conseguir el número de teléfono, con los datos recabados, les bastó con consultar en la guía.

Primero llamaron a la casa del que parecía el jefe del cotarro; el más gallito de todos y, al parecer, dueño del coche. Desde una cabina por si quienes recibían la llamada tenía teléfono chivato de llamadas y alguien se ponía a hacer pesquisas impertinentes. Alonso era el que hablaba; Sánchez se limitaba a escuchar y asentía divertido con gestos de cabeza y aspavientos.

- ¿Es casa de José Francisco Suárez?
- Sí, aquí es; pero él no está ahora mismo...
- No se preocupe; no es con él con quien quiero hablar. ¿Es usted un familiar suyo?
- Sí. Soy su madre.
- Ah, perfecto entonces. Verá le llamo del Instituto Nacional de Estadística, que está haciendo un estudio para la Universidad y el Ministerio de Educación con

ánimo de conocer las costumbres de nuestros estudiantes y poder así buscar maneras de estimularles y mejorar sus rendimientos. ¿Sería tan amable de colaborar respondiendo a unas preguntas sobre su hijo?

- Si es sólo eso, claro. Quién no querría colaborar para mejorar a la juventud. Y más teniendo un hijo...
- Muy bien; si le parece comenzamos.
- Cuando quiera.
- Su hijo estudia, ¿verdad?
- ¡Bueno! Matriculado, desde luego, está y va a las clases; a algunas al menos, que yo sepa. Ahora, lo que se dice estudiar..., la verdad, no sé si lo hace mucho.
- Pero al menos dedicará algunas horas al día en casa a sus estudios, aparte de las clases, ¿no?
- Pues ya le digo que no sé qué decirle... En su cuarto se mete, a veces; pero lo que estudie o no, ya no sé decirle, porque, la verdad, sus notas no son muy allá, que digamos y, al paso que va, sus nietos, si es que llega a tenerlos alguna vez, acaben la carrera antes que él. Y, oiga, de tonto no tiene un pelo, que conste...
- ¡Ya! Comprendo. ¿Y dormir? ¿Duerme con regularidad? Eso es muy importante para mantener la cabeza despejada y el pensamiento ágil, imagino que lo puede suponer...
- Claro, claro. Pero, ¡huy!, dormir con regularidad... Ya es bastante que duerma de cuando en cuando; pero eso de “con regularidad” me parece mucho pedir para él... Es rara la noche que no está de juerga y viene a las tantas...

- ¿Todas las noches es así? Verá: es importante para nuestro estudio conocer los detalles, ¿sabe?, porque así podemos indagar de manera más científica modos de actuación para intentar estimular en ellos un cambio de hábitos.
- ¡Pues quiera Dios que lo consigan!, porque lo que es yo ya me di por vencida hace tiempo...
- Dígame una cosa...
- Sí, sí; claro. Lo que ustedes digan.
- ¿No hay alguna noche en que la juerga esa de la que usted habla se prolongue más de lo normal?
- Ya le digo que es raro el día que, por una cosa u otra, no viene a las tantas de estar con sus amigotes y con *niñacas*. Pero, desde luego, los viernes ya..., para qué hablar. Los viernes junta la noche con el día siguiente y no viene aquí hasta el sábado, ya bien entrada la mañana.
- Comprendo. ¿Y sobre qué hora suele llegar?
- ¿Los sábados? Pues..., no sé..., a eso de las nueve o las diez de la mañana...
- ¿Y qué hace entonces?
- ¿Que qué hace? ¡Ja! ¡Dormir la mona! Se tira en la cama como un trapico ´el suelo y ni come ni quiere que le molesten hasta la noche. Como suele tener resaca de tanta porquería que se meten en el cuerpo, hasta el aire que respiramos le molesta, si lo hacemos con el más mínimo ruido y basta que oiga una tosesita contenida, oiga, que le tememos más que a una vara verde..., para que líe lo más grande.

- ¡Vaya! ¿Y dice que es siempre entre las nueve y las diez?
- ¡Bueno!, siempre, siempre..., no sabría decirle. ¿Eso es tan importante para su estudio? Creo que se toman unos churros con chocolate antes de recogerse, y el puesto no abre antes de las ocho. Pero, cualquiera sabe... Ya le digo que uno no sabe por dónde agarrarlo...
- Oh, sí, sí... Todo es importante. No sabe usted cómo afinan los psicólogos modernos con eso del psicoanálisis y todo eso... Son casi todos americanos; incluso muchos argentinos...
- ¡Ah!
- Bueno, creo que eso es todo... Muchas gracias, señora. Ha sido usted muy amable y nos ha sido de mucha utilidad.
- ¡Vaya! Pues me alegro. Ojalá que esto sirva para algo.
- Gracias, de nuevo. Mucho gusto.
- El gusto es mío.
- ¡Ah! Una última cosa... Por favor, no comente esto con su hijo. Pretendemos que el estudio no sea conocido por los estudiantes. Es para que no se prevenga contra nuestras posibles actuaciones, ¿comprende?
- Claro, claro... Yo soy madre y sé lo redichos que son los hijos hoy día... Pero no se preocupe. Yo hablo ya poco de sus cosas ni de nada con mi hijo. Y de esto, con más razón, seré una tumba, se lo juro.
- Gracias, otra vez. Suerte.

- A ustedes.

Cuando Alonso colgó el auricular, Sánchez no cabía en sí.

- ¡Los tenemos! Se van a enterar esos hijos de su madre... -comentó éste último.
- Sí. Lo siento por ella; la pobre se ve tan poquita cosa...
- ¡Que hubiera espabilado! ¿Qué clase de tirano inútil ha criado? ¿Y el padre?
- ¡Quién sabe! Igual ni vive con ellos. Después de todo, a lo mejor les gusta Paquito chocolatero; el chocolate con churros ya has visto que le gusta al hijo... Bueno, nosotros a lo nuestro. Tú tienes apalabrada la megafonía para el sábado, ¿no?
- ¡Hombreeee!

La expresión de felicidad en el rostro de Sánchez era tal, que Alonso no pudo menos que reírse.

Por la letra del piso y, tras estudiar la estructura arquitectónica del edificio y la disposición de las puertas en los pasillos, había dos balcones que podían ser los del dormitorio del “interfecto”. De todas formas, para asegurarse de que su esfuerzo no era en vano, esperaron con paciencia de detectives hurones a verlo aparecer, con rostro derregado, por cierto, y pantalones más bajados que nunca (la moda era esa: llevar los pantalones bajados casi hasta las rodillas de manera que enseñar los calzoncillos, o las

bragas en el caso de ellas, era muestra, por lo visto, de suma elegancia). Esperaron a que entrara en el edificio y a que, unos instantes después, la persiana de uno de los balcones bajara hasta el tope y porque no se podía más.

- ¡Ahí está! –exclamó Sánchez- Ya es nuestro.

De inmediato se apresuraron a sacar los altavoces del maletero y a colocarlos sobre la baca del coche. Repasaron bien todas las conexiones y, como si fueran a dar la señal de despegue en Cabo Cañaveral, pusieron el interruptor en posición de ON. Un leve acople los puso sobre aviso...

- ¡Eh! –comentó Sánchez, apagando el micrófono- Cuidado con el micro...
Apágalo si no hablas y, sobre todo, no lo enfrentes a los altavoces o se acoplará.

Alonso miró a su amigo con ese gesto de travesura que tan bien conocía y tanto miedo le daba.

- A lo mejor en algún momento me interesa que se acople. Igual podemos improvisar el “*Paquito chocolatero*” versión “*The Who*”, con acoples y todo, aunque no rompamos guitarra contra los altavoces...
- ¡Déjate de acoples, a ver si te vas a cargar el equipo y es lo único que me hacía falta con Benito!
- ¿Pero no es Joaquín el de la megafonía?
- Sí, pero si la rompo, el que me va a romper la crisma a mí va a ser Benito.
- Bueno, bah, que no vamos a romper nada, hombre... A ver, a ver...

Volvió a darle al botón de encendido del micro y dio en él unos golpecitos que sonaron con fuerza en los altavoces. Sopló en él y el soplido se oyó fuerte y claro. Lo apagó un instante.

- ¡Funciona! –exclamó, loco de alegría- Ten la cinta preparada. Está por donde te dije, ¿no?
- Síiii, en la vuelta 54.
- Pues ya sabes. Cuando te diga, le das. Allá vamos... -volvió a encender el micro y habló por él; el estruendo de su voz a toda potencia podía oírse en varias calles a la redonda. Pero en el balcón elegido tenía que provocar un terremoto pues los dos altavoces apuntaban justo hacia aquella habitación- ¡Ciudadanos y ciudadanas!, compañeros, eras, vecinos, inas, dormiditos, itas... ¡Piiiiitas, piitas, pitas...! Hoy celebramos el *titantos* aniversario de nuestra querida democracia y estamos aquí para festejar la libertad conquistada. ¡Nos costó mucho alcanzar los derechos que hoy podemos disfrutar con alegría! ¡Abrid vuestros corazones y vuestros oídos a la fiesta y abajo el *carquerío*! ¡Música, maestro! –hizo la señal a Sánchez y, a la pulsación del botón correspondiente, Paquito chocolatero comenzó a sonar por la parte en que los bailarines contestan *Uhú...*, *Uhú...*, y se agachan en filas.

Tititi-tití-titití-titití...

- *Uhú, Uhú* –gritaban a coro los dos amigos en el micro, cuando la risa se lo permitía.

Y eso porque no podían ver los ojos, decir vidriosos sería decir poco, y el gesto desnortado del chico, que ya había parpadeado con el primer acople y los soplidos de

prueba, pero había vuelto al sueño reparador pensando que eran sonidos de alguna remota pesadilla, pero ahora se había incorporado de golpe sobre la cama, con las manos en los oídos y la cabeza golpeándole por dentro como si un caballo loco se hubiera desbocado en su interior y no parara de darle coces en las sienes, en la nuca..., hasta en los mismísimos, con perdón.

- Pero qué... ¿Qué pedazo de hijos de...? –se quejaba en forma lastimera, levantándose a tropezones y trastabillándose para abrir la ventana. Al abrirla, el sonido entró como un arrebato, haciendo caer un cuadro de su alcayata- ¡Idos a tomar mucho por culo, pedazo de cabrones! –logró gritar, con voz quebrada y aguardentosa, que parecía un Camarón venido a menos, cuando pudo asomar la jeta por el marco.
- ¿Perdón? –contestó Alonso por el micro- Soy un viejo que viene de la *kaka*. Y, que lo *sepppash*, *coballde*, *pecadolll*, éste es un país libre y vivimos en democracia, así que celebrémoslo y apúntate a la fiesta, *mushasho*... Mira, mira..., ahí viene otra vez... *Titití-tití-titití- titití...*, ¡*uhú!*, ¡*uhú!* –coreó con la música.
- Pero qué, qué... ¡Tus muertos a caballo, pedazo de mamón!, ¡ay, mi cabeza!
- ¡Alegrémonos, hermanos! –gritaba sin compasión Alonso al micro que ahora era sostenido por Sánchez para permitirle a su amigo poner las manos en posición oferente como si concelebrara una misa- ¡Celebremos juntos la elevación de nuestras almas, benditas en la santa comunión de los espíritus!

La madre del chico, atraída por el jaleo, entró en el cuarto de su hijo y se acercó hasta la ventana.

- ¡Huy, esa voz! –dijo, asomándose a la calle por encima del hombro de su vástago- Porque los altavoces la deforman un poco, pero me recuerda a la del señor del instituto de no sé qué...
- ¿Qué? –le inquirió el joven, cada vez más confundido.
- Unos señores que quieren ayudaros, por lo visto...
- Mira, lárgate de aquí, por favor –le incriminó su hijo-. No tengo bastante con estos que sólo me falta una loca calentándome la cabeza con *folletás*.
- Ay, hijo, pero qué estúpido que eres... -protestó la madre conforme se alejaba- Y, por los clavos de Cristo, cámbiate de pijama que ese que llevas huele a oso.

El muchacho la miró alejarse y lo hizo con tal cara, que cualquier observador neutral no sabría decir si era de asco o de idiocia.

- ¡Voy a llamar a la policía! –amenazó el joven desesperado, desentendiéndose de su madre y volviendo a lo que le atormentaba bien atormentado.
- ¡Hazlo! Y que nos pongan una multa. ¡Somos insolventes! El coche es prestado. Y además, a estas horas no infringimos la ordenanza municipal. Sólo estamos celebrando el aniversario de la democracia; no molestamos a nadie con ello.

Con el jaleo, los balcones y aceras se habían ido llenando de curiosos que miraban divertidos lo que ocurría.

- Esto qué es, ¿un pasacalles? –preguntó una mujer a su esposo.
- Debe ser uno de esos teatros modernos –le respondió éste con mirada de interesante...

- ¡Oiga!, ¿es que hay algún festival en la ciudad? –preguntó a Sánchez un hombre mayor que se había detenido a mirar.

- ¡Ah!, ¡ciudadano! –contestó Alonso por el micro como si le hubiera preguntado a él y transmutado en un Robespierre cualquiera- ¡Eh aquí un claro ejemplo de ciudadanía! Un hombre interesándose por la cultura de su ciudad... ¡Lo felicito fervientemente, ciudadano! Somos un comando espontáneo pro-democracia y ciudadanía... ¡Somos una élite cultural de vanguardia dramática! ¡Somos los portavoces ecuménicos de la redención de las almas! ¡Somos el brazo incorrupto de Sor Turpísima y la voz de los sin-voz! -su entonación se iba volviendo tan encendida y encomiástica que el anciano se sintió al principio intimidado, pero conforme el orador iba subiendo de tono y se emocionaba de forma tan encendida, una especie de rabia nacional de raíces profundas y poco comprensibles le iba haciendo enfervorizarse y sentirse estimulado a gritar algo para mostrar su apoyo- Somos la libertad agitando sus banderas al viento del pueblo desatado –continuó Alonso. Sánchez lo miraba embelesado y notaba también un extraño calor interior- ¡Somos la apología del corazón que no sabe de reglas! ¡Somos la poesía de las almas que se aúnan en la noche oscura! ¡Cantemos todos, hermanos en la luz! ¡Cantemos! *Titití tití titití titití... Uhú, uhú...*-poco a poco se iba formando una gran concentración de gente que, más divertida que sorprendida, también, de forma espontánea, iba organizándose en filas para corear el Paquito chocolatero y agacharse todos a una al gritar a pleno pulmón: *Uhú..., uhú...*

Cada uhú de la muchedumbre, unido a los de los espontáneos que se unían desde los balcones para corear por encima de la montaña de wátios de megafonía, creaban un sonido que perforaba los sentidos del joven como si un hierro candente le entrara por los

oídos y bajara dando vueltas como un sacacorchos al rojo por cabeza, tronco y extremidades. Para desgracia suya, vio entre la gente que disfrutaba del espectáculo incluso a una pareja de policías que se había unido a la fiesta, por lo que el chico señalaba a los alborotadores mirando a los agentes sin que estos se dieran cuenta, lo que acabó por hacerle llorar de impotencia. Cuando no pudo más, cerró la ventana, se puso la ropa encima del pijama y bajó a toda prisa para ir a casa de su amigo a ver si allí podía encontrar un rincón tranquilo y silencioso en el que dormir.

Alonso, que no cesaba en su discurso, cada vez más encendido, mientras Paquito chocolatero se reiniciaba una y otra vez y se le seguía sumando público para celebrar la fiesta, advirtió que el susodicho salía del edificio y, entre Somos y Somos, le comentó fuera de micro a su amigo: eh, allí va, allí va... Síguelo y me avisas.

Encendió el micro de nuevo y mientras veía alejarse a su compañero en persecución del fugitivo, continuó a pleno pulmón:

- ¡Somos el latido insigne de la utopía, la hermandad sin nombre, la fuerza blanca que se yergue negra sobre el rojo de la lucha y el verde de la esperanza...!

¿De dónde cojones sacará tanto palique?; se preguntaba Sánchez para sí mientras desaparecía en persecución del joven y la voz de Alonso y la música de Paquito chocolatero se iban perdiendo en la distancia.

El joven, seguido sin advertirlo por Sánchez, se dirigió a casa de su amigo y compañero de andanzas. Ramón reconoció enseguida el edificio: era el del otro chico al que habían tomado los datos. Nada más verlo atravesar el portal, llamó a Alonso por el móvil. Éste, al oír la llamada, cesó en su perorata, cerró el micrófono y, mientras seguía oyéndose a Paquito chocolatero y la gente, ya una verdadera multitud, bailaba sus compases, Alonso escuchó cómo Sánchez le contaba que, tal como esperaban, había ido a casa de su colega, el que ya conocían. De inmediato, Alonso cerró el móvil, encendió el micro y fue despidiendo la fiesta:

- ¡Muy bien, hermanos! ¡Sois lo más grande que ha *parío* madre alguna! Gracias a vosotros la democracia es lo que es. ¡Disfrutadla, hermanos! (Y que Dios os coja confesaos –pensó, aunque eso no lo dijo-). Yo me marcho a otros lugares para confortar a otras almas y hacerlas participar de este día de alegría. ¡Os quiero!

Sin más, cerró el micro, apagó la música y salió a toda prisa para la dirección que Sánchez le había indicado. La muchedumbre, presa de una alegría inesperada, aplaudía al coche que se perdía por la esquina, agradecidos por aquel emotivo acto de exaltación.

Cuando Alonso llegó junto a Sánchez, el joven ya había pedido a su colega un rincón silencioso y apartado donde poder dormir un poco, tras explicarle lo sucedido. Sin salir de su asombro, el anfitrión lo había invitado a dormir en el sofá del salón. No había nadie más en casa; sus padres se habían ido al apartamento de la playa, así que nadie lo molestaría.

Pero no llevaría ni diez minutos dormido cuando el estruendo de “*Paquito chocolatero*” lo volvió a despertar. Su amigo salió de forma precipitada de su dormitorio y, con cara de pocos amigos, le espetó:

- ¡Me cago en *to* lo que se menea! Te los has traído *p’acá*, cabronazo...

- Pero yo... -se levantó cargado de agresividad y se asomó al balcón. Sus gritos, insultos y amenazas apenas eran audibles entre aquel poderío chocolatero. Alonso, a micro abierto, les explicó que se hicieran el cuerpo a celebrar la libertad cada sábado siguiente a viernes en que celebraran botellón o cada mañana siguiente a noche de juerga ruidosa. De poco sirvió que los dos jóvenes, entre retorcijones y dolores de cabeza, les arrojaran unos botellines vacíos que cayeron cerca del coche, sin llegar a darle. Alonso les advirtió que si llegaban a darle al coche iban a recibir su visita diaria, siempre a horas solares y permitidas; amén de partirles la cara en cuanto los tuviera a su alcance. Por fin, derrumbados y con el cuerpo resacoso, se resignaron a soportar el mal trago y se miraron sabiendo que sus botellones del viernes, al menos en el sitio de siempre, se habían acabado.

Pasada casi una hora de chocolatada con la música de Paquito y, temerosos de incomodar demasiado a gente que no les había hecho nada, Alonso dejó de anunciar sus disparatadas mercancías (aquí había preferido presentarse como vendedor ambulante, para no repetirse; si bien lo que vendía era tan absurdo que los vecinos y transeúntes no cesaban de reír y hacerse preguntas sobre a qué venía aquello y si eran artistas ambulantes).

- ¡A la rica alcachofa del consuelo!, vecinas... Alcachofas de San Pantaleón, que quien las come nunca se pone triste. Invisibles como la escala de Melquíades, pero poderosas como las fanfarrias de Nerón cuando quemó Roma... ¡Meeelones! ¡Vendo melones!, redonditos y pelones como la cabeza de Gorbachov, pero sin mancha y con cada pepita que el que la muerde alucina. ¡Alucina, vecina! Y llevo velitas del amor que a quienes las enciende le sale novio... *P'al* queeee lo quiera..., oiga, *p'al* que lo quiera... Y hay que

encenderlas con chispas del corazón; que no valen encendedor ni cerillas...
¡Daaaale que te pego, oiga! Melocotones de la India, niñas..., Melocotones
regados con agua del Ganges, que los muerdes y notas el sabor de los muertos
flotantes en sus aguas sagradas... ¡Ruuuubias a peseta! Vendo melenas hechas
con hebras de maíz pero sólo a quien me las pague con pesetas de las de antes y
que tengan la efigie del rey con gorra... ¡Meeeecheritos de la suerte!, que
funcionan con gas de peo y bolsitas de habichuelas *pa* recargarlos, oiga, que son
de los buenos... Cebollitas que paran el llanto... Sí, sí..., *al verres, pa* que
m'entiendas... Y vosotros llorad como capullitos lo que no supisteis callar como
hombres... ¡Vaaaamos que nos vamos! Máquinas de hacer churros; pero
manejadlas con cuidado no sea que os pase como a aquel que probó a limpiarle a
otro el ojete y este acabó gritando: *Peeeeepe, que me güerves*... -esto último lo
dijo hablando como para adentro- Pero no nos volvemos, que estamos aquí...
Banderitas *p'al fúrbol*...; que se agitan y caen los goles... Del equipo que
quieran, oiga, que *nusotroh no semos serraos de mollera*...

Sánchez se partía de risa con las barbaridades que su amigo iba soltando por el micro y
con las caras que ponía la gente al oírlo. Una hora da para muchas locuras y si de algo
se admiraba era de la imaginación de Alonso, que era tan desbocada como inagotable.

Cuando por fin cerró el micro y se despidió de su “amada clientela”, Paquito
chocolatero sonó por última vez. Después apagó y desmontó el equipo y el coche se fue
por donde había venido.

Los dos jóvenes, al borde de la apoplejía, respiraron hondo, dejaron de llorar y
se echaron a dormir en el suelo del salón.

El que Alonso lo hubiera librado del latazo del botellón de los viernes había hecho a Sánchez olvidar por completo el mal trago de la asamblea abierta. Después de todo, aquello le había servido para descubrir algunos aspectos de Benito que no conocía bien y que, a decir verdad, lo despojaban bastante de su aura de ejemplo a seguir y casi, casi de líder plausible. Eso era lo que de verdad hacía que Alonso fuera para Ramón algo más que un amigo: de cada experiencia con él, por muy desagradable que fuera y por mucha apariencia de desastre que tuviera, siempre se sacaba alguna enseñanza. Y, lo mejor de todo, sin necesidad de que te sermoneara ni nada parecido; la simple experiencia vivida ya te dejaba su poso de enseñanza. Tal vez Alonso no era consciente de ello (o sí), pero era un verdadero maestro para él.

Como la paz había vuelto a reinar entre ambos, era frecuente de nuevo que compartieran sus ratos de ocio y que se reunieran muchas tardes para tomar juntos un café, charlar o ver alguna película en la tele.

Aquella tarde era un partido de fútbol lo que televisaban. Cuando Alonso llegó, el partido ya llevaba un tiempo jugándose y Sánchez, aficionado al fútbol e hincha del Atleti, equipo que llevaba unos años en horas bajas, seguía las incidencias de la contienda absorto y exclamando con pasión y acompañándose de aspavientos cada vez que alguna jugada merecía su reacción por lo peligrosa, por lo llamativa o por lo mal

interpretada que era por el árbitro. Alonso en el fútbol no veía más que un juego insulso en el que un puñado de adultos un tanto infantiles se peleaban por meter una pelota entre unos palos y no lograba entender cómo aquel juego intrascendente podía ser vivido con tanta pasión por millones de espectadores que lo seguían como si les fuera en ello la vida y lo convertían en una especie de culto repleto de santos y, sobre todo, de héroes, por lo que se entretenía más bien observando en silencio a su amigo Ramón, con las facciones tensas por la emoción como si estuviera viviendo una verdadera batalla y con gestos de exultación y exaltación que ni el más fervoroso de los devotos de una religión fanática llegaría a expresar o sentir en sus momentos álgidos.

Sánchez, mientras tanto, estaba tan metido en el partido que ni se daba cuenta de que su compañero lo observaba y estudiaba divertido.

En el desarrollo de la contienda, el Atleti, que jugaba en casa, estaba dominando; aunque su juego era de una lentitud exasperante, lleno de imprecisiones y, sobre todo, sin profundidad, por lo que las jugadas se alargaban por el centro del campo en un toma y daca inacabable que nunca conseguía romper el cerrojo defensivo que el equipo oponente tenía montado. Para colmo, en dos escasas ocasiones en que los delanteros atléticos habían conseguido llegar al portal enemigo y disparar, habían fallado, mientras que los contrarios, en un único contragolpe en que pillaron a los defensas atléticos descolocados, marcaron el único gol que figuraba en el marcador. Así que, cuando el árbitro pitó el final del primer tiempo, el Atleti, a pesar de jugar en casa y estar dominando el partido, perdía por un gol en contra y Ramón estaba con un humor de perros.

- ¡Pero qué puñado de inútiles! –exclamó exasperado mirando a la pantalla en la que se veía a los jugadores dirigiéndose hacia los vestuarios con gestos

compungidos- ¡Con lo que cobran! Y encima el árbitro otro inútil, que tenía que haber sacado ya cuarenta tarjetas y no ha sacado más que una o dos. ¡Los veo en segunda! A este paso bajan otra vez... Con lo que nos costó salir del hoyo...

- Ah, ¿pero estuviste en el hoyo? –preguntó Alonso con un tono tan irónico que Sánchez cayó entonces en la cuenta de la actitud distante y divertida con la que su amigo le tomaba el pelo. Se le quedó mirando unos instantes en silencio, como si fuera un ser de otro planeta y, por fin, masculló:
- ¿Pero tú de qué madera estás hecho? ¿Es que no tienes sangre en las venas que el fútbol te deja tan frío y te da igual quién gane o quién pierda, juegue quien juegue?
- Sí que tengo sangre en las venas; pero procuro no desperdiciarla en jueguecitos para cabezas de serrín.
- ¿Cabezas de serrín? Pues si es así yo diría que al menos el noventa y tantos por cien de los seres humanos la tenemos así; sobre todo entre los hombres. Sólo unos pocos, venidos de otro mundo, como tú, son insensibles ante algo como esto.
- ¿Y te has preguntado alguna vez por qué sois tan sensibles a algo tan anodino?
- ¿Anodino? ¿Por qué me lo iba a preguntar si, como a todo el mundo; bueno, a casi todo el mundo, menos a los *alien* como tú, nos apasiona?
- ¿Pero de veras no te aburre ver a unos cuantos tíos en calzones cortos corriendo detrás de un balón para meterlo entre unos palitos? Los mayas, al menos, se jugaban la vida de algún esclavo...

- No es tan simple. ¿Por qué te crees que hay tantos especialistas, periodistas, entrenadores y hasta tesis doctorales sobre eso que tú dices que es un simple jueguito? Y no basta con que corran detrás del balón y darle pataditas. Por eso hay jugadores que valen lo que valen...
- Pero eso es lo más sangrante de todo –protestó de modo enérgico Alonso-. ¿Cómo pueden dilapidarse de ese modo tantos recursos y energías mientras siguen sin resolverse problemas de mera subsistencia en tantas partes? Si todo lo que se gasta en jugadores, estadios, publicaciones, profesionales de los que tú nombras y otros que se te han olvidado se gastara en resolver problemas importantes...
- ¿Y quién te dice –le interrumpió Sánchez- que si esto no fuera como es no surgirían nuevos problemas añadidos de violencia por el mundo, enfrentamientos, agresiones..., que así se *fogan* por aquí y no van a más?
- No hemos avanzado desde los romanos, ¿eh? ¡Pan y circo! –exclamó Alonso- Claro que, si te pones así de filosófico y antropológico, quién te puede llevar la contraria...
- Sí, tú te ríes; pero si entendieras un poco, ¡fíjate bien!, con sólo un poco que entendieras de fútbol, seguro que opinaban de otra forma. ¿O es que te crees que sólo lo del sueco de los siete sellos es arte?
- ¡Te propongo algo!
- ¡Huuuuuy, cómo le temo yo a tus proposiciones!
- No, hombre, esta vez no tienes de qué preocuparte...

- Sí. Eso dices siempre...
- Mira, quiero que hagas de maestro para mí. Tú eres maestro de profesión, ¿no? ¡Pues enséñame!, no debe costarte trabajo...
- De qué, ¿de fútbol?
- ¡Pues claro! ¿No es de eso de lo que estamos hablando?
- ¿Y cómo quieres que te enseñe de algo que te trae sin cuidado?
- Eso puede tener solución... Vamos a vivirlo en directo, que seguro que hay energías contagiosas... Así, además de ser mi maestro, estaremos en posición de antropólogos.
- ¿Yo de antropólogo?
- Sí, sí, tú... No te hagas el loco que me estabas hablando como un antropólogo. Pues, de una vez ya, hazlo del todo. Lo que yo te propongo es una inmersión en la experiencia directa, en términos científicos.
- ¿De qué hablas?, ¿puedes ser más preciso?
- Pues de ir juntos a ver un partido. ¿Cuál hay que sea más interesante que ninguno?
- ¡Hombre!, yo soy del Atleti, pero..., así objetivamente hablando, el Partido – gesticuló las comillas- es el Madrid-Barça.
- ¿Y cuándo es?
- Pues, mira por dónde, dentro de dos jornadas; o sea dentro de catorce días. Pero no es barato, aparte del viaje a Madrid...

- ¡Pues no se hable más! Y el dinero no es algo a discutir entre caballeros...
- ¡Eso!, ahora me recuerdas a Nosferatu, con sus observaciones aristocráticas.
- ¡Ea! A ese partido van a acudir dos hinchas del Atleti...
- ¿De qué? ¿Desde cuándo tú eres hincha del Atleti?
- Desde hoy y al menos hasta ese día. Así tenemos dos ventajas: que como ninguno de los que juegan es el nuestro, podemos verlo con más ecuanimidad...
-como Sánchez se quedó esperando la segunda razón y Alonso callaba, intervino:
- ¿Y la otra?
- ¡Ah! —exclamó Alonso, haciéndose el sorprendido- ¿La otra? Pues que así la experiencia será más divertida.
- ¿Más divertida?, ¿por qué?
- Ya lo verás en su momento. ¡Mira!, ya empieza la segunda parte; no me distraigas que no quiero perderme *puntá*...

Sánchez lo miró con una mezcla de incredulidad y de curiosidad por saber lo que planeaba, pero como ya habían sacado de centro y él sí que no quería perderse detalle de verdad, prefirió callar y concentrarse en el partido.

Ya en las estribaciones del estadio resultaban chocantes entre la marea de banderas blancas y blaugranas la bufanda y el banderín rojiblanco de Alonso. Sánchez, a pesar de ser el verdadero hincha del Atlético, dadas las circunstancias, prefería pasar desapercibido, así que no sólo no llevaba estandartes ni insignias que lo identificaran, sino que se sentía incómodo al lado del exhibicionismo provocativo de su amigo y, la verdad, temeroso de que cualquier exaltado pudiera calentarlos.

Para empeorar la cosa, en las gradas habían caído delante de un grupo de madridistas mal encarados, uno de ellos, en particular, gordo y grande como un muñeco Michelin y que, nada más verlos llegar con tanta rayita roja y blanca al viento los había mirado primero con estupor y, a continuación, con evidente mal gesto. Su mirada amenazadora y agresiva había intimidado a Sánchez, pero Alonso, nada más verlo, eligió para sentarse justo el asiento que había delante de él y comenzó a agitar su bandera rojiblanca de modo que obstaculizaba la visión al mastodonte. Éste sacudía su cabeza y hacía ostensibles movimientos con su cuerpo para denotar que no podía ver bien; pero Alonso no se daba por enterado.

Nada más dar el árbitro el pitido de inicio del partido, Alonso se puso en pie y comenzó a incriminarle:

- ¡Ábitro! ¡Me vi a cagá en tus muelas! ¿Ya estás *empesando a favorecé ar* de siempre? ¿Qué manera de pitar es esa, so mamón?

El gordo, importunado con los movimientos de Alonso, que no le dejaban ver, pegó un manotazo a la bandera que éste agitaba de tal manera que se escapó de las manos de Alonso y fue a parar a los pies de Sánchez que, con un nudo en el estómago, se imaginó cómo sería un manotazo como ese en plena cara.

- ¿Tú qué eres?, ¿un gracioso, un capullo o las dos cosas a la vez? –incredó el hombre enorme a Alonso.
- Es que nada más que en la forma de pitar se le nota lo casero que es, el *peasso* mamón, así: *píiiii*, como con guasa. Le ha dado el saque al *Madri* y encima con recochineo... -contestó Alonso.
- Han sorteado el saque. Siempre se hace así. ¿Y tú eres aficionado al fútbol? –le recriminó el gordo.
- ¿Aficionado yo? ¡Yo soy un *apasionao* total!, ¡como si fuera un profesional, vamos! ¡Mira el *pringaíllo*! Esa monea está *trucá*...
- Pues te has *equivocao* de partido, ¿no? –intervino un tercero que acompañaba al gordo- Y de todas formas, en el segundo tiempo sacaré el Barça de centro.
- ¿Me has dicho *pringaíllo* a mí, gilipollas? –vociferó el gigante.
- Sí, pero el que de primero, da dos veces. Y no me he *equivocao* –contestó Alonso al nuevo interlocutor, ignorando al gordo-. Es que quiero que pierdan.
- Que pierda cuál de los dos –insistió el otro.
- ¡Los dos!
- ¿Qué empaten?
- ¡No!, que pierdan los dos.
- Pero eso no puede ser... -contestó divertido su interlocutor que había llegado a la conclusión de que aquel tipo era un *chalaio* de tomo y lomo.

Pero el gordo no debía ser de esa opinión porque permanecía todo sulfurado y rojo como un tomate esperando la respuesta a su pregunta.

- ¡Eh, tú!, por mu gilipollas que seas a mí no me llama *pringaíllo* ningún subnormal. Y menos si es del atlético. ¿Me has dicho *pringaíllo* a mí? –insistió arremangándose como si se preparara para darle un buen guantazo. Sánchez no pudo evitar agitarse en su asiento como si hubieran encendido brasas en él y mirar con aprensión las manos del gigante.

Alonso miró con desdén al tipo y tardó en contestar. Cuando lo hizo habló mirando al campo, como si quisiera dejar claro que le traía sin cuidado aquel individuo.

- Lo peor de un *pringaíllo* es, encima, ser un gordo zampabollos y ser hincha del *Madrí*.
- Te voy a... -comenzó a decir el gordo, a la vez que cogía una de las partes que colgaban de la bufanda de Alonso.

Éste se puso en pie como impulsado por un resorte, se desenroscó con prodigiosa habilidad la bufanda y en dos movimientos agilísimos la enroscó en el brazo del gordo que, torpón como un ballenato, intentaba desenroscársela con la mano que le había quedado libre, pero, llevado por la ira, lo que hacía era apretarla más.

Alonso, que había tirado del brazo de Sánchez para que lo siguiera, se agachó, recogió su banderín atlético y comenzó a alejarse arrastrando con él a Sánchez.

- ¡Qué buen hincha del Atleti, sí señor! –comentó, mientras se alejaba, señalando al gordo que no paraba de resoplar y darse tirones de la bufanda rojiblanca enredada en el brazo -¡Atleeeeti! –gritó con ímpetu Alonso según avanzaba por el pasillo entre las gradas.

Algunos lo miraban divertidos; otros con verdadera estupefacción y unos cuantos lo increpaban con adjetivos de variada sonoridad. Sánchez, mudo de vergüenza y de miedo, lo seguía en silencio sin atreverse a abrir la boca.

- ¡Ya te acordarás de mí, cabrón! –oyeron todavía, desde lejos ya, al gordo que, por fin, había conseguido quitarse desembarazarse de la bufanda- Te tengo que partir la jeta...
- ¿Por qué siempre tienes que liarla? –le preguntó Sánchez cuando, por la distancia, se sintió seguro y lejos de la zona del revuelo.
- ¿Pero qué clase de aficionado eres tú que no eres capaz de defender tus colores? –recriminó Alonso a su amigo.
- ¿Qué tiene que ver sentir los colores con formar follón por formarlos?
- ¿De qué hablas? Si uno quiere identificarse con un juego intrascendente para convertirlo en una lucha simbólica ha de hacerlo de forma heroica, ¡dionisiaca!, arrastrado por el pathos guerrero y trágico del héroe que se enfrenta al destino que los dioses le deparan...

Sánchez enarcó las cejas confundido con la verborrea de Alonso y se sintió víctima una vez más de sus bromas medio absurdas, medio filosóficas...

- Pero..., ¿quién me mandará a mí dejarme arrastrar por tus locuras?
- ¡Tu corazón de guerrero! –apuntaló Alonso.
- ¿Mi qué? –dijo con incredulidad Sánchez.

Una pareja de policías a la que no había pasado inadvertido el revuelo organizado por el de la banderita rojiblanca, se habían acercado hasta la pareja por el pasillo en que avanzaban.

- ¿Ocurre algo? –reclamó uno de los policías a Alonso.
- Ah, no, gracias, señor guardia. Todo está en orden. Sólo cambiamos de lugar porque por allí –contestó Alonso señalando hacia el lugar del que venían- hay un grupo de fanáticos intolerantes con ganas de camorra y nosotros somos seres pacíficos.
- ¿Y esa bandera? –inquirió el agente señalando la insignia rojiblanca de Alonso.
- Ah, la bandera... Es que somos hinchas atléticos.
- Pero hoy no juega el Atleti, ¿qué pinta esa bandera aquí? –insistió el policía.
- El que es un verdadero hincha siempre lleva sus colores a todos sitios- aclaró Alonso.

El guardia lo miró sopesando hasta qué punto aquel individuo era normal y hasta dónde podía llegar a ser peligroso. Miró a su compañero, que se encogió de hombros.

- ¡Está bien! Pero no busque problemas o tendremos que sacarlo del campo.
- Oh, no... No se preocupe, agente. Ya le he dicho que somos gente pacífica.
- Siéntese, entonces, y procuren no molestar –concluyó el guardia.

Alonso y Sánchez se sentaron en un banco que había, esta vez delante de hinchas del Barça.

Permanecían en silencio; incluso cuando por las evoluciones del juego los demás espectadores exclamaban ¡huy!, o increpaban al árbitro por sus posibles errores y favoritismos. No obstante, Alonso no dejaba de agitar su banderita, aunque en silencio, lo que no impedía que quienes estaban detrás de él tuvieran que moverse a cada instante para no perderse los lances del juego.

- ¿No vas a dejar de dar por *cul* con la banderita, *collons*? –le recriminó al cabo de un rato, con un marcado acento catalán, uno de los que ya no aguantaban más.
- ¿Yo te he dicho a ti algo porque seas hincha del Barça? –protestó Alonso que, para dar sus explicaciones se puso en pie y miraba al barcelonista- ¿Por qué incordio yo con levantar mi bandera así? –la agitó de modo que tapaba más que nunca al que le había hablado- ¿No levantáis vosotros la vuestra?

En ese momento, un delantero barcelonista había recibido un balón proveniente de un rechazo y se escapaba solo en un contragolpe que había cogido a toda la defensa madridista adelantada.

- ¡Quita, quita, quita, *collons*! –exigió con premura y agitándose para poder ver entre el ondeo rojiblanco de la banderita que Alonso movía a propósito para estorbarle la visión.

Justo en ese instante un ensordecedor grito de gol estalló por esa parte del estadio en la que se concentraban los hinchas blaugranas, puestos todos de pie y agitando sus insignias, banderas, gorras...

- ¡*Cagu'en Déu!*, ya me lo perdí por culpa de este...
- ¡Mira, mira como vosotros agitáis las vuestras!

- Trae la bandera, que te voy a partir el alma, *cara cul*.

Mientras los hinchas barcelonistas celebraban su gol, Alonso y el catalán se habían enzarzado en un tira y afloja con la bandera rojiblanca y Sánchez, asustado y temiendo lo peor, había ido a avisar a la pareja de guardias, que acudió presurosa.

Una vez ante los dos en contienda, los separaron, recogieron la bandera e invitaron a Alonso a abandonar el campo por las buenas, si no quería tener que hacerlo por las malas.

Alonso, digno y displicente, se sacudió su traje, pidió, por favor, que le devolvieran su bandera, a lo que los guardias respondieron que se la entregarían en la puerta, cuando estuvieran para cruzar el umbral de salida y, orgulloso y con la cabeza alta, se dejó acompañar por los dos policías y su amigo Sánchez hasta la puerta de salida. Conforme se lo llevaban, todavía tuvo tiempo de volver su rostro hacia los hinchas blaugranas entre los que estaba el de la trifulca y gritarles:

- ¡Ya os veréis las caras con el Atleti y sabréis de la cólera de Aquiles!
- ¿Quién es Aquiles? –preguntó intrigado uno de los que acompañaban al del tira y afloja con la banderita- ¿Es que ha fichado uno nuevo el Atleti? ¿Qué es, de Brasil?
- ¿De Brasil Aquiles? –contestó Alonso, ya de lejos- ¡Es de aquí-les den por donde yo me sé!

Los policías no pudieron evitar sonreír, sin dejar de arrastrarle hacia la puerta de salida. Una vez en ella le entregaron su bandera y, antes de salir, Alonso la agitó hacia el interior y gritó: ¡Atleeeeti! Los guardias rieron, sacudieron la cabeza y esperaron a que aquellos dos tipos que parecían “el gordo y el flaco” de las películas

antiguas de cine mudo, aunque un gordo *achaparradito* y un flaco larguirucho, desaparecieran. Sólo entonces regresaron al interior.

En el camino hacia el coche, Alonso comentó a Ramón:

- ¡Mira, amigo Sancho, a dónde lleva la inconsciencia y la intolerancia de las mentes obtusas.
- ¡Vaya manera de tirar el dinero! –observó Sánchez- Si lo llego a saber me quedo en mi casa.
- ¡Más te valiera hacer eso siempre!
- No; desde luego contigo no vuelvo a ver un partido ni loco.
- Loco hay que estar para venir a un sitio como éste...
- ¡El que irá a hablar de locos!

A lo lejos, un ¡huy!, sonó en un grito unánime que parecía salir de un ser de miles de cabezas.

Habían quedado para ir a tomar un café cuando Sánchez acabara la reunión que tenía el claustro de profesores del instituto de la población cercana en la que tenía su destino. Alonso lo estaba esperando sentado al volante de su automóvil, que tenía aparcado junto al centro educativo. Según los cálculos que había hecho, la sesión debía haber

terminado para las siete de la tarde; pero eran ya más de las ocho y Alonso, sentado allí con radio clásica puesta para entretener la espera, ya estaba harto de ver a través de los cristales de la ventana cómo, una y otra vez, aquellos profesores braceaban y parecían acalorarse en discusiones sin fin. Cuando, en apariencia, la calma en los presentes podía anunciar, ¡por fin!, el fin de la reunión, alguien debía dejar caer algún comentario inoportuno o plantear alguna pregunta incómoda o..., ¡quién podía saber qué demonios pasaba allí dentro para que aquello pareciera el cuento de nunca acabar! El caso es que una nueva oleada de manotazos al aire y de agitación se adueñaba del momento y se prolongaba y se prolongaba para desesperación de Alonso que ya hasta la radio apagó, cansado de tanta música. Pensó irse y dejarlo para otro día; pero tampoco tenía a donde ir y no le apetecía nada encerrarse en casa a solas, prefirió retrepar su asiento y relajarse intentando no pensar hasta que acabaran.

Unos golpes en el cristal de su ventanilla lo despertaron. Se incorporó asustado, vio a Ramón mirándole desde el exterior del coche, miró su reloj y exclamó:

- ¡Las nueve menos veinte! ¿No ibais a acabar sobre las siete de la tarde?
- Eso creía yo –contestó Sánchez apesadumbrado-. Lo siento. Está visto que no aprendo. ¡Siempre igual!

Se dirigió a la puerta delantera derecha del auto, la abrió y entró para sentarse en el asiento del copiloto.

- ¿De qué demonios tenéis tanto que discutir? –recriminó, con evidente mal genio, Alonso.
- ¡Bah! –dijo Sánchez con desdén- ¡Es siempre la misma musiquilla! Y si al menos sirviera para algo repetirla una y otra vez.

- Qué ocurre, ¿malos resultados en la evaluación?
- Eso, al fin y al cabo, es lo de menos. ¡O no tanto! Pero no es lo peor –Alonso lo miraba sin arrancar el motor, como esperando una aclaración-. Lo peor de todo – continuó Ramón- es que cada vez hay más apatía en el alumnado y tienen menos interés por todo y son más vagos y comodones y les da igual que los suspendas o que no, que les regañes o que los sermonees... ¡Pasan de todo!
- ¿Y por qué te desesperas? –inquirió Alonso, arrancando el motor y como si no le diera importancia a lo que decía- Estamos en una civilización que boquea. ¿No lo sabías? No es sólo que está en plena decadencia, ¡es que se muere! ¿Es que no es evidente que cada vez se tienen menos hijos, a pesar de tener más medios que nunca?
- No seas cínico, por lo que más quieras... Sólo me faltaba eso.
- No pretendo serlo –continuó Alonso, pendiente ahora de la carretera pues ya estaba conduciendo-. Sólo quiero ser objetivo.
- ¡Maldita sea! Pues ya que se tienen menos hijos, podían esmerarse más en criarlos bien.
- ¿Qué significa bien? Para sus padres los están criando mejor que nunca; en una vida muelle y repleta, no sólo de cosas; el que menos está, además de en la escuela o el instituto ya, en dos o tres talleres: que si piano, que si kárate, que si informática... ¡Que no les falte de nada!
- Pues lo mismo ese es el problema: que no les falta de nada y están tan mimados y tan consentidos que no valen para una mierda...

- ¡Eeeeh! ¡Qué lenguaje! Profe, cuida tus formas... ¡Si te oyeran!
- ¡Sí que me tenían que oír! A ver si les servía de algo. Y nuestras queridas autoridades, mientras tanto, contando los minutitos entre clase y clase o poniendo cinco días más de clase o regalando ordenadores..., ¡manada de inútiles! Y luego los psicólogos y los pedagogos con sus sermoncitos sobre la atención individual, la igualdad de oportunidades y la atención a la diferencia y tanta zarandaja; cuando ellos lo único que buscan es meterse en un despachito desde el que dar consejos y huir de los alumnos. ¿Sabes cómo los llamamos?
- A quiénes...
- A los que están en los equipos de orientación y todas esas gilipolleces pedagógicas. ¡Pues los alérgicos de la tiza!
- Tampoco ellos serán los culpables, ¿no?
- Yo no digo que lo sean. Pero al menos podían tener la vergüenza de callarse y no andar calentando la cabeza a los demás con sus sermoncitos archisabidos e inútiles.
- ¿Tan inútiles son?
- ¿Tú sabes lo que hace un psicólogo de esos? Llegan, hacen su test y sus *polladitas* y luego te dicen: este chico tiene problemas de aprendizaje... Como mucho, le ponen un nombre a la conducta que tú ya les habías dicho que tenían y después te dicen: necesita cariño, atención individual y adaptación curricular (esto último, depende del listo de turno, puede cambiar de nombre). ¡Vaya una leche, por no decir algo más sonoro! Ha descubierto la pólvora. Hazte psicopedagogo para eso. ¡Eso ya lo sabía yo! Pero ahora, explíqueme cómo en

una clase de treinta alumnos, cada uno cojeando de un pie distinto, das cariño y prestas atención individual a un pobre chaval que, en medio de un debate sobre, pongamos por caso, el paso del paleolítico al neolítico, te llega justo cuando has conseguido por fin que la mayoría se interesen por lo que se está hablando, y te presenta su fichita de adaptación curricular para preguntarte si eso que te señala es Málaga o es Granada... Y mientras se lo explicas y le dices que mire en el atlas que tiene delante, a tomar por culo el paleolítico, el neolítico y la madre que parió a la clase que ya se ha puesto a tirarse bolitas y a hablar del último gol de Ronaldo o la última canción de Pichín Piquituerto, el de la bolilla en la nariz...

- Ah, ¿pero les interesa eso del paleolítico y el neolítico si no les interrumpe el de la adaptación *culicular* esa?
- ¡Curri!
- Curro Cucharés, muy buen torero, sí señor...
- ¡Que es curricular, no *culicular*!
- No, ¡si ya! Pero como mencionabas tanto el culo en tu exposición, había degenerado lingüísticamente...
- Sí, tú como no tienes que tragar todo eso, te ríes.
- Pero dime, ¿les llega a interesar de verdad eso del paleolítico y todo eso?, ¿es que tiene mérito, a esa edad!
- Bueno; a veces... Que esa es otra. Porque cada vez hay más que están ahí como el que está en la cárcel: a la fuerza y dando todos los problemas que pueden.

- Es que, si lo piensas bien, la cárcel y los centros educativos, tal como están concebidos, pertenecen a la misma categoría de lugares.
- ¡No me jodas, tío! Si te oyeran mis alumnos, es lo único que necesitaban. No empieces con tus anarquismos baratos que entonces sí que estamos arreglados.
- ¿Pero qué función tiene la educación, tal como está concebida hoy día, si no es la de hacer “buenos ciudadanos”?
- ¿Y? –inquirió Sánchez con mirada de estupor, como si estuviera preguntando qué tiene eso de malo.
- ¡Pues exactamente igual que una cárcel!, ¿no? Gente que produzca, se adapte a la técnica y la haga eficaz, no dé problemas o los que dé sean soportables por el sistema, que encaje en él y lo haga funcionar...
- ¡No señor! La función de la enseñanza debería ser hacer hombres y mujeres íntegros, críticos, capaces, libres...
- ¿Se consigue eso acumulando conocimientos, por cierto, cada vez en menor cantidad y con más problemas de disciplina? Es eso de lo que te quejabas, ¿no?
- Pues sí; pero si hubiera menos alumnos por clase y profesores que pudieran atender de verdad a los alumnos distintos en talleres con poquitos por profesor, con actividades adaptadas a sus intereses..., no sé, yo tengo alumnos que son muy malos estudiantes y no paran de dar problemas y llamar la atención en clase interrumpiendo y estorbando a los demás y estoy seguro que en un grupito manejando motores, aprendiendo un oficio, o a través del deporte como actividad central...

- La Formación Profesional ya existió, ¿no?
- Pues te digo una cosa; era mejor que lo de hoy.
- Y yo te digo otra cosa: los gremios eran todavía mejores para eso; pero dilo en voz alta y verás lo que tardan en tacharte de medieval y retrógrado.
- Bueno, no creo que haya que retroceder tanto.
- ¿Quién habla de retroceder? ¿Lo ves? En el fondo no eres más que otro bobalicón de esos que van con la corriente, se mueven por prejuicios establecidos por figurones de turno y, como monitos de feria, aplauden al primer intelectual que les plantea una teoría, por muy estúpida que sea, con tal de ser la última y de que venga revestida por el halo de la universidad y los templos de la nueva religión. ¿De qué te quejas de que os llenen la cabeza con sermones desde despachos de..., cómo era, ah, alérgicos de la tiza? Esos son vuestros sacerdotes y vuestros santos. ¿Por qué una cosa no sirve porque ya haya existido hace tiempo? ¿Y si funciona mejor que lo que te proponen por muy nuevo que sea?
- ¿Pero cómo vas a ir a ningún sitio a defender los gremios? ¡Si eso ya no existe!
- Pero existen las fábricas y talleres y negocios y gente que sabe llevarlos y podrían ser en determinados momentos maestros de algunos aprendices, ¿o no?
- Estás de broma...
- Pero vamos a ver una cosa... ¿De verdad te crees que podéis cambiar la sociedad desde la escuela? Eso es una fantasía propia de soñadores y teóricos infantiles y sin sentido de la realidad.

- ¿Qué? –preguntó confundido Sánchez, que no sabía muy bien qué tenía que ver eso con lo que él había dicho.
- Tú crees que con planes educativos determinados podrían cambiarse los valores y la forma de pensar imperante, al margen de la sociedad en que están inmersos esos planes y esa educación. Pero eso es un absurdo. La propia sociedad y el propio sistema ya educa a quienes están en él; y la escuela y las instituciones educativas, con todos sus planes, sus pedagogos y sus *miliquinientos*, no son más que instrumentos para perpetuarse y perpetuar el poder tal como está.
- Ya. Pero... -Sánchez, confundido con la retórica y el ímpetu de su interlocutor, había perdido el hilo de sus argumentos y no sabía muy bien cómo continuar sin que cualquier cosa que dijese sonara a estupidez. Alonso, que lo había notado, se quedó en silencio esperando a que su amigo intentara hilvanar algún argumento; pero como los puntos suspensivos se habían convertido en un prolongado espacio en blanco, continuó, apiadándose de su compañero, para que su silencio no resultara tan sonoro.
- No te esfuerces, Ramón. Aunque lograras eso que dices, la cosa mejoraría un poco, pero no iba a cambiar el fondo. Si no cambia la sociedad, la educación sola poco puede hacer. Y ni los más “revolucionarios” –puso un claro retintín cómico en esa palabra- estáis libres de prejuicios bastante simplones en el fondo.
- Como cuáles –intervino Sánchez, pensando que podría resarcirse de su anterior silencio embarazoso provocando uno similar en Alonso.
- Pues, como el de la separación de sexos, sin ir más lejos –afirmó con rotundidad éste.

- ¿Quéé? –replicó con incredulidad y espanto Ramón.
- ¿Lo ves? Sólo nombrarlo y ya te he tocado el dogma. ¿Qué dirían los santones de la modernidad, verdad? Y sin embargo yo te digo que cuando he dado cursillos de cualquier cosa a adolescentes (el último, por ejemplo, fue de dibujo, pero da igual el tema) funcionan mejor si el grupo es sólo de chicos o sólo de chicas que si están mezclados, pues entonces gran parte de las energías se van en *tonteos* propios de la edad, pavoneos, juegos de seducción y luchas veladas de poder entre energías distintas. Y ahora que vengan tus politiquillos-illas y tus alérgicos de la tiza-izo de tres al cuarto y tus santones de universidad o cualquier *pringaíllo* (el gordo del *Madri* a su lado es una delicia) que haya escrito cuatro libros a decirme que soy una antigualla o un sexista o lo que les dé la gana de decir; a ellos y a ti. Pero yo sé lo que sé porque lo veo trabajando, cante el Papa en latín o en griego...
- A ti lo que te pasa es que siempre tienes una respuesta; aunque lo que digas sea una gilipollez como la copa de un pino.
- Y a ti lo único que te pasa es que en el fondo no eres más que un bobalicón beato.
- ¡Y una leche!
- Dime una cosa. De la misa de la que vienes, ¿qué has sacado aparte de sufrimiento?
- ¡Anda ya! No me vas a liar con tu palabrerío...
- ¿Quieres sacar otra cosa?

- ¡Petróleo, no te jode! –respondió Sánchez, por no reconocer otra vez que eran reuniones inútiles, si no misas, como había llamado su colega al claustro de profesores.
- ¿No te gustaría al menos sacar un poco de diversión?
- ¡Sí, hombre! De ahí sacas antes petróleo de verdad que diversión.
- ¿Si yo te la proporciono prometes no estropearla?
- Qué quieres hacer... ¡No será otra de tus locuras!
- Tú sólo dame el número de teléfono de tu centro de trabajo y el nombre y apellidos del director y algún otro dato que ya te pediré y déjame hacer a mí.
- ¿Pero qué vas a hacer?
- Tú déjame a mí. Sólo una cosa: las famosas programaciones esas que nadie usa, ¿suelen tenerlas hechas en tu centro?
- Las anuales sí; que por cierto ahora se llama currículum; es obligatorio presentarlas al inicio del curso.
- Ah, ¿pero hay otras?
- En teoría habría que tener programaciones de aula con el trabajo diario; pero esas no las hace ni Dios. El propio libro nos va marcando el trabajo...
- Bueno es saberlo.

Sánchez creyó barruntar lo que su amigo tramaba; pero como sabía que no le iba a arrancar más información, calló y miró a Alonso con esa mezcla de miedo y diversión

que tan a menudo le provocaba; después le dio los datos que pedía y los que no tenía a mano prometió conseguirse los.

La intempestiva llamada había alterado la rutinaria vida del instituto. El director los había convocado a todos de forma oral y urgente y les había insistido en que no faltara nadie pues era un asunto de gravedad. Ni siquiera estaban dispensados de asistir los profesores que tenían guardia de recreo, así que todos comprendieron que el asunto debía ser de auténtica gravedad cuando los chavales se iban a quedar en el patio sin nadie que los vigilase.

Nada más entrar en la sala de profesores, por la cara de circunspección del director y del resto del equipo directivo, que a todas luces estaban ya informados del asunto, la preocupación y el miedo se iban convirtiendo en una sensación contagiosa y espesa. Ni siquiera había lugar para comentarios de cumplido ni tópicos que rompieran el fuego. Un silencio pegajoso y oscuro se cernía sobre las miradas inquisitivas de unos y otros.

Por fin, el director, serio y con cara de no haber dormido bien, les habló sin más ceremonia que su ostensible preocupación:

- Ayer, cuando ya os habíais ido la mayoría y los demás estaban preparándose para salir, tuve una llamada de la Delegación –ahí calló como para tomar aire preparando el ambiente o para dejar que le hicieran alguna pregunta; como nadie lo hizo, continuó-. Era de un inspector que yo no conozco; un tal D. Julio Bernárdez, según me dijo. El caso es que le han encargado un estudio comparativo de un número determinado de centros para evaluar determinados aspectos del quehacer educativo en nuestra provincia.
- ¿Qué aspectos? –inquirió una de las profesoras de más edad.
- Pues, según me explicó –contestó el director- se va a centrar en nuestra actitud como enseñantes, la preparación de las clases, las programaciones...
- ¡No me jodas! –exclamó, sin poderse contener, una profesora jovencita.
- O sea –continuó un profesor de mediana edad- que se va a dedicar a tocarnos las pelotas con papelitos y polladas en lugar de venir a ver los verdaderos problemas de la enseñanza y cómo solucionarlos.
- ¿Y qué esperabas del hatajo de burócratas e inútiles que nos dirigen? –exclamó otro profesor joven.
- Pues, sintiéndolo mucho, os advierto que nuestro centro es uno de los elegidos y este señor, el tal inspector Bermúdez, vendrá mañana y quiere reunirse con nosotros por la tarde, fuera del horario escolar. ¡Y con todos!, insistió mucho en eso. Pretende departir sobre nuestro trabajo.
- Pues yo tengo cita con el dentista –protestó otro profesor.

- Tú sabrás –le dijo el director-; si no puedes aplazarla..., pero el inspector me insistió tanto en que estuviéramos todos que no me extrañaría que pase lista.
- ¡Manda huevos! –insistió el de antes- esas cosas se avisan con tiempo, joder.
- ¿Y qué significa eso de “departir” con nosotros? –preguntó la profesora mayor- ¿Nos va a pedir papeles? ¡Yo le enseño rápidamente los libros de texto que llevo! Ahí tiene todo lo que estoy dando y lo que estamos haciendo...
- Ah, tú puedes hacer lo que te parezca; luego, te atienes a las consecuencias, claro –explicó el director-. De todas formas, las programaciones anuales están en el Plan de Centro y eso ya lo tienen en Delegación y lo tengo yo en mi *pen*.
- ¿Dónde? –preguntó con inquina un profesor jovencito amigo de guasa.
- ¡Déjate de bromas ahora, Daniel, que no está el horno para bollos. He dicho mi *pen*, sin e final; en la punta tiene el puerto USB y no la punta de lo que tú ya sabes...
- -Aaah –replicó el jovencito, con sonrisa picarona; pero esta vez no tuvo mucho eco su chiste.
- Iba diciendo –continuó el director-, que eso ya está al acceso de quien quiera verlo; pero a partir de ahí, que cada cual atienda a sus obligaciones personales como mejor pueda y crea conveniente; pero ya sabéis lo que podéis encontraros. Yo no sé por dónde se va a apeaar este señor...

Sánchez, que desde el principio veía la mano de Alonso en todo aquello y por eso permanecía en silencio, entre preocupado por sus compañeros y divertido por todo aquel revuelo, sintió la obligación de intervenir.

- ¿Las programaciones de aula las tenéis hechas? –nada más decir aquello, se arrepintió de haberlo hecho; por un lado, ¿para qué preocuparlos más todavía de lo que ya estaban?; pero por otro, desde ese momento se había convertido en cómplice activo de la broma de Alonso echando leña al fuego; ¡y lo que es peor!, se había señalado sin necesidad. Pero ya era tarde para arrepentirse.
- ¿Cómo va a pedir eso? –inquirió con angustia la chica joven.
- ¡Lo único que hacía falta! –continuó el otro profesor que estaba a su lado-, que encima que nunca arreglan nada nos obliguen ahora a perder el tiempo en burocracias y papelitos inútiles.
- ¡Además! –apostilló la profesora mayor-, de aquí a mañana es imposible hacerlas. Que hubiera avisado antes.
- Por lo que veo –intervino, con preocupación el director- nadie las tiene hechas.
- ¿Y tú? –le increpó un profesor veterano en el centro; como el director lo miraba sin contestarle, continuó- ¿Quién va a tener hecha una cosa tan inútil y estúpida? Si quiere ver mis apuntes sobre lo que voy haciendo y lo que voy a hacer yo le enseño mis listas, mi diario de clase, que no parece un diario, pero me sirve, mis papelitos con apuntes, las acotaciones que hago en los márgenes y las anotaciones a lápiz que hago en los libros de texto..., pero ¿un cuadrante con que si objetivos, que si actividades, que si desarrollo y birlochos y su puñetera madre?, ¡mariconadas ni una!, ¡que se lo coman con sopas esa maná de burócratas y capullos en sus despachitos!

Sánchez, estremecido casi ante la violencia defensiva que había provocado su alusión, ni podía imaginarse qué iba a ocurrir al día siguiente con Alonso. ¡Tenía valor, desde

luego! Arriesgarse entre aquella manada de perros viejos y jovencitos y jovencitas arrogantes y respondones para que lo acorralaran con sus improperios. Se lo iban a comer crudo; con lo cual le iba a salir el tiro por la culata y la broma se iba a volver contra él. Después de todo tenía suerte, el cabrón...; si al director se le llega a ocurrir llamar a la Delegación para solicitar aclaraciones o instrucciones o algo...; pero siempre se las apaña para que la suerte le sonría. Desde luego, Alonso de jugador de póker sería único, con esa suerte en los faroles; claro que el director debió pensar que “*mejor no meneallo*”. O tal vez es arte para saber echar los envites. Sin embargo, por mucha suerte que le acompañara, esta vez lo tenía crudo. Que se preparara que su tarea no iba a ser pan comido. Estaba por llamarlo y avisarle. Pero, al final, prefirió no hacerlo. Igual, por una vez, le iba a tocar a él reírse de Alonso viéndole en apuros y trasquilado, por *espabilao* de más... Unos minutos antes estaba temiendo la llegada del día siguiente. Pero tras estas reflexiones, estaba deseándolo.

A la hora en punto en que los había convocado, Alonso, en ese momento D. Julio Bernárdez, aparecía por las puertas del centro dando la mano con cordialidad al conserje y presentándose como el inspector que esperaban. A éste le faltó tiempo para, con toda ceremonia, pedirle que tomara asiento en el recibidor y esperara unos segundos para ir a avisar al director.

En efecto, apenas unos segundos más tarde, el director, que *maldisimulaba* su nerviosismo con un aire de seguridad tan estudiado que se notaba tenso a la legua, apareció para saludarlo y presentarse. Sánchez, que no había podido resistir la tentación de asomarse para ver el aspecto de su amigo, casi no pudo resistirse la risa, desde el rincón en que miraba escondido tras una columna, al ver el aspecto tan atildado y formal que presentaba Alonso, con traje y corbata impecables, ¡si hasta llevaba unas gafas de líneas actuales que le daban un aspecto de intelectual pedante y a la última!, ¿de dónde las había sacado? Antes de que lo pillaran husmeando, se apresuró a volver a su asiento en la sala de profesores como si viniera del aseo y estuviera ajeno a la llegada del inspector. Le divirtió la cara de preocupación que tenían todos los rostros, que ya sabían de la presencia del esperado y aguardaban su entrada en la sala de un momento a otro.

Cuando por fin entraron el director y D. Julián Bernárdez, imperceptibles movimientos de ojos, de brazos, de pies..., que no escaparon a Alonso, denotaron la posición defensiva en que todos se hallaban. Sánchez, a petición suya, le había hablado de sus compañeros facilitándole datos que le vendrían bien y se los había descrito con minuciosidad; la misma que él había puesto en estudiarlos a fondo uno por uno. Alonso, intentado relajar el ambiente de primeras, a la vez que sorprender y puede que amedrentar un poco, aprovechando sus informaciones, tras saludar y presentarse eligió dos de ellos, como si lo hiciera al azar, pero que, mira por donde, eran el profesor de mediana edad que por su carácter y su energía era más respetado y seguido por todos y la chica joven más nerviosa e histérica de todos que, no obstante, justo por eso, provocaba una inmensa ternura y afán de protección en los demás.

- Usted es D^a Amalia Martínez, ¿no es verdad? –inquirió a la chica que, acongojada, sólo supo afirmar con la cabeza-. Conozco su estupenda labor en su anterior centro, en Lorca. Y, a decir verdad, ejemplos como el suyo son los que

necesita una juventud tan confusa como la actual en medio de un mundo que se descompone...

Amalia no pudo evitar una amplia sonrisa de satisfacción y hasta una mirada discreta al resto de compañeros para ver cómo habían encajado aquello; precisamente a ella, ¡la chica nueva!, tan inexperta y siempre necesitada de la ayuda, cuando no del jefe de estudios, del director en persona... Pero a los demás, lo que de veras les había impresionado es que se supiera el historial... ¿Se sabía el de todos? ¿De dónde había salido ese tipo con pinta de agente de la CIA y ese lenguaje tan redicho? Pero la cosa no acabó ahí.

- Y usted supongo que es D. Francisco Corcuera –dijo, dirigiéndose ahora al profesor líder del grupo. Éste asintió también con la cabeza a la espera de acontecimientos-. Tengo entendido que su prestigio en el pueblo está fuera de toda duda..., ¡tantos años de abnegado servicio en una misma localidad siempre crean reconocimiento y agradecimiento bien merecidos.

¡Pero cómo!, ¿también había estado indagando en el pueblo? Fue el pensamiento que D. Francisco no se atrevió a verbalizar. Y no fue el único que lo tuvo. Como si Alonso (D. Julián) les hubiera leído el pensamiento, comentó, esta vez dirigiéndose a todos.

- Ya he estado haciendo algunas consultas en esta pequeña ciudad, que a efectos socioculturales funciona con la conducta estructural de un pueblo de toda la vida, y me han informado sobre las opiniones que tienen sobre ustedes... -se detuvo unos instantes, manteniendo la mirada de unos y otros para tensar la situación- En general, bastante favorables –concluyó.

Calló unos instantes y observó con detenimiento. Sus palabras estaban elegidas al milímetro. En primer lugar, cargadas a propósito de verborrea psicopedagógica e

intelectualoide por si alguno tenía pensado recurrir a eso para defenderse. Pero, en segundo lugar, manejando a la opinión pública como aliado: por una parte para dar confianza; pero sin olvidar ese “en general” que dejaba la puerta abierta a excepciones. Y cualquiera podía ser la excepción. Como comprobó que, tal como pretendía, los había impresionado a todos y el silencio reverente con que esperaban acontecimientos así lo denotaba (sólo Sánchez sabía que la única “gente” a la que había consultado era a él mismo), continuó.

- Bien. Si les parece, entremos en materia... El asunto que me trae aquí es un estudio exhaustivo que el gobierno quiere hacer. Y esta vez no como una rutina más, no. Ustedes no se lo querrán creer, y sus motivos tendrían para ello, pero por fin se han dado cuenta unos y otros, me refiero a gobierno y oposición, de que la educación no puede ser el eterno campo de batalla partidista en el que uno hace y el siguiente deshace en un cuento de nunca acabar y que no se puede estar siempre pensando en educar a partidarios en lugar de a ciudadanos libres y capaces... -una nueva parada, tan teatral como la anterior, para estudiar respuestas, si no verbales, que no se producían, lo cual era buena señal, sí corporales, faciales en especial; y todas las que percibía le resultaban favorables. En ellas había una mezcla de respeto, algo de miedo, bastante de expectación y, en algún caso, incluso un punto de fascinación. Siguió, por tanto, cada vez con más seguridad y más aplomo. Llegados a este punto, la admiración de Sánchez por su amigo estaba en todo su apogeo. ¡Ganarse de aquella forma el silencio y la escucha de aquel habitual gallinero! Y, lo mejor de todo: estaba claro que, pasase lo que pasase, ya no iba a perder las riendas de la función. Había cogido la sartén por el mango y a ver quién era el lindo que se la quitaba- ¡Bien! – continuó tras haber sopesado con su mirada las de cada uno de aquella reunión-

Como verán es algo serio. ¡De una vez por todas pretenden arreglar el batiburrillo de la educación! A mí me han asignado el papel de fiscalizar..., bueno, no quiero asustarles... Tal vez esa palabra no es la adecuada. Quiero decir que tengo que saber qué y cómo funciona la enseñanza, de verdad, en el estrato del profesorado. Y quiero saber si cuento con ustedes para mi empeño...

Esta vez prolongó su silencio en espera de alguna respuesta y pensaba estar callado hasta que alguien interviniera para que aquello no diera la sensación de ser un penoso monólogo.

- Por supuesto que cuenta con nosotros –intervino por fin un animoso director, buscando con su mirada la anuencia de todos. Hubo una masiva afirmación con gestos de la cabeza e incluso algún que otro claro, cómo no..., etc.

No pasó desapercibida para Alonso la absoluta inmovilidad del hombre de mayor edad que, desconfiado y reservón, mantenía un gesto que podría caricaturizarse con facilidad como de perro pachón.

- ¿Y usted, D. Prudencio, qué dice? –se dirigió a él D. Julián, cuidando bien no confundir su nombre, pues ya Sánchez le había advertido de su carácter desconfiado y un tanto huraño.

El interfecto, al verse aludido por su nombre sin que nadie los hubiese presentado, se agitó inquieto sobre su asiento como si necesitara reacomodar sus posaderas y, mostrando una sonrisa de perfecta compostura su dentadura postiza, contestó turbado:

- ¡Faltaría más!
- Ah. Muy bien, entonces. Creo que nos vamos a poner de acuerdo con suma facilidad. Con su puntualidad a la cita de hoy ya me han demostrado ustedes que

son unos grandes profesionales. No es fácil, hoy en día, encontrar quienes valoren de veras algo tan aparentemente fútil como la puntualidad. Fíjense hasta qué punto está de decadente y degenerado el mundo en que vivimos, que hasta se ha restado valor a las mínimas obligaciones que cualquier profesional se debe a sí mismo y a su función social; incluso, créanme, en tareas tan altas..., ¡tan fundamentales!, como ésta de la enseñanza... Claro que..., sé con toda seguridad, que no es el caso de ustedes... -nueva mirada a los ojos, uno por uno, de todos- ¿No es cierto?

- ¡Por supuesto! –contestó D. Francisco, coreado por la práctica totalidad de sus compañeros.
- Así lo suponía –afirmó Alonso, D. Julián-. Menos mal. En ese caso, empecemos por lo más sencillo. Les ruego que me enseñen, para ver cómo es su trabajo diario en este lugar, sus respectivas programaciones de aula –el silencio sepulcral pareció paralizar el distendido ambiente. Alonso se regodeó en aquella sonora mudez durante unos instantes y continuó-. Bien, como supongo que las tendrán en sus casilleros o tal vez en los departamentos, no se preocupen, yo les espero aquí; me las dan, me las llevo para estudiarlas con detenimiento y vuelvo otro día para que las comentemos y podamos profundizar en los problemas que se les plantean en su práctica diaria.

Durante unos instantes que parecían no acabar nunca, los cruces de miradas se preguntaban si el pavor tenía algún resquicio para la esperanza. Cuando Francisco Corcuera se atrevió a intervenir fue como si un aire salvador hubiera limpiado el oxígeno viciado de la sala.

- Permítame, señor inspector, con toda humildad, pero también con toda franqueza, que hable en nombre de mis compañeros... Lo último que usted ha dicho en su intervención es, creo yo, lo que de verdad interesa: profundizar en los problemas de nuestra actividad, que no son pocos y seguro que, desde nuestra modestia, pero desde la práctica del día a día y de la experiencia podemos plantearle a ver si hay soluciones que, entre todos, podamos buscar. Pero, si me permite, no creo que las programaciones de aula sean lo que más interese para el caso. Cada cual tenemos nuestro sistema para organizar nuestro trabajo; podemos explicárselo cada uno y enseñarle lo que cada cual hace; pero tablas entandarizadas que, al fin y al cabo, no son más que burocracia inútil e ineficaz, me temo que...
- ¡No me lo diga! –le interrumpió el falso inspector, con una estudiada violencia contenida- ¡No termine su frase, por favor! No me diga que no tienen las programaciones de aula al día, porque no quiero oírlo. Es más, daré por no escuchado su preámbulo. Dígame, D. Francisco, ¿qué estudios tiene usted?
- Yo..., señor..., soy licenciado en física...
- ¿Pedagogía?
- No, no señor.
- ¿Psicología?
- Tampoco.
- ¿Máster en educación?
- Pues... Pues no, pero llevo más de veinte años de docencia y si me permite...

- ¡Pues no! No señor. No le permito nada... ¿Cómo vamos a solucionar nada con actitudes como la suya? Ustedes les piden sus deberes a diario a los alumnos, ¿no es así?
- Desde luego, pero... -quiso aclarar D. Francisco.
- ¡Pues esos son sus deberes!, ¡los de ustedes!, primero que nada la programación de aula... ¿No saben que el ejemplo educa más que las palabras? Luego se quejan de la falta de disciplina... ¿Cuántas veces ha tenido usted en lo que va de curso que llamar al jefe de estudios o al director para que ponga orden en su clase, D^a Amalia? –la pobre chica, que no había abierto la boca, al verse interpelada se encogió en su asiento como un animalillo acosado, ¿a qué venía eso si al principio la había puesto como ejemplo?; ¿ahora iba a resultar que ella era una de las excepciones en la opinión del pueblo?; pero no se sintió menos dolido D. Francisco, que se veía culpable del mal rato que la pobre chica estaba pasando. Y lo peor de todo: ¿cómo sabía eso aquel tipo? Sánchez se preguntó si no se había equivocado al contarle tanto a aquel capullito de su “amigo”- Ya sé que se preguntarán que cómo sé eso –continuó, haciendo alarde de sabiduría-, pero no olviden que los chicos hablan en sus casas y los padres hablan en la calle. Y yo he pulsado la opinión de la calle -¡hijo de su madre!, pensó Sánchez, con esa tecla los tiene a todos en un puño-. ¡Y además!, y por encima de todo, yo soy aquí y ahora la autoridad y se esté de acuerdo o no con ella, es regla de oro para cualquier mínima disciplina respetar la autoridad. Mucho más cuando ésta es la que tiene la preparación y titulación requerida y tiene la información necesaria y pertinente para el caso, desde todas las vertientes... Desde la administrativa y sancionadora hasta la de simple calle sufridora final del proceso, educativo en este caso.

- Perdone, D. Julián –quiso mediar el director- pero tal vez lo que D. Francisco quiere decir, y creo que compartimos más gente, es que la simple rutina vacía acaba convirtiéndose en un absurdo.
- ¿Usted también? –contestó, más ofendido que antes, D. Julián- ¿Pero de qué me está hablando? ¿Y qué es lo que enseñamos con nuestros consabidos libros de texto sino una rutina absurda para los chicos? ¿Acaso creen que de verdad les interesan las ecuaciones, el citoplasma o la diagonal barroca? Todo eso para ellos, pobres criaturas, no son más que una sarta de sandeces que tienen que aprenderse si quieren aprobar... ¿Y ustedes los aprueban si no se las saben?
- Pero... -objetó, más confundido que nunca el director- Esos son los programas ministeriales. No somos nosotros quienes dictamos sus contenidos y estudiar es básico para...
- ¡Ahí quería yo llegar! –le interrumpió Alonso- ¿Lo ve? Ya lo decía alguien tan serio como Julio Anguita; y miren que yo no soy comunista, pero Córdoba no ha tenido ni tendrá otro alcalde como él. Y siempre insistía, ¿no recuerdan su cancioncilla?: ¡Programa, programa y programa! Esa es la base de todo. Sin programa no se va a ninguna parte. Aunque ese programa sea una porquería..., ¡pero es la ley! Sin ella lo que impera es la ley del oeste, que es una sin-ley.
- Perdóneme, D. Julián –se atrevió a explicar D. Prudencio que, estando como estaba ya a punto de jubilarse, pensó que se merecía, cuando menos, un trato respetuoso-, pero dígame para qué sirve un programa, como usted dice, cuando hay treinta alumnos, cada uno de su padre y de su madre, todos remetiendo, con niveles e intereses distintos, con fichitas de adaptación unos, otros que pasan de

todo, otros que a lo único que vienen es a hacerse los graciosos... ¿Cómo se arregla eso con un programa?

- ¡Amigo! –contestó Alonso, más indignado cada vez; ya tenía incluso la corbata torcida; se le había quedado así al aflojársela en un momento de agobio provocado por su creciente ira- Usted lo que quiere es clases con catorce o quince alumnos, agrupados en niveles e intereses similares y con clases especiales de atención y programación adecuada a cada grupo. ¡Y claro!, luego querrá materiales adaptados a cada clase, maquinaria para talleres, salas de atención a las distintas aficiones y habilidades y otras para actividades conjuntas que permitan la convivencia y eviten la exclusión..., ¡así cualquiera!, ¡qué sencillo!, ¿verdad? ¡Pobres ilusos! ¿Qué creen ustedes, que yo he venido aquí a contarles un cuento de hadas? ¿Ustedes saben lo que eso costaría? ¿Y quién iba a pagar entonces los gastos de armamento, por ejemplo? ¿Es que no saben lo que cuesta un tanque, o un avión de combate? ¡Y eso, al fin y al cabo, son ya cosas anticuadas! ¿Se imaginan lo que puede costar un cohete teledirigido y que dé en el destino buscando fuentes de calor? O..., ustedes son aficionados al fútbol, ¿no? Si se utilizara el dinero en tanto gasto en enseñanza, ¿de dónde iba a salir dinero para pagar las fichas de los jugadores estrella y de los estadios y de los periodistas? ¿No se dan cuenta de cuántos profesores y centros y clases y alumnos por clase hay que sacrificar para poder costear cualquiera de esos aparatos o los sueldos de esos periodistas y de esos futbolistas y de tantas cosas necesarias para nuestra forma de vida? ¿O qué es lo que quieren, que el fútbol sea cosa de equipitos de barrio y de pueblo y de canteras de aficionados? ¿O que cualquier día nos invadan los rusos? Sí, sí..., ya sé: los rusos ya no son el problema; pero ¿y los moros, por ejemplo?, o los chinos..., ¿y los chiiiiinos,

eeh? –ante la estupefacción de aquel disparatado discurso y de los gestos de demente que el inspector, que al principio parecía un hombre tan razonable, adoptaba, nadie sabía cómo reaccionar- ¡Claaaro!, ahora me dirán que en Finlandia tienen mejores resultados educativos y tal y tal... ¡Y los veo venir! Pero no pretenderán ustedes compararse con los finlandeses..., ¡país de pingüinos!, en el que todo el mundo anda helado siempre... Aquí somos de sangre caliente... Y sabemos sobreponernos a las dificultades... ¡Catorce o quince por aula...! ¡Qué bonito! ¡Y talleres para los que no quieren estudiar!, ¿verdad? ¡Qué bonito! ¡Ilusos! Ni que yo fuera el Mago Merlín y viniera aquí a dormirlos con cancioncitas y nanas para nenes. ¡Noni! Ustedes lo que tienen es que hacerse respetar e imponer su autoridad... Y lo primero es predicar con el ejemplo. ¡Es muy fácil pedir y pedir y pedir...! ¿Y la deuda, eeh?, ¿Con qué paga entonces el Estado todo lo que debe? ¿Y qué quieren, que se arruinen los bancos? ¿Cómo iba entonces a funcionar este país, eeh?, ¿quién iba a prestar el dinero entonces?, ¿y quién lo iba a fabricar, eeh? Piensen, si no, en su economía familiar: ¿cuánto deben? Y si no pagan, ¿qué les ocurrirá? Ah..., pero quieren tener coche, y a ser posible dos –levantó, entre su agitación de brazos, la mano con dos dedos alzados-, y frigorífico y tele, internet, móvil, ordenador, portátil, teléfono, vídeo-consola, lavadora, calefactor, exprimidor, congelador, *pipiridor*... - tomó un respiro pues la velocidad que había adquirido nombrando cosas no le dejaba respirar ya y, después de la carrerilla, acabar con aquella palabra todavía confundió más, si eso era posible, a los oyentes. Sánchez iba a tener que salirse porque le costaba aguantarse la risa; más que nada por los rostros de pasmo de sus compañeros- ¿Se me olvida algo? ¡Seguro!, y los seguros y la luz y el gas... ¡Y den gracias a que todavía pueden cobrar sus

sueños!, porque como el Estado quiebre, ¡y no está tan lejos de eso, créanme! – sólo de pensar en esa posibilidad, a algunos de los presentes se les pusieron los vellos como escarpas- Si eso llega a ocurrir olvídense del *American way of live* en que viven...

Como un Groucho Marx cualquiera, Alonso se calló, se apretó el nudo de la corbata agitando la cabeza como para acicalarse y adecentarse bien, se pasó la mano por el cabello como para peinárselo y cambió de tono y de actitud para continuar:

- ¡Está bien! Yo no he venido aquí a echar un discurso poético. Ustedes me perdonarán si pretendo ser realista; pragmático, que se dice hoy. Pero ustedes son gente moderna y demócrata y saben lo que en un Estado moderno se juega en el tablero internacional. Y dentro de ese juego, cuya complejidad a nosotros, pobres mortales de a pie, se nos escapa, tenemos que jugar con las cartas que nos han dado que, para qué engañarnos, no son muchas; pero es lo que hay. Y permítanme que les recuerde que, tal y como están las cosas, lo primero es lo primero y eso “pasa por”, como dicen los políticos con su habitual insulsez, las programaciones de aula. Así que, vuelvo a insistir, como no quiero oír que no las tienen hechas, volveré la semana que viene, ya les avisaré día y hora, para recogerlas y examinarlas con detenimiento. Y no quiero oír ni una insensatez más. Por cierto, D. Francisco, quiero que me dé su número de registro personal y no vaya a equivocarse en algún dígito porque lo comprobaré nada más llegar a la Delegación.
- Pero yo...
- ¡Está bien, está bien! –le interrumpió-, no se asuste ni se preocupe. Es sólo una cuestión de orden. Ya tendrá noticias más. Por favor, apúntelo en este papel –le

alargó un folio impoluto. D. Francisco, resignado y desmoralizado, anotó el número y le devolvió el folio. Los demás miraron aquello con honda preocupación, pero también con el alivio de pensar que aquel tipo estrambótico y maniático no la había tomado con ellos.

D. Julián se levantó con ceremonia, se estiró con elegancia su pantalón y su chaqueta y se despidió con un “hasta la semana que viene” y un “no hace falta que me acompañen, ya sé el camino, gracias y hasta pronto”. Estrechó la mano del director que se había acercado para despedirle y se alejó, digno y resuelto, pasillo adelante hasta perderse por la puerta de salida.

El bar en el que Alonso y Sánchez habían quedado para algún tiempo después de la reunión en el instituto estaba bien lejos de éste, a resguardo de miradas indiscretas para preservar el secreto del papel de ambos en aquel asunto.

Cuando llegó Sánchez, Alonso ya había apurado casi su café. El recién llegado pidió un cortado y se sentó junto a su amigo.

- Buena la has liado –fue su saludo. Alonso no le contestó. Se limitó a mirarle con una chispa de comicidad en los ojos que lo decían todo-. ¿Y ahora qué? – continuó Ramón.
- Ahora qué, qué...

- ¿Cómo que qué, qué? ¡Que qué vas a hacer ahora! ¿Piensas de veras venir la semana que viene?
- ¿Yoo? ¿Estás loco? Ni que me hubiera enamorado de vosotros. Mi experimento termina aquí. Ahora que cada palo aguante su vela.
- Pero esos estarán desde esta misma noche haciendo papeles como locos, esperando tu llamada para la próxima reunión.
- Pues que los hagan. Alguna vez les tenía que tocar a ellos hacer los deberes, ¿no?
- Me dan pena... Se van a dar una *panzá* de trabajar doblemente inútil: en papeles que no sirven para nada y por una obligación que es una fantasmada tuya.
- Pues, por la cuenta que te trae, ya puedes hacerlos tú también.
- ¿Yo? ¡Sí, hombre!
- ¿Se te ha ocurrido pensar cómo justificarás que todo el mundo las haga y tú no? Si supieran que todo ha sido una broma me linchaban ahora mismo... ¡Y no te digo nada a ti si supieran que eres mi cómplice! Y, tarde o temprano, van a saber que es una broma. Pero que me busquen... Nadie sabe quién soy ni de dónde vengo ni por dónde voy... ¿Has visto?, parezco el Alberto Cortez. Y si indagan en la Delegación lo único que conseguirán es que se rían de ellos por pardillos; así que ya procurarán que todo esto pase lo más desapercibido posible. ¿Te imaginas que saliera en los periódicos? ¡Vamos!, alguno era capaz de pegarse un tiro. Así que procura que no sepan que tú has tenido algo que ver o te comerán crudo. Yo que tú haría mis programaciones de aula... Sospecharán de algún

informador que los conocía y van a estar a ver si alguno comete el error de dejarse localizar...

- ¿Y si les digo que las he hecho, aunque sea mentira?
- Tú sabrás; pero, inseguros como están, con toda seguridad que van a andar enseñándose los unos a otros con consultas, comparaciones, etc... Si tú no enseñas las tuyas puede que al principio no le den más importancia. Pero cuando comprueben que todo fue una broma van a intentar dar con el culpable y, sobre todo, con el que le dio la información que manejaba con tanta precisión. Y entonces cualquier detalle puede ser indicio de sospecha. No olvides que yo sabía demasiado de ellos, así que, si no soy de la Delegación, los principales sospechosos como fuente de información estarán en primer lugar entre vosotros mismos. Yo no me arriesgaría...

Desolado, Sánchez se le quedó mirando con cara de querer asesinarlo.

- ¡Pero qué hijo de la gran...! ¿Por qué siempre me toca a mí pagar el pato de tus putadas?
- No te quejes, que de algún lío te he salvado alguna vez. Y, al fin y al cabo, tú también te has divertido. ¿O no?
- ¡Hombre! ¡Y quién no! Hubo veces en que me costó aguantar la risa. ¡Y porque no los oíste cuando te habías ido! Te pusieron de cabrón para arriba y de loco subnormal con un discurso delirante en que mezclabas cosas de sentido común y verdades como puños con locuras, cosas hipercríticas para con el gobierno con un espíritu servil, cínico y casi barriobajero..., ¡en fin!, ¡había que oírlos! Pero

lo más gracioso es que esa mezcla es lo que más les acojonaba. ¡Un patán con poder, listo y medio loco es capaz de cualquier cosa!

- ¡Qué valientes! ¿Y por qué no me dijeron nada de eso a mí, aunque fuera con finura?
- Alguno lo intentó. Pero, ¡joder!, es que manejabas un discurso, un tono y una compostura que acongojaban, compadre. Si estaba asustado hasta yo, y eso que sabía que era todo una broma.
- Ya sería menos... Tal vez si hubieran polemizado conmigo hubiéramos podido reflexionar sobre la educación, la enseñanza y todo eso y sacar alguna conclusión.
- ¿Cómo cuál?
- Tú, tan revolucionario que te crees, en el fondo eres un carca y en seguida te agarras a tus mitos sobre la modernidad y te suena a antigualla cuando te hablo de cosas como los gremios; pero aquello funcionaba mejor que esto...
- ¡Ya estamos! De veras que no sé cuándo hablas en serio y cuándo lo haces de broma...
- Yo siempre hablo en serio, Ramón. Lo que ocurre es que en un mundo tan absurdo como el que tenemos hoy día, mi manera de ser serio es tomarlo a broma o utilizar la ironía como herramienta. Al final vas a tener que leer a Kierkegaard.
- ¡Ya! –replicó Sánchez, con visible incredulidad.

- ¡Mira!, los griegos antiguos, y fíjate si eran listos que todavía andamos dando vueltas a su filosofía, sus matemáticas, su arquitectura, su poesía..., pues, para que veas, no tenían escuelas. Tenían maestros e instructores que, a menudo, daban sus lecciones a pequeños grupos de alumnos paseando por calles y plazas. Y en el Medievo, culturas tan prósperas como la islámica, la bizantina, la carolingia..., ¡incluso la renacentista, que ya era casi el principio de la nuestra!, desarrollaban su enseñanza en los propios talleres con el sistema de maestros y aprendices y sólo el Islam y el Renacimiento después comenzaron con ciertas enseñanzas más especializadas en madrazas y universidades. Pero la institución escolar, tal como la conocemos hoy, es moderna, lo que no quiere decir que sea mejor, puesto que está ligada a la desintegración de la familia y la formación ideológica de “ciudadanos” fieles al sistema y a conceptos como productor, consumidor, cárcel, orden establecido, Estado, votante, etc., etc...
- No te comprendo. Pillo detalles, pero no te sigo el hilo...
- Mira –insistió-, en realidad la sociedad, otro tipo de sociedad más humana, que no es lo mismo que humanista, podría funcionar sin escuelas. La primera educación la da la madre. Y no me salgas con que si machismo ni simplezas por el estilo, que no estoy hablando de que el padre no pueda e incluso deba ayudar a la crianza del niño. Pero somos seres con una biología concreta y el pecho de la madre es lo primero que todo niño o niña busca y quiere. Y es de su madre de quien aprende los primeros rudimentos y relaciones con la realidad. Después está el padre, que también es muy importante porque es un modelo masculino al que imitar, en el caso de los niños y que las niñas también necesitan conocer, amar y respetar pues ese aspecto de la vida va a estar presente en su desarrollo como complemento e incluso como contrario a veces. Todos esos modelos y

papeles básicos se han desdibujado en el batiburrillo esquizoide de tanto intelectual con diarrea mental dentro del diseño de la “modernidad” y sus mitos intocables. Ya ni se sabe lo que es una familia. El primer eslabón, por tanto, se perdió. El segundo es el mundo de la autoafirmación social aprendiendo un oficio y tomando, poco a poco, un papel activo en el entramado social. Eso lo cubrían a la perfección los gremios, en los que cada aprendiz iba desarrollando lo mejor de sí en el aprendizaje de un oficio que le permitiría vivir de sus habilidades a la vez que ser útil a la sociedad. El complemento a todo eso eran los maestros, en el sentido más hermoso de la palabra: guías que desde el afecto y la cercanía, ligados al respeto y a la admiración y por tanto a una autoridad que se asume, no que te imponen, enseñaban a comprender la vida, desentrañar los misterios, hacerse preguntas sobre la existencia y el devenir y buscar respuestas..., conocerse a sí mismo y conocer todos los aspectos de la realidad, desde los más cercanos a los más misteriosos e inaprehensibles... Eso también se ha perdido. Hoy día hay estructuras burocráticas y frías que funcionan con estadísticas y programas, pendientes siempre de lo cuantitativo y mensurable y que no buscan la realización ni el desarrollo afectivo y de habilidades en un oficio que se ame y con el que uno se sienta útil, sino productores que encajen bien en el sistema productivo, impersonal, monstruoso, y, eso sí, que busquen su manida “calidad de vida” en un consumismo desaforado y la posesión de más y más bienes materiales. Aunque para ello tengan que entramparse y convertirse en esclavos de las deudas (y de quienes las controlan) y los hijos, en lugar de ser una bendición y un disfrute, acaben siendo un estorbo porque, entre otras cosas, te impiden trabajar en un empleo que odias, pero que necesitas para consumir lo que quieres tener. El final de todo es centros educativos que se convierten en

aparcaderos en los que mantener, primero a los niños pequeños para que ambos progenitores puedan trabajar sin tener que ocupar mucho tiempo en ellos y, después, a los jóvenes mimados y sobreprotegidos para compensar la falta de atención que se les presta, con lo que acaban resultando desafectos, caprichosos, indisciplinados, tiranos y vagos amontonados en centros que los mantengan alejados de la calle, que se concibe como un lugar de delincuencia y peligroso, porque es lo que acaba siendo. Y nota que eso serviría igual para describir una cárcel; al menos una cárcel preventiva, si es que eso puede existir más allá del concepto.

- Puestas así las cosas no hay solución posible.
- Claro que la hay. Pero no desde estas instituciones ni desde esta sociedad. Harían falta primero casas con familias que funcionen y quieran, atiendan y eduquen a sus hijos en primera instancia. Después un entramado social en el que los centros de trabajo: talleres, fábricas, despachos, almacenes, tiendas..., etc., etc., contarán con el aprendizaje de aprendices entre sus actividades habituales. Y los profesionales de la enseñanza tendrían que ser los que hicieran de maestros e instructores en grupos pequeños, a veces en aulas y a veces en la calle o en los lugares de trabajo, ayudando a descubrir lo que ocurre y, cuando los propios intereses de los alumnos lo reclamasen, enseñando a leer cosas de interés, hacer cuentas complejas, enfrentarse a un periódico o a los programas de televisión o de radio, pero no como sacos de basura en los que todo cabe o, en su momento, por poner los mismos ejemplos que puso D. Julio Bernárdez, descubrir la célula y el citoplasma o comprobar que ciertos problemas se pueden resolver mejor con ecuaciones o que un cuadro bellísimo que han visitado en un museo fue compuesto siguiendo una diagonal barroca. Cosa muy distinta a andar

componiendo horarios y cuadrantes y programas para libros de texto que todo el mundo odia. Como si todo fuese una gran fábrica con esclavos o una gran cárcel con prisioneros, que cantan cada día a la libertad para convencerse de que son más libres que nunca.

- Sí que deberían haber buscado debate. No hubiera servido para nada práctico; pero alguno que otro a lo mejor entendía un poco más algo de lo que nos pasa.
- ¿Sabes lo más penoso de todo? –ahora el tono de Alonso no era nada cómico. Sánchez se le quedó mirando a la espera de una respuesta- Pues que si les hubiera visitado un inspector de verdad nada de eso se iba a hablar. Se limitaría, con toda seguridad, a comprobar horarios y cuadrantes y a mirar las programaciones; tal vez incluso las de aula...

Sánchez no dijo nada. Se limitó a beber de su café y dejó que su mirada se perdiese en la distancia. Tampoco Alonso quiso continuar hablando. Se quitó la corbata, la guardó junto con las gafas de intelectual en el portafolios y apuró su café. La calle era un trasiego caótico y ruidoso de vehículos.

Tal y como Alonso había previsto, los compañeros de Sánchez estuvieron la siguiente semana preparando programaciones como desesperados, comentándoselas entre ellos

(Sánchez, al ver el percal, se incluyó también en el ajeteo a todos los efectos, incluido el de hacer sus programaciones de aula que se limitó a bajar de internet copiándolas de otro instituto que supuso que las habría copiado a su vez de algún sitio) y deseosos de que aquel tipo tarado les diese el visto bueno y los dejara trabajar tranquilos. A los pocos días estarían, como no podía ser de otra manera, en la papelera toda aquella sarta de alimento para burócratas, politiquillos de medio pelo y gusanos roepapeles de variado pelaje.

Pasada la semana y en vista de que el susodicho no daba señales de vida (¿tan tarado podía estar como para, encima de llegar con aquellas exigencias y aquel tono apocalíptico, ni siquiera cumplir con sus compromisos mínimos?), el director llamó a la Delegación de enseñanza para, dirigiéndose a su inspector de zona, interesarse por el asunto que les traía de cabeza. Cuando, tras la sorpresa primero y el *cachondeíto* después, el inspector le advirtió de que habían sido objeto de alguna broma de mal gusto pues nada de eso estaba en marcha y el tal inspector Bernárdez no existía, al director le subió tal calor a la cara que agradeció a los cielos que por teléfono no se vieran los rostros. Por fin, superando el pasmo inicial que lo había dejado con parálisis cerebral, consiguió reponerse y dar unas atribuladas gracias antes de disponerse a colgar. Tardó, de todos modos, en hacerlo. La ira se le acumulaba en la cabeza y se convertía en una sensación física, como de presión a punto de hacer estallar la olla en que se había convertido. Esperó a escuchar que al otro lado del teléfono habían colgado, se imaginó las carcajadas que estarían sonando al otro lado del hilo y entonces, como si con ese gesto dejara abierta una válvula de escape por la que saliera el vapor haciendo *píiiii...*, colgó el auricular con tal violencia que Genaro, el administrativo, que en ese momento estaba escribiendo para unas gestiones en la mesa de al lado, saltó sobre su silla dejando caer el *boli* de su mano como si un resorte lo hubiera sacudido de forma inesperada.

- ¿Qué pasa? –requirió éste, alarmado.

- ¿Que qué pasa? –le respondió el director con mirada asesina- ¡Que me voy a cagar en la putísima madre de alguien! Como coja al culpable juro por lo más sagrado que se traga las programaciones que nos ha hecho preparar, sin sal ni nada... ¡Hijo de la gran...!

La última palabra ya no la pudo escuchar Genaro pues se perdió entre los vericuetos de la puerta abierta tan intempestivamente que chocó contra la pared para ser recogida con torpeza y cerrada con tal violencia tras de sí que los cristales dieron prueba de su calidad al resistir aquellas vibraciones. Lo siguiente fueron los gritos por el pasillo reclamando la presencia de los demás profesores que Genaro, a través del ventanal acristalado del despacho de administración, veía aparecer desde distintas direcciones con rostros a cual más fotogénico; vamos, como para una exposición...

También tal y como Alonso había previsto, le estaba explicando Sánchez mientras tomaban café en uno de sus bares habituales, las siguientes semanas habían pasado entre pesquisas e indagaciones incesantes, aunque sin olvidar nunca que la discreción era imprescindible si no querían ser el hazmerreír de todo el pueblo; y eso si no llegaba la noticia a la prensa y acababan convirtiéndose en un chiste nacional. Como, en buena lógica, los principales sospechosos de haber facilitado información eran ellos mismos, se creó un especial estado de ánimo en el que todo el mundo desconfiaba de todos, pero a la vez tenían que mostrarse solícitos, interesados y, por supuesto, molestos; lo que sólo le costaba trabajo simular a Sánchez; los demás no tenían que simular nada. Menos mal, agradecía éste a su amigo, que te hice caso y tenía mi programación como todo *quisqui*... Si alguno hubiera tenido la feliz ocurrencia de no

hacerla no sé lo que hubiera ocurrido porque el director estaba de un energúmeno como nunca antes lo había visto; aunque muy simpático tampoco lo había sido nunca.

Poco a poco todo se había ido diluyendo en su propia incapacidad para dar con el hilo que les llevara al culpable y como todos preferían que aquello no trascendiese, se fue, si no olvidando, sí al menos dejando de lado como si hubiera sido un mal sueño que, por alguna razón, habían compartido de forma colectiva.

Alonso debería haberse divertido de lo lindo con la narración de todas aquellas peripecias. En condiciones normales se hubiera muerto de risa al escucharlas. Y, sin embargo, apenas si había sonreído un par de veces y parecía absorto, como si no estuviera allí. Al notarlo, su amigo se interesó por él:

- ¿Te ocurre algo? Cualquiera diría que no te ha gustado el resultado. ¿No es eso lo que esperabas?
- ¿Eeh? Ah, no, no. Perdona. No es eso... Es que..., hay algo que me trae de cabeza últimamente...
- ¿A ti? ¡No me digas!, eso tengo que saberlo yo...
- ¿Pero qué te crees que soy yo, un robot? Yo soy de carne y hueso, como tú...
- Bueno, bueno... ¡Cuéntame!
- Igual te parece una idiotez...
- ¡Seguro!; pero tus idioteces siempre me resultan sorprendentes y divertidas, así que suelta de una vez la cosa, tío, ¡desembucha, que me tienes en ascuas!
- Se trata de la empresa en la que trabajo...

- ¿La cierran también?
- ¡Noooo! No es eso. Le va de miedo. Es que estoy acostumbrado a diseñar en solitario. Ya me conoces; soy muy individualista y trabajo por impulsos, sin un sistema concreto o, en todo caso, con uno que me sale por instinto y de modo natural, pero muy propio. Por eso, adaptarme a diseñar con otro se me hace muy impensable; casi como un imposible. Ni quiero tiranizar a nadie ni ir a remolque de otro que me marque los pasos a dar.
- ¡Eres un maximalista, tío, y así no se va a ninguna parte! Siempre habrá un término medio... ¡No sé!, trabajar cada uno por su lado y luego coordinar lo hecho, por ejemplo...
- ¿Y la idea generatriz? ¿Y las líneas directrices? ¿Quién marca todo eso?
- ¿Pero la empresa no os ha dicho lo que tenéis que diseñar?
- Sí, claro, eso sí; pero ahora hay que tener una primera idea y, a partir de ella, desarrollar sus aspectos.
- ¿No conoces la “lluvia de ideas”? En educación la trabajamos a veces y es divertido... Todos aportáis ideas, cuantas más, mejor y luego seleccionáis la que más os guste al ir comparándolas. ¿Cuántos sois? ¿A cuántos os han encargado trabajar en eso?
- Sólo a otro y a mí.
- ¿Lo conoces?

Alonso afirmó con la cabeza, sin mirar a Sánchez a los ojos, lo que hizo a éste cavilar.

- ¿Qué pasa –le observó-, no te cae bien?

- No es eso.
- ¿Y entonces? Pero vamos a ver... -de repente cayó en la cuenta de algo-
¡Amigo!, ¿es una tía?
- Es una mujer, sí; pero sería igual si fuera un hombre.
- ¡Ya! ¿Y está buena?
- ¿Qué tiene eso que ver? –recriminó Alonso a Ramón.
- ¡Joder, que si tiene que ver! Te conozco como si te hubiera *parío*... Lo que te pasa es que te da miedo enamorarte de ella.
- ¿Quéé?
- ¡Venga, venga!, no te hagas el *longui*... ¿Cómo se llama?
- Claudia. Se llama Claudia. Y como mujer es cierto que me fascina; bella, elegante, que no habla por hablar, discreta...; pero ese no es el problema. Estaría encantado de colaborar con ella en cualquier cosa; pero diseñar a dos es otro asunto...
- ¿Y de qué se trata ese dichoso diseño, si puede saberse?
- Hay un ingeniero que ha desarrollado un vídeo-juego que funciona con sensaciones táctiles, además de visuales. Los cascos y los guantes de algunos vídeojuegos anteriores le parecen pesados y obsoletos. La empresa quiere que diseñemos casco, guantes y contenidos para el vídeo-juego.

- ¡Muchacho!, te lo han puesto a *güevo*... ¡Táctiles! –dice Ramón con ojos como platos y moviendo los dedos de sus manos levantadas como si fueran garras retráctiles.
- ¡No empieces, Ramón, que te veo venir! Recuerda que son vídeo-juegos para el mercado infantil; así que olvida tus salieras porno y tus obsesiones que ya te veo con un ojo *morao* de una hostia virtual...
- ¡Era broma, hombre! Pero me parece una idea acojonante eso del juegucito con dimensión táctil. Yo te cambiaba el trabajo sin pensármelo. ¡Y anda que si encima tengo que trabajar con un bomboncito!
- ¡Ya! Pues yo no lo tengo nada claro...

No hablaron mucho más. Alonso acabó sumiéndose en un mutismo propio de quien no está donde está y a Sánchez empezó a rondarle una idea: por fin tenía la oportunidad de devolverle a su amigo tantas *putaditas* en las que a él siempre le tocaba el papel de primo. Esta vez podían invertirse los papeles y que le tocara reír a él y pasarlo mal a Alonso.

SI DESEA CONOCER EL RESTO DE LA NOVELA, PUEDE CONSEGUIRLA EN LAS TIENDAS AMAZON,
DONDE ESTÁ A LA VENTA COMO E-BOOK PUBLICADO POR EBOOKMADEIRA